

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 21 - 27 octubre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 4

CITA EN BUDAPEST VEINTE AÑOS MAS TARDE



Miembros de las Brigadas Internacionales, en España

CIENTO VEINTICINCO
MIL APATRIDA
EN LAS BRIGADA
INTERNACIONAL

CAMBIO DE CARETA
UNA CONFEDERACION
DE PAISES COMUNISTA



Carmen Kurz, Premio Planeta 1956 (página 8). * Cara y cruz del deporte (página 13). * «La historia de la primera República» (página 17). * En torno a la conmemoración de Menéndez y Pelayo, por W. G. Oliveros (página 21). * Itinerario sentimental por Cáceres, por Pedro Mario Herrero (página 24). * Entrevista con Patricio Sánchez Alvarez, por Luis Losada (página 29). * Una escuela para el pueblo (página 32). * «La finalidad de la arquitectura total», por Walter Gropius (página 44). * La Ciudad Universitaria de Madrid (página 49).

EL DECIMO DE LOTERIA
Novela por Antonio Rivera Losada

Estrellas en la tierra...



"Los niños son en la tierra lo que las estrellas en el cielo: inocentes, puros, brillantes."

MONTALVO

Y pueden ser así porque sólo conocen dos ideas del mundo: el ángel y el demonio; la felicidad y el dolor. La mente infantil es tan débil como la piel. En una y otra la huella psíquica o material del dolor convierte el cielo en infierno. A usted toca evitarlo, calmándole la molestia de las escojeduras con BALSAMO BEBE.

Escojeduras, eczemas, sarpullidos, irritaciones... Calma rápidamente el escozor, ardor, prurito o cualquier otra molestia cutánea.

BALSAMO BEBE

AFECCIONES DE LA PIEL

TUBO "MIÑÓN" 5 PTS.
TUBO FAMILIAR 10 PTS.



INCLUIDO EN EL PETITORIO



Laboratorio: FEDERICO BONET, S.A. - Infantas, 31. - MADRID



CITA EN BUDAPEST VEINTE AÑOS MÁS TARDE

125.000 APATRIDAS EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

CAMBIO DE CARETA: UNA CONFEDERACION DE PAISES COMUNISTAS

«El 20 del corriente, en el palacio del Parlamento húngaro, en Budapest, se celebrará la conmemoración del vigésimo aniversario de la constitución de las Brigadas Internacionales en España.» (De la Prensa.)

HE aquí un hecho, ciertamente, que no puede estar tampoco ausente de nuestro recuerdo de españoles. Aunque, naturalmente, no sea por nuestra parte precisamente para una conmemoración. ¡Sería pedirnos demasiado! Pero sin duda es preciso recordar este suceso dentro de nuestro particular y propio punto de vista. ¡Vale la pena!

Por de pronto la cita merece un comentario previo. El 20 del mes de octubre de 1936, reconocen ahora, allá del «telón de acero», por boca del coronel Karoly Rahit, que es el organizador del homenaje, que se constituyeron en España fuerzas internacionales para hacer la guerra. Ese día, justamente cuando se combatía ya en torno de Illescas, a la puerta misma de Madrid, no había en el campo de la España nacional—vamos a decir lisa y llanamente en España a secas, pero que así está mejor—ni un solo voluntario. ¡Ni uno solo! Luchaban hasta la fecha españoles nacionalistas contra españoles marxistas, o si se prefiere, contra marxistas españoles, lo que estaría mejor del mismo modo. Es decir, más exactamente, contra marxistas pura y sencillamente. Porque la ambición hipócrita de la II Internacional, la Socialista de Amsterdam o «amarillita», co-

mo guste llamarla quien lee, es pedir demasiado cuando exige de sus afiliados no traicionar ni a su patria ni a la internacional proletaria... Admitamos así que hasta el 20 de octubre de 1936 no luchaban, en efecto, en la guerra española más que españoles, aunque los rojos lo fueran sólo de nacimiento. Pero el 20 ya no ocurría igual. La iniciativa de hacer de nuestra guerra un campo de batalla de extranjeros también aparece así clara. Es roja, marxista, soviética como vamos a ver en seguida.

UNOS DOCE MIL SOLDADOS

Las cosas están hoy extraordinariamente claras y documentalmente harto probadas para dudarlas. La República marxista que se instauró en España tuvo inicialmente un programa claro, aun antes de constituirse el Frente Popular. Había que hacer la revolución desde el Poder. Para ello, como el Ejército era la columna vertebral de la Patria—según decía Calvo Sotelo y aceptaban sin discusión sus asesinos—, lo procedente era «triturar» aquel al mismo tiempo que, para reemplazarle y hacer más suave y fácil la tarea de la revolución, se creaban a toda prisa las «milicias». Azaña se encargó presto de lo primero. Con saña y tenacidad singular llevó, hasta donde pudo, el aniquilamiento del Ejército. Redujo de un plumazo a la mitad sus efectivos y aun mermó luego, al margen de la ley, mediante licenciamientos y permitiendo los contingentes en filas hasta casi la nada. El «Gabinete Ne-



Miliciano de las Internacionales. — Arriba: Banderín del Batallón Inglés Mayor Atlee, a su llegada al frente

gro», la supresión de la industria militar y la disolución del cuadro de oficiales—incluso con el aplauso inconsciente de ciertos sectores antimarxistas—produjo su efecto. Cuando la guerra surgió y estalló el Movimiento, apenas si Franco contaba, dentro de la Península, con diez o doce mil soldados. En cambio, el Ejército voluntario de las Milicias había surgido de la nada. El intento de la revolución de 1934 había sido sólo una prueba. La «Comuna de Asturias»

y la sangre de octubre — que se nos había anunciado, a plazo fijo por la Prensa marxista, con la consigna: «¡Atención al disco rojo!» — probó que la organización militar comunista había sido entonces todavía insuficiente. Y naturalmente, de Moscú llegaron, en seguida, instrucciones concretas. De este modo, cuando surgió el Alzamiento del 18 de Julio de 1936 las milicias comunistas, organizadas, equipadas y encuadradas desde el Gobierno sumabán — ¡atención a las cifras! — cien mil hombres de «asalto»; setenta y siete mil de las organizaciones de «resistencia» y 120.000 de las llamadas «tropas sindicales». Total, casi 400.000 hombres armados, preliminarmente, con 25.000 armas largas, 30.000 pistolas ametralladoras, 250 ametralladoras y dinamita bastante para equipar 20.000 hombres. A estas cifras de armamento, nada leves, añádase luego el ingente material sacado de los Parques de Artillería, «antes de la Revolución», por orden tajante del Gobierno rojo y repartido entre las masas que nutrían los partidos del Frente Popular. Esta vez ya no era lo mismo que en el octubre rojo cuando, por ejemplo, se descubrió el alijo del «Turquesa» y el transporte de 160.000 cartuchos en un camión de la Diputación (!!) ovetense, cuya Corporación constituía al presente uno de tantos nidios marxistas del momento.

LA MARCHA RELAMPAGO A MADRID

Con semejantes medios, el 18 de Julio de 1936, en las grandes urbes—Madrid, Barcelona y Valencia—el triunfo fué de los rojos. Y si no lo fué en todos sitios ello se debió en primer término a un milagro de Dios; a la decisión

del Ejército — que había perdido medios, pero no moral—; al entusiasmo de falangistas y requetés y, en fin, al genio de Franco, que se apresuró a marchar a Marruecos, en donde estaba el núcleo principal de nuestro Ejército, que Azaña no había terminado aún de «triturar».

Pero Franco no puede pasar a la Península inicialmente el Ejército de Marruecos. Apenas 20.000 hombres; eso sí, de excelente calidad: bien instruidos, bien mandados y bien equipados. Fué el 5 de agosto cuando este Ejército comenzó a llegar, en debidas proporciones, a la Península. Y en seguida comenzó la guerra relámpago; el avance arrollador sobre Madrid. Badajoz se conquistó el día 14 del mes citado. En Talavera se puso en fuga a los milicianos de Riquelme el 3 de septiembre. Toledo se liberó, pese a todo, y ante la mirada atenta del mundo, el 27 del mismo mes, y, en fin, el 6 de noviembre las tropas de vanguardia, que habían salido de Marruecos apenas hacía tres meses, estaban, no ya en las afueras de Madrid, sino en el corazón mismo de la urbe: en plena Ciudad Universitaria, de donde no hubo modo de expulsarlas luego.

Sin embargo, Madrid fué una excepción. No se liberó entonces, como se habían liberado tantos lugares antes. ¿Qué pasaba? Pues la explicación es ahora sencilla. El Ejército que Franco trajo de Marruecos era excelente, pero pequeño. La estirada magnífica que había hecho no le permitía seguir luego más allá. La lucha, dentro del casco urbano de la Corte, habría sido el peor y más catastrófico destino que a tal tropa de «élite» y selección podría habérsele dado. Y Franco, que sa-

bia bien su oficio, no aceptó semejante prueba, porque sobre ser difícil y llamada al fracaso, ¿cómo se iba a poder cubrir luego la población, con su enorme perimetro para guardarla? Franco hizo alto. E hizo—ahora se advierte más claro que nunca, muy bien.

BARRER LAS MILICIAS ROJAS

Y es que en el transcurso de este batallar incesante de doce semanas, desde el Guadalquivir al Manzanares; frente a El Alcázar, ante Oviedo; con el confin aragonés, y en la Sierra, las milicias habían terminado por agotarse. Habían pagado duramente su improvisación y la irresponsabilidad sectaria de los que mandaban, que las habían impulsado a la catástrofe. Miles, muchos miles de desgraciados perecieron así: en Somosierra o en Guadarrama; junto al Tajo; en la vega del Guadiana, ante los cuarteles de Gijón o frente al recinto ovetense. La verdad es que en noviembre de 1936 las flamantes milicias que provocativamente habían desfilado por las calles de Madrid y otras ciudades, en los días angustiosos que precedieron al Alzamiento, con sus gorritos blancos, sus camisas rojas y su atuendo improvisado de soldado de ocasión, habían terminado por desaparecer. Habían sido aniquiladas en el campo de batalla, una vez culminada su tarea previa de crímenes y robos en las ciudades. No habían durado, delante de las excelentes tropas del Ejército, apenas más que días. ¡La revolución roja se había quedado sin soldados!

APARECEN LOS CARROS Y AVIONES SOVIÉTICOS

Sin embargo, en las proximidades de Madrid ya habían aparecido carros y aviones soviéticos, en Seseña, por ejemplo. Los dirigentes rojos—que no eran ni siquiera españoles — habían comprendido pronto el peligro. Rápidamente salían para Moscú agentes e informes para explicar el caso. Y para pedir con toda urgencia apoyos. La verdad es que sin éstos la guerra española habría sido liquidada, definitivamente, no más allá de aquellos primeros días de noviembre de 1936, justamente cuando el Gobierno rojo huía, sin decir nada, a Valencia y dejaba en Madrid, con la responsabilidad de su defensa, al pobre diablo del general Miaja.

La verdad fué entonces que cuando las vanguardias nacionales llegaron hasta el Clinico ya no encontraron allí milicianos movilizadas, sino gentes extrañas. Soldados uniformados, bien equipados, bastante bien instruidos y armados y perfectamente encuadrados. Eran gentes chocantes. Unos eran blancos. Otros, negros. E incluso los había amarillos también. No eran, naturalmente, españoles, ni hablaban en consecuencia nuestra lengua. Aquella gente constituía la babel internacional del hampa. Venían de todos los países a la vez. Se habían instruido semanas antes en Albacete. Y habían sido reclutados, muchas veces, con engaño y casi siempre proporcionándoles pasaportes falsos. Tales eran las fuerzas que habían sustituido a



Grupo de prisioneros pertenecientes a las Brigadas Internacionales



Apátridas de todo el mundo llegaron a España para combatir en las Brigadas Internacionales

los milicianos. Fuerzas internacionales que venían a hacer la guerra, no a las órdenes del Gobierno marxista de Valencia, sino a las del de Moscú. He aquí lo más importante que vamos a ver luego.

A principios de noviembre, en Madrid, frente a unas cuantas centenas de soldados españoles, surgieron así al menos tres millares de Internacionales, veteranos de todas las guerras y revoluciones mundiales, a los que se añadieron inmediatamente varios millares más. Dejamos aquí aparte la cuestión del material, ciertamente ni insignificante, ni falta de comentario, para referirnos concretamente a los hombres, a los voluntarios internacionales o por mejor decir, a los voluntarios de la Internacional Krivitsky nos ha explicado perfectamente lo que pasó entonces. El citado general ruso ha escrito en su libro «Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético», que para nutrir las Brigadas Internacionales se constituyeron inicialmente centros en París, Londres, Copenhague, Amsterdam, Zurich, Varsovia, Praga y Bruselas, por donde se introducirían las armas, mientras que en París, Marsella, Lyon, Toulouse, Perpiñán y otros puntos se hacía la recluta de personal. Marty, Araquistáin, Malraux y otros comunistas dirigieron la tarea. En el Comité de organización figuraron Vittorio, Luigi Longo y otros muchos comunistas extranjero más.

A QUINIENTOS POR DIA

En aquella Babel internacionalista se decidió organizar — como luego ha previsto la N. A. T. O. — las unidades por afinidades lingüísticas. Así, por ejemplo, la XI Brigada se nutrió de alemanes; la XII, de italianos; la XIII, de eslavos; la XIV, de franceses y belgas; la XV, de ingleses y americanos. Estas Brigadas fueron la base del llamado Ejército Popular, el que sustituyera a las Milicias. El que se batiera en Brunete, por ejemplo, o en La Granja y la Ciudad Universitaria; en Teruel, desde luego, y en el Ebro después. Eran gentes duras que sabían su oficio, y a las que se empleaba sin compasión las más de las veces — como en el Ebro — con ametralladoras acechándolas a su retaguardia. No tenían opción. O resistían, o necían. Los marxistas no les dieron, a la verdad trato mejor que éste. La realidad fué, en consecuen-

cia, que estas tropas comenzaron a quedarse en cuadro. Pero no sin que las cosas requirieran antes largos y penosos combates. La verdad es que España, la España nacional, se batía a la fecha con el Ejército del comunismo internacional. Fué menester que miles de cadáveres fueran abandonados así por los rojos en las estepas centrales del campo de batalla en el verano de 1938, o que quedaran tendidos sobre el hielo y la nieve de las «mueltas» turolesas, o en las riberas húmedas del Ebro. En Brunete, aquellos hombres huyeron en buen número, aterrados de la réplica de los soldados de España, escapando hasta Madrid. En alguna batalla, cierto jefe de estas mismas Brigadas huyó, a su vez, en un auto nada menos que hasta Francia. Habían llegado a España, normalmente durante muchos días, estos aventureros de la peor de las causas, a razón de quinientos. En total, llegaron a España alrededor de 125.000 internacionales de esta catadura para luchar al servicio del comunismo soviético. No quiere, ciertamente, decir ello que semejante cifra llegara nunca a ser efectiva en un instante determinado de la campaña. Es la cifra global, como se ha dicho; pero es absolutamente cierto que en alguna ocasión hubo combatiendo un contingente total de 40.000 a 45.000 internacionales de esta clase.

TACTICA DE PROLONGAR LA GUERRA

La terrible sangría que significó para estas gentes la guerra española provocó, fatalmente, la extinción de su recluta. A finales de 1938 dejaron de venir. Es entonces cuando a Negrín se le ocurrió la treta de facilitar las actividades del Comité de la No Intervención, aunque, a la verdad, no cumplió tampoco lo prometido. Fué por entonces también cuando las Brigadas Internacionales comenzaron a completar sus plantillas con contingentes del cupo nacional, enviados frecuentemente con carácter forzoso. Fué entonces, en fin, para terminar, como decimos, cuando las Brigadas Internacionales dejaron de serlo, para convertirse, en buena parte, en nacionales, por lo que respecta a sus efectivos. Como las Milicias originarias, la verdad es que las Briga-

das Internacionales habían nacido también. Sólo restaba siempre, felizmente, el Ejército triunfador de Franco.

Pero la experiencia no había carecido de interés. Ellos, la ayuda extranjera, singularmente en hombres — dejamos al margen aquí la cuestión del material —, habían hecho prolongarse nuestra lucha hasta casi tres años. Habían soñado con terminar venciendo. Pero cuando ello no pareció posible — y no fué, al efecto, preciso que pasara para ello mucho tiempo —, se contentaron con hacer correr la sangre en España; con prolongar la guerra, con el ansia puesta en la posibilidad de una guerra mundial.

La consigna dada por Stalin a los rusos que vinieron a España fué genuinamente comunista. Sin comprometer a la U. R. S. S., deberán procurar a toda costa — les dijo — el triunfo del comunismo. Stalin ordenó a los rusos que enviara a España que se pusieran siempre «fuera del alcance de la artillería». No le interesaba que sus agentes combatieran. Le bastaba con que hicieran combatir a los demás. Por eso, los rusos que vinieron a España se incrustaron en seguida en la jefatura suprema de la guerra, en la administración, en la política, en la economía, en



Extranjeros desembarcando en Valencia

los transportes; en todo, en fin, menos en las unidades combatientes. Salvo, bien entendido, en la Aviación. Por eso, falsamente, los marxistas españoles han pretendido convencernos de que los rusos no intervinieron en la guerra española. He aquí la gran mentira. No sólo la dirigieron, sino que la intervinieron primordial y decididamente. Jesús Hernández, que se llama a sí mismo—el sabrá por qué—«Ministro de Stalin en España», ha explicado con todo género de pormenores cómo la batalla de Brunete fué impuesta por el Estado Mayor soviético al Mando rojo español Rojo. Vicente Rojo, ha afirmado, a su vez, que la batalla del Ebro fué proyectada, planeada y dirigida por los rusos. Y todos a una, los comentaristas de la política marxista en la zona roja española en aquellos días han explicado minuciosamente cómo, por indicaciones y exigencias de Moscú, se puso y se quitó a Largo Caballero en la jefatura del Gobierno, se asesinó a Nin, se eliminó del Ministerio y quiso asesinarse, a su vez a Indalecio Prieto.

Lo que pasa es que Rusia buscaba, como siempre buscó, hacer sin comprometerse. Cuidaba de lavar y secar la ropa al mismo tiempo. ¡La cosa está muy clara!

DEPENDIAN DE LA KOMINTERN

Lo hemos dicho antes. Las Brigadas Internacionales no eran unas tropas del Gobierno rojo español. Eran tropas al servicio de Rusia. Simplemente fuerzas de la Internacional Comunista y, por tanto, a las órdenes de Moscú. A estas tropas han sido ellos mismos, los internacionales, los rojos de allá de las fronteras, los que las han calificado de «dansquenetes de la Revolución mundial», «fuerzas de la III Internacional», «mera creación de la Komintern». Podríamos multiplicar semejantes textos y análogas citas con suma facilidad. Pero para muestra definitiva del aserto he aquí la prueba: Dimitrov definió las Brigadas como «el Ejército mundial del proletariado revolucionario». Marty, el tristemente célebre «carnicero de Albacete», a quien algún correccionista suyo le acusara del asesinato de miles de compatriotas franceses, decía a las Brigadas cuando, al fin, se ausentaron de España, en octubre de 1938: «Partimos. Pero no vamos a descansar. No vamos a dormir. Simplemente cambiamos de frente.»

Entre los rusos que vinieron a España figuró un cierto general llamado Stern que adoptó aquí, como otros tantos, un nuevo nombre, haciéndose denominar Kléber y pretendiendo pasar por canadiense. La verdad es que era de Bukovina, y nada menos que profesor de la Escuela Militar de Frunze, de Moscú. Este jefe dijo, en cierta ocasión, ante los periodistas: «Las Brigadas Internacionales forman parte del Ejército soviético, son sus fuerzas de choque. Estas Brigadas están a disposición únicamente de la Komintern, y, al final de la guerra española serán empleadas en las misiones que la Komintern considere más oportunas.»

¿Está claro? A la verdad, la cita no necesita exégesis. Kléber lo ha dicho todo. Las Brigadas Internacionales eran tropas soviéti-

cas, aunque se reclutaran en el voluntariado comunista internacional. Obedecían solamente a Moscú. El Gobierno rojo español las pagaba. Las pagaba, como el material de guerra soviético—¡y francés!—entregándose en masa todas las reservas auríferas de nuestro Banco de España. Pero la verdad es que, aparte de esta operación de pagarlas, el Gobierno rojo ni intervenía, ni conocía la organización, ni disponía de estas tropas. En ellas ocurrieron escándalos administrativos tremendos. Pero el Gobierno rojo español no tenía por qué interesarse, ni por qué pretender saber lo que ocurría. Cuando en alguna ocasión, lo pretendió, sobre provocar una explosión de ira, no consiguió nada tampoco.

A LA LUCHA CONTRA ESPAÑA

Rusia, sencillamente la Unión Soviética, había hecho campo de batalla de España, y había mandado sus tropas. Una tropa insistimos, no rusas, pero sí comunistas y soviéticas. Para matarse eran buenos los demás. Para dirigir, la U. R. S. S. se reservaba todas las riendas.

UN CUERPO EXPEDICIONARIO RUSO

Junto a estas Brigadas Internacionales, a las órdenes de Moscú, hubo en España más tropas soviéticas. Por ejemplo: el llamado Cuerpo Expedicionario que nos cita Krivitsky, y formado, éste sí, por dos mil rusos, pero que ocupan cargos dirigentes en el Estado Mayor, arsenales, aeródromos, bases y servicios. La aviación, la artillería y los carros, sin contar las transmisiones, estaban también en sus manos. Era el general soviético Berzin el que dirigía y mandaba todo esto. En la Misión militar soviética figuraron muchos generales rusos con nombres supuestos. Esta Misión militar ejercía, de hecho, el mando supremo de las fuerzas rojas en España. Dependiente directa de ella estaba también la escuadra aérea llamada «André Malraux», que, aunque nutrida por franceses, era netamente una tropa comunista.

Martínez Barrio, grado 33 de la masonería, ha llegado a afirmar alguna vez que concretamente en las Brigadas Internacionales no había rusos. No había soldados rusos, es verdad. Pero sí mandos supremos rusos. Y, sobre todo, eran tropas al servicio de Rusia. Tropas que combatían en España y que mandaban, organizaban y empleaban los rusos nada más. ¡Si lo confiesan y lo proclaman ellos mismos! La afirmación de Martínez Barrio, como tanta otra afirmación a medias, para uso de las logias, era así una mentira más. Stalin, como diría entonces «Le Matin», «era hábil en hacer bairse por Rusia a los demás». Eso

fué todo en aquel colosal engaño criminal de las Brigadas Internacionales de la guerra de España.

ANECDOTAS DE FICARRESCA

El anecdotario de aquellas gentes era fértil en la consecución de todo género de delitos. Límitémonos sencillamente a la picaresca. Cierta día el comandante Brown, encargado de la administración, recibió aviso de rendir cuentas. Alguien que trabajaba cerca de él ha explicado que una bomba que hubiera caído en su despacho no habría causado mayor desconcierto. Albacete se haría de recibir a semejantes gentes. Cuando no cabían en la ciudad fueron llevadas fuera; los alemanes a Mahora, los eslavos a Tarazona de La Mancha los italianos a Madriguera, los franceses a un lugar cerca de La Roda... Los aviadores se concentraron en Alcantarilla. Y los artilleros en Almansa. Paulina Marty fué encargada de vigilar los hospitales y kapov, no me os que de la Intendencia. Una Intendencia realmente sorprendente que incluía en el desayuno, a las siete, café o chocolate, cigarrillos, aguardiente y periódicos. A la doce, menestra de arroz, carne, frutas y vino. Y a las ocho, otra vez menestra, un bistic con patatas fruta y vino. Sin duda, un excelente menú. Por algo pagaba el oro del Banco de España! Esto duró poco. Demasado poco. Y, naturalmente, cuando falló esta «carta», los internacionales se sintieron engañados y promovieron todo género de revueltas, simultaneadas en muchos casos con tiros. Lo malo para aquéllos fué que su fuga de España no les resultaba posible. Los rusos les quitaban los «carnets» y la «documentación», y no se los entregaban para retenerlos aquí.

RETIRADA POR EL PIRINEO

Las Brigadas Internacionales, en fin, fué una idea rusa. Se convino su creación en Moscú, como tropas de la revolución roja y a las órdenes directas del Kremlin. Primero, la Komintern y la Profintern juntas, en la reunión del 26 de julio de 1936—¡a la semana misma de haber establecido el Movimiento—, habían acordado enviar a la zona roja una brigada de 5.000 plazas. Pero pronto Moscú hubo de volver sobre este acuerdo. Rosenberg informó precipitadamente que la resistencia del Gobierno marxista se hundía y que Franco arrollaba con facilidad a las milicias. Thorez salió rápidamente para la capital soviética para informar a su vez y reclamar una resolución apremiante. Acto seguido la recluta de los internacionales y la organización de las

Suscribase a

"POESIA ESPAÑOLA"

La mejor revista literaria, que sólo cuesta
DIEZ PESETAS

Brigadas se inició. Lo aclaró entonces ya: «Las Brigadas Internacionales—dijo entonces—serán el primer paso para la organización de un Ejército comunista en los distintos países europeos y americanos.» La revolución comunista había encontrado la fórmula de acción militar sin comprometer a Rusia, sin que este país derramara la sangre de sus hombres y sin que a su Erario le costara nada. La III Internacional, en fin, proporcionaría así la carne de cañón. La U. R. S. S., sencillamente, se encargaría de dirigir esta masa. He aquí la realidad. Si alguna vez se dijo que estas Brigadas Internacionales—pese a su explícito y contundente nombre—eran tropas del Gobierno republicano-marxista de Valencia, se mintió. He aquí, por ejemplo, los primeros versos del himno de uno de los batallones de la XIV Brigada, nutrida, como se ha dicho antes, por franceses:

*Avec nous l'Union Sovietique
garantit victoire et succès
vers la nouvelle Humanité!
vers la nouvelle Humanité!*

Tal fué el extraño «españolismo» de estas gentes que se batieron en España no por España, sino contra España. Aquí, cuando fracasaron y sus filas se diezmaron, decidieron marcharse. Y entonces la guerra de España debería, sin más, de terminar.

Pero, entiéndase bien, las Brigadas Internacionales no fueron una organización militar ocasional. Ni mucho menos. Acabaron en España porque aquí ya nada tenían que hacer, pero se ausentaron para intervenir en otro sitio. «Donde Moscú dijera», según frase de Marty. Eran, en fin, las «tropas del Ejército Internacional soviético», según aclarara desde el principio Thorez. El fruto de un acuerdo comunista. De sus cuadros de España saldrían dirigentes para regir la política roja en toda Europa. Tito, que se convertiría, en «mandamás» yugoslavo. Gottwahl, que lo sería de Checoslovaquia; Nenni y Pacciardi, que serían ministros en Italia. Payeta y Spain, que serían a su vez diputados, y el primero, subsecretario de Estado. Lecoour, que sería subsecretario de Industria, en Francia. Vittorio, diputado...

Las Brigadas Internacionales, cuando salieron precipitadamente por el Pirineo catalán, perseguidas por las vanguardias nacionales, no iban, en efecto, a descansar. Surgieron nuevamente en Grecia, al lado de Markos, algún tiempo después. Tropas de esta clase, internacionales voluntarios al servicio del comunismo mundial, se alinearon también, aunque de recluta preponderantemente amarilla, en Corea y en Indochina. Y mañana, a buen seguro, se alinearán también donde la guerra surja. El designio de Moscú está claro. Las Brigadas Internacionales son la fuerza de choque y la vanguardia del Ejército rojo. La fórmula de hacer la guerra sin parecerlo, con sangre y dinero de los demás. Acaba de recordársenos ahora mismo el propósito. Moscú

So, Sa, li, le, dad, ri, in, an,

ter, tar, cio, cia, ciu, nal, nel.

Sociedad, Salud, Verdad, término, intervenir, recio,

social, realidad, inventar, saciar, comicio, seriedad,

Nuestras brigadas extranjeras simbo-

lizan la Solidaridad internacional

con el pueblo español.

LENIN, NUESTRO GRAN MAESTRO

Le-nin, nues-tro gran ma-es-tro

e, i, u, o, a

L, n, s, t, r, g, m



Cartilla política de los extranjeros que sirvieron en España a las órdenes de Moscú

quiere tener su Ejército Internacional. La fórmula de España, sin duda, está lejos de haber sido agotada...

UNA COMMONWEALTH ROJA

Con la anterior conmemoración citada ha coincidido una noticia recogida también por la Prensa internacional. Es probable que en semejante simultaneidad exista algo más que una «pura coincidencia». La novedad a la que nos referimos ahora se relaciona con la reciente visita de Tito a Moscú. En opinión de estos informadores en el Kremlin se está maquinando un plan infernal. Harían bien los incondicionales de la «convivencia» en darse, desde luego, por aludidos ya. El proyecto en cuestión es el siguiente: Rusia piensa en la posibilidad de organizar, al modo de la Commonwealth británica, una Comunidad de pueblos comunistas en el mundo. Habrían de integrar ésta los satélites del centro de Europa, en primer término. Quién sabe también si los países comunistas de Asia, y desde luego, como habría de contar con Yugoslavia, la consulta previa tenía que ser a Tito. Limitada la cuestión a los pueblos europeos, sometidos a la tiranía del Kremlin, he aquí siete países diferentes: Alemania Oriental, Polonia, Che-

coslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria y Albania, con un total de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados, y no menos de noventa millones de habitantes. Todo un mundo, en fin, que podría gobernarse desde Moscú sin graves complicaciones; que daría en el exterior, sin embargo, la impresión aparente de una Cominternación de pueblos libres y, en fin, una fuerza, a la verdad, intervenida, vigilada y dirigida desde la U. R. S. S. De este modo la disolución de la Komintern se haría harto explicada. Se suprimirían los lazos de dependencia exteriores y se intensificarían los de la dependencia absoluta. El complemento de todo este diabólico proyecto sería un acuerdo militar. Es sabido que, en principio, existe ya entre los comunistas de Rusia y los comunistas que gobiernan estos países, al fin servidores todos de la III Internacional rusa y soviética, es decir, del Kremlin. Pero el acuerdo en cuestión, que culminó con el reconocimiento de un mando único, el de Konev, según el tratado de Praga del año actual, ahora se complementaría y ampliaría a las otras potencias comunistas, naturalmente a Yugoslavia incluida. El plan es tremendamente ambicioso. ¡Y peligroso! De este modo Yugoslavia, plenamente girando en la constelación soviética, proporcionaría a Rusia la llave de los Balcanes. La cosa es tanto más grave porque es ahora cuando Moscú vuelve con mas decisión, bajo el régimen rojo sus ojos al Mediterráneo. Ya han aparecido los submarinos soviéticos en Albania, nos advierten otras informaciones—no se olvide tampoco el detalle—, según la posibilidad que sospechábamos alguna vez.

La Commonwealth rusosoviética ahora parece ser así la última palabra del imperialismo comunista. De ese imperialismo que creara el Ejército de las Brigadas Internacionales. Tomemos buena nota. Y de modo especial los que sueñan aún, torpes o desleales, con la posibilidad de una «convivencia» amistosa, con el siempre enfurecido oso soviético...

HISPANUS

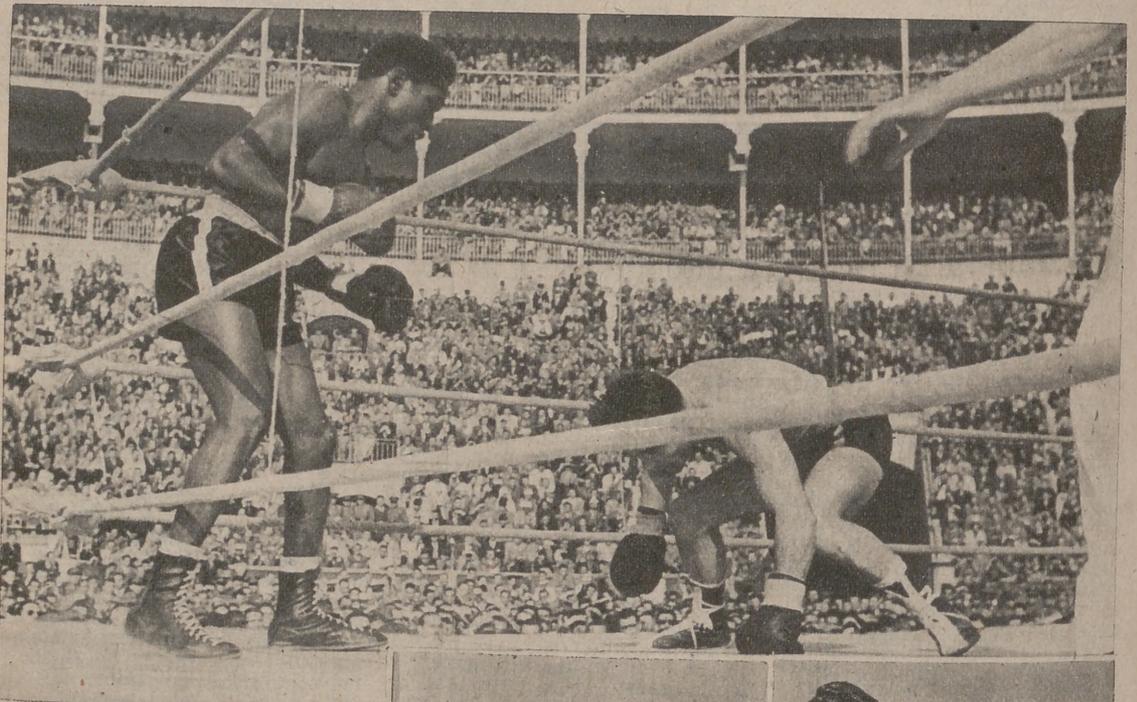
Dos senegaleses de las Brigadas Internacionales



CARA Y CRUZ DEL DEPORTE

EL BOXEO ENTRE BASTIDORES

LA CIENCIA AYUDA A BATIR LAS MARCAS

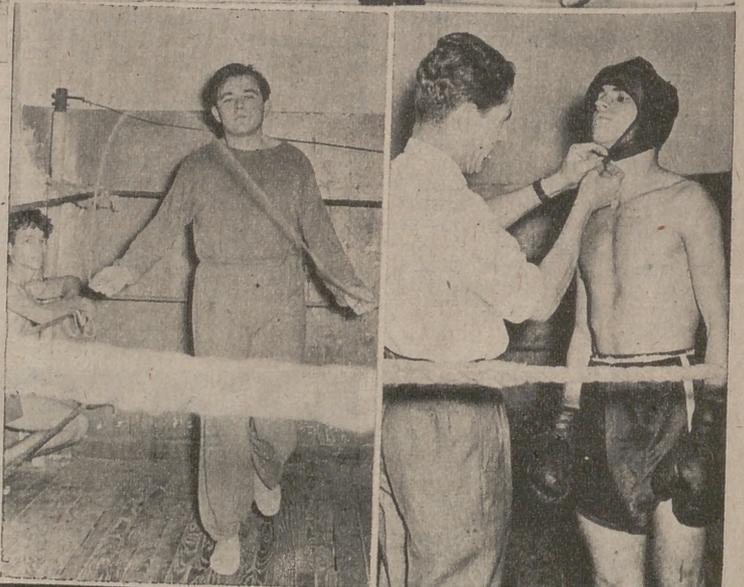


NADA de eso. Hoy no se da inesperadamente con la puerta en las narices a los que quieren saber boxear, cuando entran por primera vez al gimnasio. Veinte años he sido boxeador y aun conservo sana y salva mi ternilla.

Pero las narices indican aplastamiento. Decir aquello a la hora del aperitivo supone ya alguna credulidad. Pero escucharlo entre las cuerdas de un ring es harina de otro costal. Sin embargo, hay una excepción: no es lo mismo pegar puñetazos en un gimnasio para aficionados que hacerlo en un ring ante diez o veinte mil espectadores. En el primer caso —lo he visto en un gimnasio madrileño, en el de la Agrupación Deportiva de Ferrovianos—, no pasa de ser una lucha en tono menor donde se atacan solo las primeras notas de la escala págilística. Pegar puñetazos en un ring hace subir de tono la escala. Y los agudos del boxeo, que en argot se dicen «goles». Enseñando a encajar y devolver hay un hombre —el manager González, Medalla de Plata al Mérito Deportivo— al que ni siquiera se le levanta un mechón del flequillo color ceniza cuando enseña a pelear.

—¡Tiempo!

Han pasado tres minutos des-



El ex campeón Romero dobla las rodillas ante el negro Ankara. La Plaza de las Ventas registró un lleno sin precedentes. Abajo: Dos futuros pugiles, en el gimnasio, inician una carrera sin horizontes limpios

de que dos aficionados —uno de ellos Alfonso del Río, internacional, cuya única ilusión es enfrentarse con Bergentino Cuiñado— juegan a saber romperse la cara a su debido tiempo y con los debidos puñetazos. Es una manera noble de hacerse boxeador. En

buena lid. Sin los artilugios de unos organizadores de previo acuerdo.

—¡Tiempo!

Significa —en boca del manager— el fin de una ración de torrazos por unos segundos y que va a comenzar un nuevo reparto por

tres minutos. Barbilla baja. Guardia permanente, sin bajarla ni subirla demasiado. Sin descuidarla.

—¡Abajo más que arriba!

Están prohibidos los golpes cintura abajo; cintura arriba, todo, excepto el codazo y el golpe de antebrazo. Manda la nariz sobre los pulmones, mientras un plástico tiene las funciones de evitar que se partan los labios. Otra vez el ring.

—¡Uppercut de derecha!

Es el clásico gancho que hace levantar dolorosamente la barbilla del adversario y a veces morder la lona.

—¡Crochet de izquierda!

Es el directo a fondo. El que hace tambalear ocasionando la náuseas y la pérdida de visión.

—¡Cuerpo a cuerpo!

Como dos estatuas cristalizadas, los dos contendientes agachan el torso y juntan las cabezas. Mientras tanto, operan los puños sobre el estómago, sobre el hígado o sobre el corazón.

—¡Tiempo!

Ha terminado el round. El final es «hacer estómago» en los entarimados. Si se trata de un gimnasio, seguirán oyéndose golpes y órdenes de golpes. Así será luego en el ring, frente a frente los adversarios.

—¡Directo izquierda y uno-dos!

¡Crochet de derecha! ¡Golpe al hígado y derecha! ¡Cruzado a la cara! ¡Ganchos a la cara! ¡Crochet de derecha y de izquierda, en media distancia! ¡Directo de izquierda a la cara y derecha al plexo solar y al corazón!

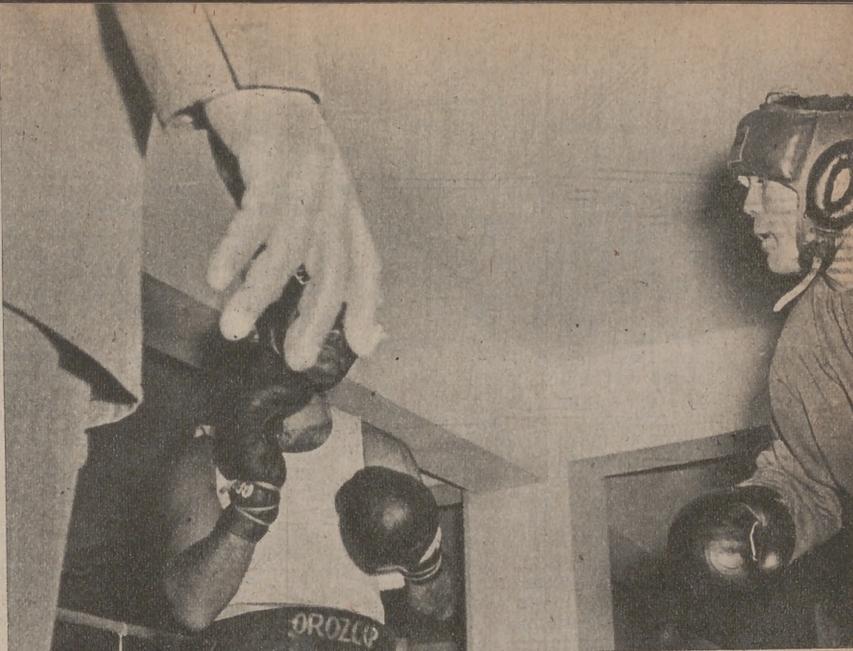
HACIENDO EL SUECO

Así se forma la jerga del boxeador y su cuerpo —si no se toman las medidas oportunas— se deforma. Durante muchos años no oír de continuo sino aquellas palabras. Porque el boxeador profesional es totalmente esclavo de su profesión y no sabe retirarse a tiempo antes que su organismo y su cerebro hayan sufrido sacudidas irreparables. Si al notar las náuseas, los vómitos o la amnesia incipiente abandona el ring, no hay peligro aun para el organismo. Pero el boxeo es un deporte de muchos ingresos. Rocky Marciano, campeón de los pesos máximos, ganó veinte millones de pesetas en un año con sólo subir dos veces al ring.

Haciendo el sueco debe empezar todo boxeador; es decir, haciendo gimnasia sueca durante tres meses. Después a la sala de boxeo por otros seis. Es ese largo intervalo ya se puede «hacer sombra» —respirar hondo por la nariz y repartir puñetazos al aire en las cuatro direcciones. Como un nuevo quijote ante los gigantes que no eran sino molinos de viento. A la izquierda, alguien la toma furiosamente con un balón macizo. Está «haciendo punching». En el ring, dos «hacer guantes», cubierta la cabeza con un casco protector. Se entrenan a puñetazo limpio. Más allá se salta a la comba en espera de usar los guantes. Unos guantes de ocho onzas para los profesionales y de cinco a seis para los aficionados.

—¡Tiempo!

Otra vez el manager con su eterna cantinela.



Otro ex campeón. Aún no hace un año, cuando la afición recibía en triunfo al torero-boxeador después de su combate contra Ray Famechon, en París, que le proclamaba campeón europeo

EL DECALOGO DE LOS BOXEADORES

Hasta este punto, el aficionado cuidó su formación física y su adaptación a la pelea. Aun no es profesional.

—Para ello es preciso lograr dos campeonatos regionales y el cincuenta por ciento de todos sus combates ganados.

Cuando el amateur sea profesional puede elegir —o le dan a elegir— dos caminos, el de la nobleza en el pugilato o el pugilato innoble. En los dos tropezará con muchos guantes. En el primero, uppercuts o directos a fondo sobre el hígado o el corazón. En el segundo, una comparsa. Es el momento en que hacen su aparición los «tongos» del ring.

Mientras tanto, diez categorías aguardan a los amateurs, de acuerdo con el peso del cuerpo: mosca, gallo, pluma, ligero, mediano ligero, superligero, intermedio, medio, semipesado y pesado. Las categorías para profesionales son las mismas anteriores, excepto dos: el superligero y el intermedio. Para todos, los mismos términos pugilísticos y los mismos destrozos corporales. El mismo grito del espectador:

—¡Derríballo! ¡Ahora!



El aprendiz de boxeador hace guantes. La gloria aún le parece lejana. Abajo: Archie Moore vive en ese momento uno de sus máximos triunfos, al vencer a Rocky Marciano



LOS ETERNOS COMPETIDORES DEL RING

—Si no se observa el entrenamiento y el régimen de vida no tenemos boxeador.

Entrenamiento duro, que no puede descuidarse. Así es el boxeo. Después algo más duro que los mismos puños: el régimen de vida. Nada de alcohol, ningún trabajo incompatible con el ring.

—El del camarero y el cocinero son los ideales.

Nada de tabaco. A las siete y media de la mañana, fuera de la cama. Gimnasia campera que en el argot se llama «hacer footing». La miel es la mascota de los boxeadores. El peso, uno de los motivos de mayor preocupación. Y de enjuagues. Si el púgil dió a la hora del peso más de lo conveniente, vienen las purgas.

Para todo boxeador hay una modalidad que inventaron los psicólogos: los reflejos. Tener buenos reflejos es intuir el uppercut o el directo. Fred Galiana era especialista en reflejos, pero a última hora le faltó entrenamiento y le sobró vida fácil. Por eso fué descalificado mucho después de lo que se pidió, al menos tacitamente.

Por tres cosas puede ser descalificado un boxeador. Por pegar con la cabeza, por no hacer combatir y por insultos al árbitro o al público.

LOS «TONGOS DEL RING»

Encajar un uppercut o un crochet no es tan fácil como parece. A veces es mortal. Con frecuencia los periódicos dan noticias de accidentes mortales provocados por el boxeo en todo el mundo. En Norteamérica, trece boxeadores se desplomaron sobre la lona en 1948 para no levantarse más; nueve tuvieron el mismo fin en 1947 y dieciséis en 1946; seis en 1945. Cuando todavía no acababa el año 1948 —noviembre— las víctimas norteamericanas del ring eran nueve.

Demasiado célebre es la muerte de Schaart en 1933. Hubo de luchar con Primo Carnera.

—No me gusta la idea—dijo—. Pero si hace falta, aquí estoy.

Fueron casi sus últimas palabras. Al décimotercero asalto cayó k. o. Le trepanaron el cráneo y no pudo volver a la vida.

Por eso no es extraño que los boxeadores hagan a veces sus enjuagues profesionales. Los «tongos», como se dice en el argot. Salir al ring con el combate definido a priori. El público saltará de emoción ante la magnitud y la fuerza de los «goles». Gritará y enronquecerá.

—¡Derríbalo! ¡Ahora!

—¡Derríbalo! ¡Ahora! Pero el k. o. llegará a su debido tiempo. Ni más tarde ni antes de lo que concertaron los luchadores en los vestuarios o previamente tomando café tranquilamente. Poco café, porque también excita los nervios. Para el público, los combates se dilucidan en el ring. Los que conocen la picaresca pugilística, saben que muchos campeonatos se resuelven amigablemente sobre las mesas de los organizadores. Al multimillonario norteamericano Norris se le considera como un dictador en esta materia. Contra Norris o sin Norris un boxeador no puede hacer fortuna en los Estados

Unidos; con Norris se puede pegar puñetazos y recoger fondos. Es que en torno al boxeo se manejan importantes cantidades que se cruzan en apuestas, en las que intervienen los organizadores de los matchs. Y de antemano toman sus previsiones —no siempre— para resultar ganadores.

Estos enjuagues no los conoce el público que está lejos del ring o que guarda cola para sacar su entrada o para cruzar apuestas. En cambio, son la comidilla de los que rondan las lonas y de los que suben a la lona, en cualquiera de las tres categorías para profesionales.

Tampoco andan ajenos los boxeadores a la alquimia de las farmacias.

Las purgas pueden andar a la orden del día. O del combate. Siempre para rebajar peso, si a la hora del guante sobran unos gramos más de lo convenido o de lo conveniente al boxeador.

LA OMNIPOTENCIA DEL MANAGER

Ha llegado la hora de poner las cosas en claro. Vale la pena distinguir entre boxeo para aficionados y boxeo para profesionales. Vale la pena y lo merece. Si Javier Ortiz o Romero hubiesen sabido las jugadas que les prepararon sus mismos managers, hubiesen colgado los guantes a tiempo. Son los tongos del boxeo. Eran profesionales y no aficionados. En éstos no cabe dudar de la buena voluntad. En aquéllos, hay que esperarlo casi todo de cualquiera que no sea el mismo boxeador.

Golpes al plexo solar, directos al corazón o al hígado. Nada de eso es eficaz si anteriormente no lo quisieron los managers. Por eso, todo es arbitrario. Muchas veces, ni los mismos profesionales saben que la victoria era suya de antemano. Y lo era desde que los preparadores decidieron a la hora del café quién había de ganar.

Un manager puede elevar a un profesional hasta el momento que se le antoje. Y hundirle como lo elevó. En el primer caso, conciertan los combates. Prometen. Se niegan a presentar a sus protegidos a determinados pugilistas. En cambio, los enfrentan con quienes ciertamente conocerán la derrota. Es el tongo del manager.

Otras veces, el ídolo pugilístico piensa que ya ganó bastante dinero y es hora de levantar la voz al manager. En ese momento ha firmado su sentencia de nulidad para el futuro. Ya se ocupará el mismo preparador de que el ídolo no vaya bien entrenado. Lo pasa de entrenamiento. O le busca el contrincante de quien todo se puede esperar, menos la derrota.

EL TONGO DEL BOXEADOR

Dos boxeadores saltan al ring, mientras esperan la señal de la campana. Ni quitan ni ponen, pero ayudan al pacto sellado con anterioridad. Si el combate fué concertado a seis u ocho asaltos, ya se encargarán los contendientes profesionales que no suba más allá del tercer round. Entonces

viene el k. o. Indefectiblemente, al tercer asalto, uno de los dos descuida la guardia y presenta la cara. Es el momento elegido. Con gran desilusión de los espectadores, que ya no pueden lanzar su grito de combate:

—¡Derríbalo! ¡Ahora!

Sin embargo, el tongo del boxeador no es del todo desconocido para el público. Un uppercut, la caída del profesional y la reacción del espectador. El griterío es ensordecedor. Sin embargo, el caldo sigue en la misma postura hasta que el árbitro termina de contar.

Todo esto, que en muchos sitios es «vox populi», no logrará arraigar del todo en nuestra Patria. Sin embargo, abrió sus cabezas de puente, y el argot conoció nuevas palabras y nuevos métodos determinados por esas palabras. Tongo es sinónimo de engaño. Pero de más gravedad es para el propio boxeador engañarse a sí mismo, dejar su organismo en los guantes de un adversario o en los efectos de las drogas que insensibilizan a los golpes. Las consecuencias son las mismas: derrame cerebral o aguante desmesurado. En el caso de las drogas, no se sienten los golpes. El resultado es un puro cardenal allá donde está permitido pegar.

Por eso pudiera muy bien haberse dejado descalificar Fred Galiana. Quizá porque haya pensado que ya ha hecho bastante, y ahora le aguarda una vida desahogada. Aunque opongán, por el contrario, que a Fred le esperaban aún cinco años de boxeo—hasta el momento de los treinta—y cuatro o cinco millones de pesetas.

MAS SOBRE LOS TONGOS

No paran ahí los avatares del boxeo profesional. Con los managers están algunas veces los árbitros, de los que no ha faltado quien ha dicho, dirigiendo a un rincón de las lonas:

—Tengo que descalificarle. Lo siento mucho.

Con los árbitros, los ayudantes de rincón. Con éstos, las botellas de coñac a punto o cualquier otra bebida disimulada entre las toallas. En España, donde el Reglamento es algo más que un simple compromiso teórico, el golpe en la nuca está descalificado. En Norteamérica está a la orden del día. El árbitro tiene la palabra, y no siempre el castigo.

Así es el boxeo profesional. Para los que están lejos y cerca del ring—cada uno lo interpreta a su modo—, un «affaire» más. Para los que se enfrentan en las lonas, una cruz que se lleva a cuestras —muchas veces afición— y unos guantes con más o menos onzas de peso. Enfrente, un rostro des congestionado o desfigurado. Narices chatas en una cara chata.

Por eso, hoy se tiende a otros deportes menos violentos y más concordes con la naturaleza humana. Menos expuestos y más constructivos. A la vez que exentos de todo enjuague profesional. Y si hay daño, que lo haya para el instrumento deportivo. Nunca para el mismo deportista.

LANZAMIENTO DE JABALINA A LA ESPAÑOLA

HACE escasamente un mes una tarde tranquila y pacífica de septiembre, Miguel de la Quadra

Salcedo, uno de los más completos y eficaces atletas españoles del momento, tomó una jabalina

en el estadio parisiense de Jean Bouin, empezó a dar vueltas con ella en la mano derecha y, por fin, la lanzó.

Alcanzó siete metros.

Al segundo intento llegó a los 49 metros, y al tercero, simplemente, sin el menor esfuerzo, batió el récord nacional español de la especialidad de lanzamiento de jabalina, con 66,25 metros.

Los técnicos y el público que presenciaron la pequeña exhibición del atleta español estaban asombrados y confusos. La distancia a la que Quadra Salcedo había logrado lanzar la jabalina, sin ser extraordinaria, era notable; pero, más que esto, producía asombro y confusión el modo como el deportista efectuaba su lanzamiento. En lugar de practicar el clásico estilo de la lanza impulsada rectamente con cuerpo y brazo hacia adelante, Quadra Salcedo tomaba la jabalina con su mano por la encordadura y con ella así giraba y daba vueltas sobre sí mismo del mismo modo que lo haría para lanzar el disco, exactamente de este modo. Luego, casi milagrosamente, el dardo se enderezaba en el aire, recto, brillante e iba a clavarse en el césped a una distancia insospechada.

Sabiendo, probablemente, el sentido sorprendente y tal vez escandaloso que su lanzamiento con el nuevo estilo iba a tener, Quadra Salcedo dejó caer su bomba en París y se vino. Los técnicos franceses, la Federación Francesa de Atletismo, el público francés... todos empezaron a hacerse esta pregunta:

—¿Es válido este nuevo estilo?

En pocos días, la pregunta se hacía en casi todos los idiomas del mundo. ¿Es válido el «estilo español»? ¿Cumple todos los requisitos técnicos? ¿No es demasiado peligroso para el público?

EN UN SOLO MES, SE MEJORA UNA MARCA NACIONAL EN MAS DE 20 METROS

La Federación Francesa de Atletismo envió la marca conseguida por Quadra Salcedo en París a la Federación Española, informando además con mucha concreción acerca de los detalles del lanzamiento con un estilo totalmente distinto al empleado normalmente hasta entonces en todos los concursos atléticos.

Jean Seurin, secretario de la Federación Francesa, dijo, entusiasmado:

—Hemos comprobado la distancia de Quadra Salcedo. Ahora corresponde a los españoles homologar o no la marca.

—¿La homologarían ustedes si fuera un francés el que la hubiera conseguido?

—Sí, sin la más mínima duda.

Sin esperar a más, sin dar tiempo apenas a la afición española a que saliera de su sorpresa, los atletas Erauzquin y Celaya, utilizando el mismo estilo de lanzamiento baten la marca de Quadra Salcedo, consiguiendo Erauzquin un tiro de 74,32 metros. Pocos días después, en esta lucha ascendente y casi milagrosa de la técnica atlética, Antonio Iguarán bate a Erauzquin al lanzar, en San Sebastián a 77,23 metros.

Es una carrera que puede parecer fabulosa, impresionante, sorprendente. En pocos días, como si



Félix Erauzquin, creador del nuevo estilo de lanzamiento de jabalina a la «española». Un prodigioso atleta de cuarenta y nueve años

de pronto se hubieran dado cuenta de que podían hacerlo, los atletas españoles empiezan a superarse a sí mismos y a batir sus propios records.

Después de los 77 metros de Iguarán —14 metros más que la marca española (63,62 metros), que tenía Apellániz desde 1948—, Erauzquin lanza la jabalina de nuevo y bate todos los records sospechables, llega casi a batir la gran marca mundial: hace un tiro —histórico, sin duda— de 83,40 metros. Está a 26 centímetros del récord mundial que ostenta el atleta polaco Sidlo.

Es una especie de fiebre. El público empieza a interesarse. La afición crece, se habla de estas hazañas en todas partes. Y se pregunta:

—¿A dónde va a llegar Iguarán cuando bata la marca de Erauzquin?

—¿Y a qué distancia llegará después Erauzquin cuando se disponga a batir la marca de Iguarán?

—¿Batirá Quadra Salcedo las marcas de ambos? ¿O las batirá Celaya?

—¿A dónde podemos llegar con este nuevo estilo?

Si en menos de un mes, con un entrenamiento escaso y utilizando una técnica casi desconocida, se llega a superar en 20 me-

tros una marca record establecida y mantenida desde hace ocho años, ¿a dónde puede llegar el récord mundial con un entrenamiento intenso y un dominio pleno de la técnica?

UN «POKER» DE ASESE EN LAS PISTAS DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID

Siguiendo la trayectoria de los hechos, se consigue reunir en los campos deportivos de la Ciudad Universitaria de Madrid a los cuatro atletas españoles que han venido a ser ya algo así como los fenómenos del lanzamiento de jabalina: Erauzquin, Celaya, Quadra Salcedo e Iguarán. Es una mañana tranquila, llena de paz y de luz. No hace el más mínimo viento. Los más jóvenes atletas de España disputan el Campeonato nacional. Al final de sus pruebas, se ruega silencio y se presenta la exhibición de jabalina.

La expectación es extraordinaria. Nunca se había visto tanto público en las pistas atléticas de la Ciudad Universitaria. Las gradas están completamente ocupadas, y la gente que no cabe en ellas se alinea y se amontona alrededor de las pistas, en los pequeños montículos, al lado de los Colegios Mayores.

Pero el interés, la preocupación,



Fotógrafos y periodistas invadieron las pistas de la Universidad para recoger las incidencias del atleta vasco

la expectación desbordan los reducidos límites de estas pistas. En toda España se quiere saber el resultado de la prueba. Y aun en el extranjero hay más de un círculo que espera atentamente el resultado. Precisamente en el mismo momento en que los cuatro atletas españoles intentan batir todos los records por medio del nuevo estilo, otro gran atleta, el noruego Nielsen, se lanza a la misma aventura en el estadio de Oslo, confiando el resultado de su prueba al clásico y viejo estilo de lanzamiento.

En las tribunas de las pistas de Madrid se sientan también técnicos venidos del extranjero exclusivamente para presenciar el intento de Erauquin. Hay entre ellos dos norteamericanos llegados en avión el día anterior, que toman notas y preguntan. Muchos corresponsales de Prensa también están presentes.

—Por favor, señores —dice un altavoz—. Guarden silencio durante las pruebas de lanzamiento de jabalina.

Erauquin aparece en la pista y es saludado con muchos aplausos. Viene sonriente, campechano, bueno, con su panza de hombre ya madura dentro del «chándal» azul. Celaya, muy alto, serio, con el pelo muy cano y muchos años de veteranía atlética encima, se dirige también a la pista de lanzamiento. Quadra Salcedo hace ya tiempo que está haciendo ejercicios y contorsiones en el campo. Iguarán viene serio sereno. Todos llevan en la mano la jabalina metálica y un cubo.

—Por favor —el altavoz, de nuevo—, los espectadores que se encuentran a la izquierda del campo, en la valla del campo de rugby, que tengan la bondad de retirarse. Las pruebas no podrán dar comienzo mientras no se retiren.

Nadie se mueve. Y las pruebas comienzan. El incumplimiento de esta advertencia, de este ruego, ha sido la causa de que ninguno de los cuatro atletas españoles lograra su propósito de batir la marca mundial. Esa, y no otra, ha sido la causa de que la expectación toda quedara defraudada y no se consiguieran con el nuevo estilo tiros de verdadera importancia.

ERAUQUIN ESPERA ALCANZAR LOS 85 METROS

En cierto modo, el nuevo estilo de lanzamiento de jabalina es un pequeño número de circo, en que se precisa silencio como en otros números, pero en el que, en lugar de bajar la vida del artista, peligra constantemente la vida del espectador.

Finalizando las pruebas, me acerco a los atletas y les hago a los cuatro la misma pregunta:

—¿Lanzabas con miedo?

Y los cuatro, uno a uno, Erauquin, Quadra Salcedo, Celaya e Iguarán contestan del mismo modo:

—Con muchísimo miedo. Así no se puede hacer nada.

Celaya añade:

—Antes habíamos estando practicando en el campo de rugby, y allí hicimos varios tiros superiores a los ochenta metros.

Iguarán, el más joven —apenas veintitrés años—, el que tiene probablemente más posibilida-

des de dominar esta técnica, comenta:

—Esa gente que estaba a la izquierda me obsesionaba. Las tribunas de la derecha no corren nunca el más mínimo peligro, pero los de la izquierda... Con ese miedo no se puede lanzar bien. Quisiera saber con certeza qué tiro hice en la primera prueba.

Quadra Salcedo.

—Hay gente imbecil. Terminarán por meterse en el campo para que los claven más a gusto.

Erauquin, a pesar de que no consiguió realizar su deseo, está contento y jovial. A los cuarenta y nueve años de edad, un atleta que todavía de guerra tiene que ser así a la fuerza.

—Ya lo haré otro día —dice—. No cabe duda de que lo haré: espero llegar a los 85 metros. Ahora me voy a comer.

EL NUEVO SISTEMA ESPANOL ES PERFECTAMENTE LEGAL Y VALIDO

De lo que no cabe la menor duda es de que el nuevo estilo de lanzamiento de jabalina ofrece unas posibilidades insospechadas.

Si de los 63 metros españoles se pasa en un mes de pruebas a los 83, de los 83 y pico mundiales se pasará pronto, sin la más mínima duda, a los 100, por ejemplo.

Por de pronto, la marca de Erauquin ha sido homologada. A su vez, la Federación Europea de Atletismo está dispuesta a aceptar como legal el llamado «estilo español» en el lanzamiento de jabalina.

—La legalidad de los lanzamientos —ha declarado Mericamp, presidente de la Federación Europea y directivo en los próximos Juegos Olímpicos de Melbourne— dependerá de si el atleta coge la jabalina por el lugar adecuado, durante todo el tiempo que proceda a su lanzamiento.

Los reglamentos no prohíben, desde luego, el nuevo sistema. En ello se expresa únicamente que la jabalina debe ser sujeta por una sola mano por su encordadura, y tal requisito se cumple estrictamente en los lanzamientos con el estilo nuevo. El sistema es, pues, válido, perfectamente válido.

Este estilo, llamado español, de lanzamiento de jabalina proviene del estilo de lanzamiento de la barra española, nacido, a su vez, del de la barra vasca. Tiene también cierta semejanza con el lanzamiento del «boomerang» australiano, y, sobre todo, con el siempre clásico y conocido estilo de lanzamiento de disco. Por esta razón se sospecha que, en lo sucesivo, los mejores lanzadores de jabalina serán los lanzadores de disco.

LAS POSIBILIDADES DEL NUEVO ESTILO SON ILIMITADAS

Erauquin lanzó ya con el nuevo estilo en Wembley, en la Olimpiada de Londres. No lo hizo oficialmente, sino como mera experiencia. Todo el mundo se rió del procedimiento, y nadie le hizo caso.

Desde entonces hasta ahora no había vuelto a probar ni a intentarlo. Este verano, en Fortuqualete, hizo nuevas pruebas y comprobó las grandes posibilida-

des que el sistema ofrecía. Se lo insinuó a Quadra Salcedo y practico con Celaya e Iguarán.

—De aquí a un mes o mes y medio —ha dicho— estaré en buena forma física, y en Melbourne puedo llegar hasta los 85 metros.

¿Dónde está, realmente, el límite de las posibilidades de este estilo español?

—No existe límite —asegura Erauquin—. En España llegaremos seguramente a los 100 metros, pero en el ámbito mundial, dentro de más tiempo —cuando los atletas se hayan acostumbrado al estilo y estén bien entrenados en él— se llegará a marcas verdaderamente insospechadas.

LA CIENCIA Y LA CIENCIA AYUDAN A CAER LAS MARCAS

La ciencia y la técnica han llegado también al reino del deporte. Quizá en algún tiempo se pensará que el cuerpo humano no podría llegar nunca a dar más de sí, después de comprobar un esfuerzo magnífico y asombroso, pero hoy ya se ha llegado al convencimiento de que todavía «se puede más».

Recientemente, dieciocho marcas nacionales absolutas de atletismo han sido homologadas en España. Por otra parte, en este año que llevamos, mes y medio antes de la Olimpiada, ya han sido batidas dieciséis marcas mundiales. Las marcas, los records, van cayendo poco a poco. El nuevo record mundial de lanzamiento de martillo, que data de hace quince días, ha superado en 33 centímetros al anterior. Repetidamente, en pocos meses, las marcas de martillo, peso, jabalina, altura, 110 y 400 metros vallas han sido mejoradas. Se corren 1.500 metros en tres minutos, cuarenta segundos, dieciséis décimas (Roszavolgyi, húngaro); se corren los 100 metros en diez segundos y una décima (Murchinson y Williams, norteamericanos); se corren los 200 metros en veinte segundos.

Del entrenamiento de los atletas españoles en este terreno concreto del lanzamiento de jabalina por el nuevo estilo, cabe esperar sorprendentes resultados. De hecho, se ha logrado ya fijar la atención mundial en el atletismo español, que no es poca cosa; y, en otro orden de cosas, se ha logrado también, por ejemplo, que una aventura del atletismo el más puro de los deportes haya logrado despertar tanto interés, tanta expectación, casi tanta cantidad de público y, desde luego, mayor y más nutrida nube de fotógrafos que cualquier otro hecho deportivo, futbolístico, por ejemplo. Que tampoco es poca cosa.

Es posible que hoy mismo, por ejemplo, Erauquin guarde secretamente un nuevo resultado suyo, obtenido acaso ayer en un entrenamiento. Es incluso posible que a estas alturas, sabiéndolo perfectamente o no, el record mundial del polaco Sidlo haya sido batido. Todo esto es muy posible con el estilo español nuevo. Todo esto y mucho más.

Y, si no, al tiempo.

Juan J. PALOP y Daniel SUEIRO
(Fotos CORTINA)

CARMEN KURTZ, PREMIO "PLANETA"

"EL DESCONOCIDO" UNA
NOVELA DEDICADA A
LOS QUE VOLVIERON
Y A LOS QUE SE
QUEDARON EN RUSIA



LA NOVELISTA CATALANA ESCRIBIO TRES VECES SU OBRA



Arriba: La novelista ganadora del Premio «Planeta 1956».—Izquierda: El Jurado está reunido. Falta Lara.—Derecha: El premio se ha fallado: fotógrafos y periodistas asedian al marido de la ganadora

—ESTO es como el año pasado; sólo que hace un año venció «el Madrid» y hoy parece se lo va a llevar «el Barcelona». Uno creía a primera vista que le hablaban de fútbol, pero la cosa iba por otro sitio. Se trataba nada más y nada menos que de un premio literario. Nada menos que del «Planeta».

En un principio parecía que no estaría aquello muy animado. En la invitación para la cena y premio se anunciaba que empezaría a las nueve y media de la noche. A las nueve y media, en la puerta del Hotel Palace no estábamos más de tres personas. A las diez éramos más de veinte. Media hora más tarde nos multiplicamos por diez. Más de doscientos comensales nos sentamos a la mesa dispuestos a lo que fuera, a esperar el menú, que es por donde se empiezan casi siempre los premios literarios.

Muchos camareros, muchos periodistas, mucha gente de pluma.

En la presidencia, los siete del Jurado. En una esquina, don Melchor Fernández Almagro, don Juan Beneyto y algunas señoras. Los invitados están divididos en dos grupos: los que comen y los que sólo toman café y copa. Estos saben su turno y son los últimos en llegar. Entra César González-Ruano, saluda a la presidencia, a los del «tendido», se sienta y, sin perder un minuto, comienza su crónica. Para luego es tarde. En la sala hay también algunos de los que en otros años han sido premiados. Allí está Antonio Prieto, el último «Planeta», con su novela «Tres pisadas de hombre». Muy cerca se encuentra también Mercedes Salisachs, finalista con su «Carretera intermedia», que trae recién salidita de la imprenta y bajo el brazo, con una dedicación para la señora de Lara. Hasta ahora todo se desarrolla con suprema normalidad. Nadie diría que la cena es la antesala de un

premio literario y el prólogo de veinte mil duros que se van a repartir de un momento a otro.

A los postres se da la noticia. De antemano se han celebrado ya cuatro votaciones. En la mesa de enfrente veo a uno de los aspirantes. Es Félix Martínez Orejón, que se presenta por vez primera a un premio literario y viene con «Los sinvergüenzas».

Son exactamente las once y cuarenta minutos de la noche. Se oye una voz fuerte por el altavoz, que está instalado en el lugar más estratégico de la sala. Un silencio absoluto. La tarta helada se derrite en el plato. Por el altavoz se anuncia el resultado de las cuatro primeras votaciones. Las primeras desilusiones y las grandes esperanzas. Primera votación, con siete votos: «El desconocido», de Carmen Kurtz. Con seis: «A fuego lento», de Raúl Grien Docampo. Con cinco: «Los que no tienen paz», de Ramón Solís; «Los ex-

traños», de Josefina Dalmáu; «La vida íntima», de Manuel Iribarren y «Muros en el páramo», de Rosendo Perelló. Con cuatro: «Los que se fueron», de Concha Castroviejo. Quedan eliminados, con menos de cuatro votos: «Las aguas de Babilonia», de Charles David Ley; «La protesta», de José María de Quinto; «La aldea sin hombres», de Aurora Bertrana; «Los sinvergüenzas», de Félix Martínez Orejón; «Villa Jaén», de Enrique Nacher; «El pantano», de Miguel Molino; «Los solitarios», de Ramón Cade Rey; «Los galianos», de Liberata Mas Oliver; «Las manos también lloran», de Francisco Montero Galveche; «Amor amargo», de José del Río Sanz; «La luz viene del bosque», de José Valenzuela. Y por último, «Aquí yace», de Francisco Valle de Juan.

Estos eran los primeros resultados de la primera eliminatoria. Entre siete andaba el juego. Siete quedaban para disputarse los veinte mil duros. La segunda y tercera votación pasaron inmediatamente. La cuarta no se dejó esperar. Después, copa sin puro. En la cuarta votación las cosas habían quedado así: Con seis votos, Carmen Kurtz, Raúl Grien, Concha Castroviejo y Solís. En la sala se descubre la presencia de Grien y la del marido de Carmen Kurtz. Los periodistas y los que no lo son van tomando posiciones.

Sólo quedan tres votaciones. Tres votaciones y apenas unos minutos para que el ganador o la ganadora llegue a la meta. Se han delimitado los campos y se

han acortado las distancias. Para unos, claro; que para otros ha caído el telón del abismo. En esta ocasión no ha habido apuestas mutuas, que también se usan en estos casos.

A UN MILIMETRO DEL PREMIO

En la cuarta votación cuando se elimina la novela de Manuel Iribarren «La vida íntima», el popular de la radio Pécker vacila:

—«Los que no tienen paz»... «Los que no tienen paz»... de Ramón Solís, seis.

En este momento es cuando me fijo en Raúl Grien, el favorito — solamente él obtiene siete — de la quinta vuelta. Está en un rincón, sentado ante un café en el que disuelve nerviosamente un par de azucarillos, rodeado y un poco amparado por un grupo de amigos. Lara no debe estar nervioso, pero, sin embargo, se levanta repentinamente de su silla, se disculpa ante su bella compañera de la derecha, da la vuelta en redondo a la silla que acaba de abandonar, se sienta en ella de nuevo, sonríe a la señora que le habla... Raúl Grien no sonríe ni se levanta. Está pegado a su asiento, muy nervioso, evidentemente impresionado, aunque procure evitarlo y serenarse. Su fino bigote tiembla un poco cuando habla, y quiere evitar a toda costa que los fotógrafos le sorprendan inexpressivo, abatido o simplemente nervioso.

—Si; soy gallego, de La Coruña. Conozco mucho a su hermano.

Sus amigos están callados. Gallegos todos, un poco tímidos, casi flemáticos. Deben tener toda una edad aproximada; la misma de Raúl; de treinta a treinta y cinco años.

—¡No, no! ¡Estoy soltero!— exclama Grien, y muestra ambas manos sobre todas las cabezas. Un muchacho le pregunta:

—¿Qué va a hacer usted en cuanto oiga que se lleva el «Plata»?

—¡Hombre!, no sea apresurado.

—Bueno, ¿qué va a hacer? ¿Emborracharse?

Lo ha tomado en serio.

—En absoluto. No concibo la borrachera. Pasear, airearme, charlar con mis amigos...

La cucharilla hace su tintineo brillante, juguetón, denunciador. Alrededor de Raúl Grien se ha montado un verdadero muro humano de preguntadores. Todo el mundo se mueve en el salón del Hotel Palace de un lado para otro. Hay aquí solamente una persona impaciente, intranquila, nerviosa. Sólo una. Parece ser que la novela de Grien «A fuego lento», es de una categoría muy notable.

—En mi novela no hay espacio ni tiempo—dice.

—¿Cuál es el tema, por favor?

—La novela gira alrededor de una enfermedad: la poliomiélitis.

—¿Es usted médico tal vez?

—No. Soy únicamente un gran aficionado a la Medicina. Suelo leer sobre esto todo lo que puedo.

—La «polio», ¿es personaje?

—En cierto modo, sí. Desposeída de la poliomiélitis queda, sin

Un motor en su mano...



con el M-10 BIC

Esta es la sensación de facilidad que sentirá su mano al deslizarse sin esfuerzo sobre el papel.

Sólo cuesta 8 pesetas y en realidad ¡vale un imperio! «Montado sobre amortiguadores» su flexibilidad le permitirá perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

¡DE UNA SOLA PIEZA!
Sin recambio. ¿Para qué recargarlo si por el mismo precio puede comprar otro M-10 BIC?

PUNTA

BIC

Clout

FABRICA: LAFOREST, S. L. MAESTRO FALLA, 19 BARCELONA



NO PIERDA EL TIEMPO NI EL DINERO...

Los más recientes estudios afirman que la calvicie es... una de tantas enfermedades de la civilización.

Entre las razas arrasadas que viven en el interior de Africa, Asia, etc., la calvicie no se conoce ni en jóvenes ni en viejos.

Puede conservarse, evitar la caspa y el picor y todas esas pequeñas afecciones del cuero cabelludo, que con frecuencia son causas de calvicie, pero NADA MAS.

Y TODO ESTO, (es decir lo que es posible) puede Vd. conseguirlo friccionando las raíces de sus cabellos con

LOCION AZUFRE VERI

Un producto de confianza, fabricado bajo dirección farmacéutica.



Si desea un folleto escriba a INTEA. Apartado 82 • Santander



Don Pedro Kurtz habla con su esposa para comunicarle la noticia.—Derecha: El mundo de las letras se dió cita en la noche del 15 para presenciar de cerca el fallo del «Planeta»

embargo, una novela auténtica.
—¿Ha escrito usted alguna obra larga antes que ésta—le pregunto?

—«El muñeco roto», que aborda también el drama de la poliomielitis, y un tomo de narraciones prologado por don Pío Baroja.

El joven novelista fuma constantemente. Más allá del grupo que le rodea, una voz gallega le anima. El apenas levanta la cabeza para mirar y sonreír. En la sexta votación continúa casi como favorito, empatado con la novela de Carmen Kurtz «El desconocido». Carmen Kurtz no está en la sala y él sí. Poco a poco la atención, el tumulto, los «flash», las preguntas... se centran en el caso con exclusividad.

Cuando tiene tiempo, cuando la cree interesante, contesta a una pregunta de las que caen continuamente en sus oídos:

—Creo que soy un verdadero valor, hágalo constar. Yo tengo mucho que decir en la novela y espero poder hacerlo pronto.

—¿Está usted molesto ahora?

—No.

—¿Qué le molesta a usted en la novela?

—La superficialidad. Creo que la novela debe perseguir algo trascendente.

—¿Mensaje?

—No. Yo no escribo novelas con mensaje.

LA VOZ DEL FALLO

En el momento en que el alta voz canta para todos el resultado de la penúltima votación, Raúl Grien se lleva la mano a la cara y comprueba que está sudando.

—Estoy completamente seguro de que se lo darán a ella—dice—. La felicito, desde luego.

Aún falta la última votación. Aún faltan diez minutos. Son casi las doce y media. Ya no hay café en ningún pocillo, apenas hay tranquilidad para unos cuantos veteranos de estas cosas, que ya saben lo que pasa. César González Ruano fuma tranquilamente y habla con Jaime Campmany.

—¿También hace usted poesía?

—le preguntan a Grien, y se oye en la sala cómo están conectando el altavoz para leer el último parte.

—No, soy muy torpe para la poesía.

Don Wenceslao Fernández empuja un poco el biombo que separa la misteriosa y terrible mesa del Jurado de la amplia sala

y mira divertido con sus ojillos un poco hinchados. «Bien; todo está a punto», parece pensar. El editor se pasea de un lado para otro. Salen por la puerta abierta en el biombo, tranquilos, sabedores, los restantes miembros del Jurado, Fernández Flórez camina muy derecho y, mientras anda, mira insistentemente a una bella muchacha que ha llegado a la hora del café.

La voz radiofónica da el fallo definitivo y, en el centro del grupo que rodea a la pequeña colonia coruñesa, Raúl Grien escucha impasible, callado, con la mirada puesta en el humo del pitillo. Sus amigos le gritan felicitaciones y le dan palmadas en la espalda. El también sonríe, y los que tenemos por obligación preguntar y saber, vamos en busca de otro autor, de una autora.

«EL DESCONOCIDO» ESTA INSPIRADA EN «LA ODISEA», DICE POR SU CUENTA PEDRO KURTZ

Don Pedro Kurtz, industrial meleno, alto, tiene un satisfactorio aspecto.

—Por favor quisiera hablar con mi mujer ahora.

Ahora, en este momento, es imposible. Se le estruja casi en este duelo circense de pequeñas sorpresas y de prisas. Es ya un nuevo día.

—¿Ha leído usted la novela de su señora?

—Sí, dos veces.

—¿Le parece buena?

—Hombre, muy buena.

—¿Qué pasa con «El desconocido»?

—«El desconocido» está inspirada en «La odisea». Pero en la novela de mi mujer no hay griegos, sino españoles que vuelven de la División Azul. Es la tragedia del divisionario que regresa a su casa después de doce años de ausencia y se encuentra con una mujer que no es la misma de la que se despidió. A su vez, la mujer no abraza en el puerto de Barcelona al hombre que dejó marchar. Siendo el mismo, es otro. Es «El desconocido».

—¿Se ha dado algún caso de éstos en la familia más íntima de Carmen Kurtz?

—No. Carmen fué al puerto cuando llegó el «Semiramis», y esto dejó en ella una gran huella; aquí nació la novela.

Carmen de Rafael Marés y Pedro Kurtz tienen una hija. Es una familia feliz. Ella es escritora, y buena escritora, y él es industrial, y, a buen seguro, buen industrial.

—¿Escribe usted algo?

—«Cartas comerciales» y' sonríe bucnamente.

—¿Qué admira más en su mujer?—le pregunta obligadamente un joven.

—En ella, todo.

UNA CONVERSACION DE VEINTITRES PALABRAS ENTRE LA NOVELISTA Y SU MARIDO

Abriéndose paso con dificultad entre los grupos, don Pedro Kurtz va en busca del teléfono. Le han anunciado que tiene preparada una conferencia con su señora. Si se le observa atentamente puede notarse cómo el marido de la novelista cojea ligeramente al andar.

Cuando toma el teléfono, en la cabina, habla nerviosamente, sonriente, más despacio de lo que uno hubiera esperado.

—Carmen... Carmen... Carmen...

Al cabo de unos momentos de haber obtenido la respuesta. Continúa:

—Bueno; soy Pedro... Te felicito.

Ella le contesta:

—¡Ah! ¿Pero no habéis ido a pescar?

Nuevo silencio para los que escuchamos.

—Bueno, pues... Carmen, enhorabuena por todo. Bueno, adiós.



Raúl Grien, finalista del Premio «Planeta», estuvo tan sólo a unos milímetros de la fama

Han sido menos de tres minutos.

—¿Qué le dijo su esposa cuando se venía para Madrid?

—Me recomendó que no dijera nada, que no hiciera nada, que me callara, porque podía perjudicarla delante del Jurado.

Dice que no ha estado nervioso en ningún momento, sino impaciente.

—¿Le molesta la popularidad a su señora.

—No.

—¿Y a usted?

—Tampoco.

—¿Ha venido a Madrid exclusivamente para asistir al fallo del «Planeta»?

—No. Hice coincidir un viaje de negocios para tener la oportunidad de estar aquí esta noche.

—¿Por qué no vino su señora?

—No quiso.

LA MEJOR PARA DON WENCESLAO Y EL SILENCIO DE PEDRO DE LORENZO

Los grupos se deshacen en un punto y se empiezan a formar en otro. Se disuelven y se congregan simultáneamente, sucesivamente, salpicados por aquí y por allá, los miembros del Jurado escuchan, miran y hablan. Escuchan, sobre todo. El hechizo ya se ha roto, el secreto ha sido revelado, ya se sabe el resultado de la última baza.

Me acerco con una joven muchacha a don Wenceslao Fernández Flórez, se la presento, y ella pregunta:

—¿Cuál es para usted, de verdad, la mejor?

—Usted, sinceramente—y sonríe divertido.

—No, no; digo de novelas—serena, la chica.

—Pues la que ha salido.

—¡Bah, ahora ya es demasiado fácil!

Núñez Alonso también se acerca, y Gregorio del Toro, y Pedro de Lorenzo. Pedro de Lorenzo apenas quiere hablar, apenas dice nada. Parece como si no estuviera satisfecho.

CARMEN DE RAFAEL MARES

—Todo lo hago de prisa.

Sin embargo, Carmen Kurtz ha tardado un año entero en escribir, día a día, «El desconocido», la novela del regreso, de la vuelta a la casa, a la mujer tan hondamente separada por doce años de ausencia.

Carmen de Rafael Marés, nacida en un día de 1911. La niña que a los doce años escribe poesías por el gusto de escribir, de decir algo a nadie, a quien las quiera leer, a una sombra, a los pájaros y al mar.

—Después ya no he vuelto a intentar el género.

Luego, la vida. Las clases, los amigos y el tiempo que pasa de prisa, apretado. Jugando al ping-pong en casa de unos amigos conoce al que luego sería su marido. Era un día jueves por la tarde. Carmen tiene entonces diecisiete años. Las relaciones entre ellos duran siete años. Un año antes de que la guerra escriba historia en la gran página de

España. Carmen de Rafael Marés y Pedro Kurtz Klein se casan en la parroquia de la Concepción de Barcelona. Corre el mes de julio de 1935.

La guerra. Horas tristes y amargas. Todo pasa, pero queda el limo de aquellos días, al que se une el de otros que habrían de venir. Carmen revive todo esto al reunir una serie de momentos alegres y momentos menos buenos, escribiendo con sinceridad. Alguien lee aquellas experiencias sembradas en las cuartillas y le indica que es una mina para hacer novelas. De nuevo el trabajo para rehacer aquellos guiones, fabulando sobre sucesos auténticos. Más después: cuentos para niños, novelas. En 1954 obtiene el Premio «Ciudad de Barcelona» con «Duermen bajo las aguas». «La vieja ley» y, por fin, «El desconocido», ese hombre que vuelve y ya no es.

UNA NOVELA DEDICADA A LOS QUE VOLVIERON Y A LOS QUE SE QUEDARON

Doce años que han borrado fechas, sentimientos, lazos. Ni él ni ella son los que eran. El se fué a la guerra, empujado por una idea, con una División que tenía nombre de color de cielo. Como una pantalla gigantesca que se para lentamente, seguramente, dos sombras, lo que queda. Después el hombre vuelve y es un extraño entre extraños; todo ha quedado roto por la separación, por el estar y no estar que le convierte en una sombra.

—Ella le espera, le espera siempre desde que se fué, y cuando le encuentra de nuevo es otro distinto.

Doscientos veinticinco folios para relatar algo tan aparentemente sencillo y tan decididamente actual.

—Está dedicada a los otros, a los que se quedaron y a los míos, a los de la novela.

Piensa y recuerda él en un capítulo. Siente y piensa ella en el inmediato. Y la obra sigue, actual y palpitante.

—¿Y el final?

—En el último capítulo van los dos andando juntos por la carretera. El ve que no va a llegar a ninguna parte; pero comprende que hay que seguir porque queda la esperanza de que haya algo más allá.

Un año de trabajo para que el hombre encuentre algo más allá. Carmen de Rafael escribe tres veces su novela. Primero abocetándola, para leerla después. El resultado es que la mitad no vale y las cuartillas van al cesto. Otra vez a escribir y un nuevo análisis. La obra se queda en puro esqueleto, y sobre estos huesos se levanta la obra definitiva. Total: trescientos sesenta y cinco días de trabajo, a hora diaria, en su rincón para escribir. Sobre el mueble, un tarro de farmacia, de los antiguos, decorado con hojarasca y letras doradas y azules. Recuerdo del padre, farmacéutico: José de Rafael Verhulst, español nacido en La Habana.

—Mi abuela materna era belga, de Amberes.

«SER ESCRITOR ES UN DON, PERO NO BASTA. HAY QUE TENER UNA ENORME VOLUNTAD»

—¿Hay paisaje en la novela?

—El paisaje sirve al hombre, es su decorado. Es un elemento muerto y no puede ser protagonista. Por eso los escritores catalanes son los más europeos de los españoles. Tienen esas dos grandes ventanas que son Italia y Francia.

Pero a Carmen sí le gusta el paisaje. Sobre todo, el mar. Y la natación. Sigue.

—Hay dos grandes novelas: la castellana y la mediterránea. El castellano ama el paisaje y lo describe maravillosamente. Al mediterráneo le interesa más el hombre y menos la tierra.

El hombre y sus problemas, su circunstancia, «El desconocido», la novela de un hombre, la novela mediterránea.

—¿Y la novela de la mujer?

—En la mayoría de ellas se las describe despegadas de sus maridos, como algo aparte, solo, aislado. Y no es así. La vida profesional del marido influye en la vida psicológica de la mujer, y esto es lo que se olvidan de tratar.

Carmen Kurtz, novelista y discutida. Cuando en 1954 ganó el «Ciudad de Barcelona» con «Duermen bajo las aguas» pareció que la mayoría de la gente opinaba que esa era su gran obra, que no daría más.

—Creo que esa actitud me ha ayudado mucho. Por instinto me rebelo ante estas cosas. Yo sabía que podía escribir, aunque empecé a hacerlo tarde. Ser escritor es un don; pero a ese don hay que añadirle una fuerza de voluntad enorme si realmente se quiere hacer algo. Yo tengo esa fuerza de voluntad.

Resultado: el Premio «Planeta». Cien mil pesetas que le gustaría emplear en viajar. Pero aún es pronto para decidir en firme. Sin embargo, los viajes...

—Los novelistas españoles necesitan viajar para conocer las mentes ajenas. Eso afinaría su instrumento novelador.

—¿Más sobre el premio?

—Lo esperaba; por eso envié una novela. Y estoy contenta porque así me conocerán en Madrid. Ahí apenas saben nada de mí.

—¿La mujer novelista?

—El que escribe no se preocupa demasiado de la figura femenina, y por eso las mujeres resultan como seres vacíos, sin carne ni huesos, sin sangre. Nosotros hacemos que en nuestros libros la mujer encuentre consuelo y comprensión. El hombre trabaja, y el trabajo no engaña nunca. El hombre, sí, y de ese punto arranca la soledad femenina. En general, los novelistas españoles no saben comprender a las mujeres.

Carmen de Rafael Marés, Carmen Kurtz. Premio «Planeta» 1956. Novelista, casada y con una hija de veinte años. Enhorabuena.

“LA HISTORIA DE LA PRIMERA REPUBLICA”

UN DOCUMENTO DE EXCEPCIONAL VALIA ESCRITO CON OBJETIVIDAD

EDUARDO COMIN COLOMER, AUTOR DE LIBROS QUE OCUPAN UN LUGAR DESTACADO EN LA BIBLIOGRAFIA POLITICA DE NUESTRA EPOCA



Senadores y diputados reunidos en Asamblea Nacional, proclaman la República. (Estas ilustraciones las reproducimos del libro «Historia de la Primera República», de Comin Colomer.)

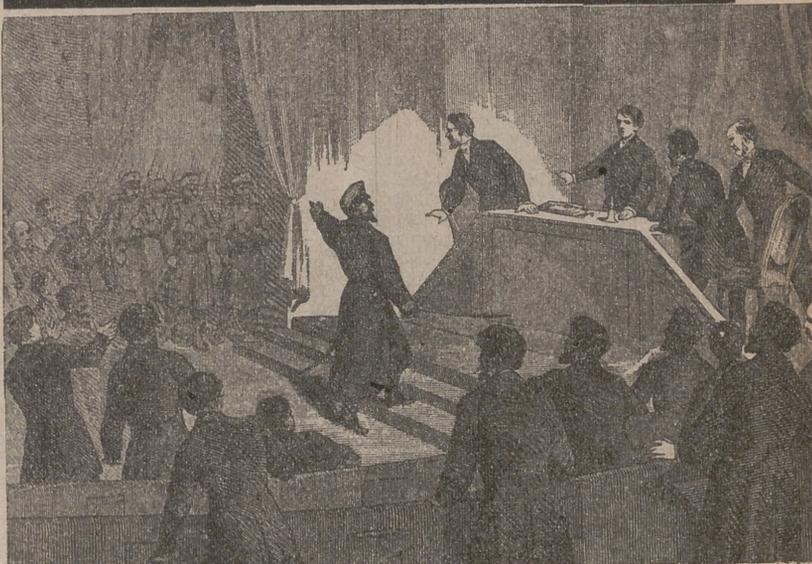
EL despacho del escritor está materialmente abarrotado de libros. Libros de literatura, de filosofía, pero, en su mayoría, en su gran parte, libros de política, de historia reciente. Sobre los gruesos tomos de muchas obras se lee el nombre del escritor: Eduardo Comin Colomer.

Más de veinte títulos, en los que se recoge la palpitante y nerviosa historia política de nuestros últimos tiempos han salido ya de la aglísima pluma del joven historiador. Comin Colomer es, ante todo, un escritor joven. Joven, si comparamos su obra, extensa y bien documentada, con sus cuarenta y ocho años. Sonriente, de frente amplia, el puro humeante en la boca, ojos claros, profundos y un poco acostumbrados a perderse en la lejanía del tiempo o en las entrelíneas de viejos documentos, de periódicos de la época y de gruesos volúmenes, don Eduardo Comin Colomer me explica el secreto de sus libros, de su inacabable bibliografía.

—El secreto está en el tiempo, en saber aprovecharlo. Yo, durante el día, apenas si puedo dedicar unas horas para escribir. Mis ocupaciones no me lo permiten. Mis libros los escribo desde las once de la noche a las cuatro de la madrugada. Invariablemente. A veces me cuesta un trabajo impropio tener que irme a la cama con la cuartilla a medio escribir; pero el caso es que hay que madurar para empezar otras tareas. El sueño no me preocupa; lo malo será cuando el organismo no responda. Mientras tanto...

El historiador sonríe, como no dando importancia a sus vigilia, a sus largas horas robadas al sueño y al descanso.

«La Internacional comunista o Komintern y sus organizaciones auxiliares». «La masonería en España». «Ensayo crítico de la doc-



Tropas del general Pavía disuelven las Cortes Constituyentes y liquidan la República

trina comunista». «El comunismo en Hungría». «Marx y el marxismo». «Insurrección o técnica del golpe de Estado comunista». «Un siglo de atentados políticos en España». «Historia secreta de la segunda República». «Lo que España debe a la masonería». Estas son sólo algunas de las obras salidas de la pluma del historiador. Historiador de la política, que es distinto de historiador de la Historia. A Comin Colomer, más que el tiempo de los siglos pasados, más que el polvo amarillo de los libros de bibliotecas, más que la historia ajena a su influencia en el presente, le interesa aquello que hace unos años era política, y que su pluma va convirtiendo en historia; le importa descubrir, con su criterio de historiador y de político, las influen-

cias y las corrientes, los movimientos y las ideologías que perviven o pueden pervivir. No hace mucho tiempo, Comin Colomer publicaba dos libros que hoy nadie podrá olvidar, y que ocupan un lugar muy destacado en la bibliografía política de nuestra época: «Lo que España debe a la masonería» e «Historia del anarquismo español». De esta última también me hablará el autor.

Seiscientas páginas tiene el libro que hoy es motivo de entrevista: «Historia de la primera República». Con un estilo claro, profundo al mismo tiempo, y una técnica de reportaje periodístico. Comin Colomer ha sabido recoger aquí no solamente los hechos, las fechas, los personajes y el escenario de los acontecimientos, sino lo que más vale, lo que al lector



En la última Feria del Libro, Comín Colomer entrega un ejemplar de su «Historia del anarquismo español» al Ministro don Gabriel Arias Salgado

más le interese: el porqué de las maniobras y contubernios de aquel sistema que ocupó un año de política en nuestra historia.

LEVANTANDO LA PUNTA DEL MANDIL

La primera República española es normalmente considerada como salida lógica y directa de la revolución de septiembre de 1868, que, al destronar a Isabel II, Reina liberal, sucesora de Fernando VII, encarnación del absolutismo, dió paso, tras agitada provisionalidad, a la Monarquía democrática, que encarnó Amadeo de Saboya con su efímero reinado.

—Considerando de este modo aquel sistema, que tuvo vigencia desde el 11 de febrero de 1873 al 3 de enero de 1874, los hechos determinantes y los ocurridos durante esta transformación política, parecen tan naturales como las etapas de un proceso infeccioso en el cuerpo humano, en otro caso, por desarrollo de un imponderable, ajeno por entero a la voluntad de los hombres públicos que asumían por entonces la dirección del país. Incuestionablemente, la primera República necesitó que la impulsaran; pero en contra de lo que normalmente



El escritor con su esposa en el último verano

suele suceder, en este caso, los que de ella pueden considerarse autores no obraron por impulsos de afección ideológica, sino por otros móviles, cuyo origen no cabe estipular en la «Gloriosa de septiembre», sino en época bastante anterior, y concretamente, aquella, en que Fernando VII mostró su voluntad en su sucesión al trono de las Españas, que, con oportunidad verdaderamente trágica tuerce la francmasonería, en una de sus acostumbradas maniobras.

—¿Cómo se proclamó la primera República, siendo así que en las dos Cámaras existía mayoría monárquica?

—Cuando el 11 de febrero de 1873, fundidas las dos Cámaras, es proclamada la República, una sensación de estupor conmueve a los españoles, incapaces de comprender por simples hechos externos cómo ha podido realizarse tan trascendental cambio existiendo en ambos Cuerpos una absoluta mayoría monárquica. Y, exactamente igual que en abril de 1931, también los profesionales de la política de entonces sintieron sorprendente impresión. Sin embargo, la explicación es clara. Levantando una punta del mandil masónico podían verse las cosas con una sorprendente claridad. Amadeo había entrado en el tercer año de reinado y, por días, era perceptible el hundimiento de su Trono. A la masonería interesaba obrar con toda rapidez para que no fuera el carlismo quien sucediera, y a fin de que los acontecimientos sorprendieran a todos. Por otra parte, el Rey no podía resolver nada «en contra de la voluntad popular». Precisamente, ésa era la condición que para aceptar la Corona de España le impuso la Gran Logia italiana. Amadeo de Saboya no hay que olvidar que pertenecía a la masonería de Italia, y que en ella ostentaba el grado 33

ILEGALIDAD DEL SISTEMA

—¿Por qué afirma usted que la primera República era absolutamente ilegal?

—Por muchas razones. Entre otras, porque el fundamento de la elección de este sistema político estaba basado en la traición. Fué un golpe político, desde el momento en que las dos Cámaras se fusionaron y se convirtieron en Convención. La renuncia de Amadeo I de Saboya no facultaba al Congreso existente, ni al Senado, a erigirse en Asamblea Nacional

para adoptar tan grave resolución. Tras el mensaje de abdicación, era la formación de una Regencia, que, luego de convocar Constituyentes, dejara a éstas la iniciativa plena para determinar los rumbos del país. La extralimitación de facultades fué manifiesta. Si la mayoría de los diputados eran monárquicos, era natural que en esta condición representaran a las Cortes y al Senado. Si nació la República, es porque hubo traición a una condición y a unos principios, y donde hay traición ningún fundamento existe para la legalidad.

Antes de hablarme de los personajes y los hechos que formaron parte de la primera República, el historiador me habla de un personaje al que en sus libros dedica un minucioso y profundo estudio. Me habla del general Prim:

—Para comprender a Prim hay que situarse en aquella época. Yo le considero como un enorme patriota y un gran liberal. Ostentando el cargo de teniente gran comendador de guardias del Supremo Consejo del grado 33, llegó hasta él un día Keratri, embajador de Francia, quien le hizo esta tentadora proposición: «Sed el Presidente de una República basada sobre la unión ibérica...; declaraos Presidente de la República, y os prometo, debidamente autorizado, el apoyo del Directorio republicano y del Gobierno francés.» A la propuesta, el marqués de Castillejos respondió: «Mientras yo viva, no habrá República en España. En España no hay republicanos, sino extremistas y liberales.» Para valorar esta respuesta, salida de labios de quien tal categoría ostentaba dentro de la masonería, es preciso situarnos en la época.

MASONES Y CARBONARIOS

Eduardo Comín Colomer tiene para la conversación la misma facilidad que para la pluma. A veces cuesta seguirle en su charla mientras el lápiz va tomando apuntes. Pero, sobre todo, lo que admira es su fácil, y prodigiosa memoria. La fecha exacta o la cifra precisa vienen con la misma sencillez que la anécdota o el suceso de hace sesenta o noventa años.

Uno de los capítulos más interesantes en la «Historia de la primera República» es, sin duda alguna, el que habla de la masonería como base, fundamento y ligadura de todo aquel sistema político. El capítulo más interesante y quizá el más sugestivo. Desde las Logias del conde de Cagliostro hasta las intrigas del último ministro republicano hay una larga distancia, que queda unida de parte a parte por los hilos invisibles de la secta masónica.

—La infiltración de la masonería en la vida política de la primera República fué y es un hecho patentísimo. Desde sus cuatro Presidentes: Estanislao Figueras, Pi y Margall, Castelar y Salmerón, hasta el último Ministro del último Gobierno de turno, existe un número muy considerable de figuras políticas que vistieron el mandil. Treinta y dos Ministros de los cuatro Gobiernos eran masones; Francisco Pi y Margall ostentaba su calidad de gran primo de la Alta Venta Carbonaria;

algo así como gran comendador de la masonería. Acaso su elevada categoría en el carbonarismo oscureció la masónica. Por lo que respecta a Emilio Castelar, ha corrido mucho la referencia de que era mason «sin haberse iniciado». De Salmerón dice un autor que «simpatizaba con la masonería, pero no le agradaban sus secretos ni sus ritos». Y de Figueras, señala la afiliación a los carbonarios, considerándola independiente del asunto masónico. Sin embargo, hay que considerar que los más exaltados republicanos venían figurando desde años antes en las Ventas Carbonarias, como medio de no comprometer demasiado a la masonería en sus aventuras revolucionarias. Prueba de ese encuadramiento «estratégico» la tenemos en la referencia inserta en el «Diario de Sesiones» del Congreso correspondiente al 23 de diciembre de 1870. Pi y Margall acababa de acusar a Rivero de carbonario y su calidad de uno de sus jefes, y le recordaba la firma de un documento en 1854. Y entonces Pi dijo: «Firmó un manifiesto al que yo puse también mi firma, en el que se decía que la única forma posible de la democracia era la República, y como era un documento del carbonarismo quisimos firmarlo con nuestro nombre de guerra, mas su señoría se opuso, diciendo que debíamos consignar nuestro nombre, pues era un compromiso del que no podíamos apartarnos.» Cuando Pi y Margall reprochaba a Rivero su inconsecuencia, éste era Ministro de la Gobernación en Gabinete presidido por el general Prim.

Don Eduardo Comín Colomer sostiene en su mano un gigantesco puro y, entre bocanadas de humo, me dice:

—No estaban mejor las Cortes revolucionarias de 1873, ni la Asamblea Nacional o Constituyentes, en las que durante el Gobierno de la primera República figuraron ciento siete diputados masones. Todos encuadrados, unos, en las filas radicales o en las progresistas, tenían, sobre sus decisiones personales, las de carácter supremo que pudieran imprimirles la masonería. Entre los diputados, existieron verdaderas figuras que ostentaron cargos rectores dentro de la secta, como José Carvajal, que ejerció el mando supremo del masonismo; Fernández de Córdova, con el grado 33; Manuel Llano Pertierra, que ejerció la Gran Maestría; Miguel Morayta, gran maestro del Oriente de España; Antonio Romero Ortiz, gran maestro y soberano gran comendador; Sagasta, que «en los bancos de la oposición» esperó la ocasión propicia que había de ofrecerle la Restauración, y que llegó a posesionarse de la Gran Maestría del Oriente español, en marzo de 1876, cargo que dejó al ser nombrado jefe del Gobierno, con «turno garantizado». El simple estudio de estos personales y de los que no se nombran dan una idea de lo que supusieron en la vida del país y en el servicio a los poderes masónicos.

En su libro «Lo que España debe a la masonería», Comín Colomer hace un análisis detallado, minucioso y profundo de los innumerables daños que la secta produjo, en este período de tiempo, en los destinos y hasta en la política de España. Y dentro de



De izquierda a derecha: Patricio G. Canales, Alejandro Botzaris, Mora, Mauricio Karl, Eduardo Comín Colomer y Ferrari Billoch, paseando por el viejo Madrid

la masonería, el carbonarismo desempeña un papel muy principal.

—El origen de los carbonarios está en Italia. Eran como una selección de cerebros anarquistas, cuyo principal medio de acción era la violencia. Eran el brazo ejecutor de la masonería. Más tarde, la misión de los carbonarios la llevaron a cabo los anarquistas, y la muerte del cardenal Soldevilla es buen ejemplo. El carbonarismo tuvo una vida muy relativa. Pi y Margall fué en España el gran primo, y no es una casualidad que fuese el mismo Pi el mejor traductor de Proudon, gran padre del anarquismo.

BALANCE TRAGICO DE UN AÑO

El día 23 de abril de 1873 terminaba la primera etapa de la primera República. Mientras en la plaza de toros madrileña se celebraba una concentración de milicianos sublevándose contra el poder militar, el edificio del Congreso donde estaba la Comisión deliberando, fué rodeado por las turbas, instigadas por los federales, que planearon el asalto, dispuestos los cabecillas a asesinar a los diputados. El telegrafista oficial del Congreso comunicaba inútilmente la situación al Ministro de la Gobernación. Poco más tarde, los generales Serrano, Letona,



José Balsamo, conde de Cagliostro, fundador en Madrid de dos logias masónicas de orientación republicana



El general don José Sánchez Bregua, Ministro de la Guerra en el último Gabinete de la República

Caballero de Rodas, Lucas Domínguez y los políticos Rivero, Sagasta, Cristino Martos, Romero Robledo y el marqués de Saldca, después de esconderse en representaciones diplomáticas extranjeras, emprendían el camino de Francia.

—A los tres meses de proclamarse la República era ya un caos sin fondo. Desórdenes en Sevilla, Málaga, Córdoba, Soria y Valladolid; indisciplina militar, con el grito de «¡Abajo los galones!»; Andalucía y Extremadura ven extenderse la acción del anarquismo; saqueos de conventos y quemas de edificios. Un día, la «Gaceta de Madrid» da a conocer que el déficit del Tesoro público supone pesetas 412.111.324, y, sobre todo, el peligro más inminente va tomando cada día más fuerza: el cantonalismo y el federalismo parece que muy pronto serán una realidad, amenazando toda la unidad de la Nación.

«FINIS REPUBLICAE» O A CABALLO SOBRE EL CONGRESO

Unos meses más tarde, exactamente el 2 de enero de 1874, sobre el panteón de tantas falsas ideologías y de tantos intereses rastroeros, se podían escribir estas dos palabras: «Finis Republicae». La



La jornada del 23 de abril en Madrid. La Milicia sublevada en la Plaza de Toros

Asamblea se había reunido a las once de la noche, y en ella comenzó el sufragio, contra la postura de Castelar, para convertir a la República de entonces en una República absolutamente federal.

—¿Cómo llegó a conocimiento del general Pavía la situación de la Asamblea?

—El general esperaba acontecimientos en la Cervecería Inglesa. Al ver confirmados sus temores, el Capitán General de Madrid marchó, a caballo, al Prado, seguido de sus ayudantes, a cuyo lugar acudían a los pocos momentos dos batallones. Pavía envió una orden a Salmerón para que se desalojara el local en un término perentorio y cuando Salmerón comunicó la noticia a la Asamblea, los asambleístas protestaron con voces, diciendo que la fuerza iba en contra de la legalidad. Algunos pidieron armas para defenderse. Otros pidieron que se decretara la destitución de Pavía, cosa que el general Sánchez Bregua, Ministro de la Guerra, hizo, ofreciéndose varios diputados a llevar personalmente la comunicación, que no surtía ya ningún efecto. Las tropas rodeaban ya el edificio de la Carrera de San Jerónimo. La mayoría de los diputados, al oír el ruido producido por las tropas y la detonación de un tiro, quiso ganar precipitadamente la salida, sin cuidarse poco ni mucho de «morir en el sitio». A los pocos minutos el escenario quedó vacío, la Asamblea disuelta y la primera República sepultada. Eran ya las siete y media en punto de la mañana.

—¿Es cierto que Castelar estaba

enterado de la decisión del general Pavía?

—Castelar fué acusado de complicidad en el golpe de Pavía. Y el mismo día de la disolución envió una nota de protesta a los periódicos de Madrid. También Salmerón fué acusado de algunos cargos, y protestó del hundimiento de la República por medio de una denuncia al Tribunal Supremo, que apenas tuvo resonancia.

—¿Cómo juzga usted el golpe de Pavía en aquel momento histórico?

El historiador responde con rapidez:

—La situación de aquel momento es muy fácil de explicar. La derrota de Castelar significaba el triunfo de «la federal», o sea, el cantonalismo, como modelo de secesión; la desaparición del Ejército, postulado firme del republicanismismo federalista; y la demagogia, sin norma ni freno, por imperativo político.

Como documento de excepcional valía, como obra de un interés político insoslayable, la «Historia

de la primera República» quedará por muchas razones, como una obra ejemplar en la historia política de nuestro tiempo. Y junto a ella, esa otra de reciente título que Comín Colomer acaba de publicar: «Historia del anarquismo español». Todas las figuras del anarcosindicalismo, desde Lorenzo a Pestafia, pasando por Salvador Seguí «el Noy del Sucre», Durruti, los hermanos Ascaso, García Oliver, Esgleas; todos los personajes que tuvieron un papel en el reparto del anarquismo español, desfilan por las ochocientas páginas de este libro.

—¿Cuál es, don Eduardo, su próxima obra?

—Estoy preparando «La República en el exilio». Creo que merece un estudio especial, no porque sea una entidad sólida y firme, sino por lo disperso de sus fuerzas, la infiltración y apoyo que ha tenido y, sobre todo, por sus inquietas y turbias maquinaciones. También en esta última faceta de la segunda República tiene la masonería una actuación importantísima.

La última pregunta:

—¿Cuáles son las cualidades de un escritor de historia política?

—A mi entender, dos fundamentales: documentación amplísima y profunda y sentido crítico. Hasta en el más puro objetivismo, el sentido crítico del historiador es esencial para su obra.

Dos cualidades que don Eduardo Comín Colomer posee, y en alto grado. Estos dos libros son testigos.

Ernesto SALCEDO



Amadeo de Saboya ante el cadáver del general Prim, a quien debía la Corona de España

EN TORNO A LA CONMEMORACION DE MENENDEZ Y PELAYO

SOBRE EL CLASICISMO, EL TRANS- CLASICISMO Y LA NECESIDAD DE REHACER LA APOLOGETICA HISPANA

Por W. G. OLIVEROS

¿REGRESO AL ANTICUADO CLASICISMO?

Si fuera probable que nuestro país pudiera recaer en el «clasicismo» aquí consabido (el francés) quedaría frustrado cuanto de reconquista de nuestra autonomía cultural tuvo la guerra civil que fué «de Liberación y Deliberación», conjuntamente. Claro es que retroceder al clasicismo, en general, sería poner también a nuestro país en «evidencia». Quienes pretenden que a la previsión de nuestro futuro cultural no se ofrezcan ahora otras salidas que la del «clasicismo» o la «barbarie», viven enteramente fuera del momento actual de la cultura. No se trata ya—como en el siglo XVIII en que el «classicisme» se impuso a Europa por la hegemonía continental de Francia—de una alternativa de la que se pueda decir, como entonces, que «tertius non datur». Por el contrario, hay ahora un «tertius gaudens», al que llamo transclasicismo en general, elegido por las naciones que marchan en vanguardia. Que nosotros creyéramos todavía hallarnos en el apremio de tener que optar, a estas alturas, entre «clasicismo» o «barbarie», cuando los demás se hallan ya tan lejos de semejante especie de perplejidad, sería grotesco. Sería otra cosa peor: insensato.

EL TRANSCLASICISMO, NUEVO MUNDO ESPIRITUAL DESCUBIERTO POR ESPAÑA

España es la nación europea que descubrió la posibilidad del emplazamiento cultural «transclásico», y lo legitimó, demostrando su licitud y fecundidad en consecuciones magnas que «está ahí»—en España como, por repercusión, en todas las naciones cultas— y permanecerán siempre. Y la enorme renovación universal del pensamiento contemporáneo, suscitada desde Alemania, se afirma también de modo irrevocable fuera y por encima del esclerosado clasicismo. Nos hallamos, pues, en momento propicio como ningún otro desde que en Westfalia, 1648, se inició nuestra «coyuntura de Rescenso» (que no «aniquilamiento», ni «decadencia» irreparable, pues fué seguida de la correspondiente y pugnaz «coyuntura de auge» que siempre interferida por alguien o algo, como todavía vemos) para reincorporarnos a la primera línea sin capitulación previa, ni renuncianción a lo que por ser «inconfundible» es precisamente lo valioso de nuestro pasado cultural. Desaprovechar las posibilidades inesperadas de rehabilitación «corroborativa» y estimulante de la «secuencia» al hilo y en el fiel nuestro linaje— que, desde los tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, y cada vez con más incitación se nos ofrecen, parecería alta traición desde el punto de vista de cualquier política cultural que no fuera del todo «empírica» o sería algo menos que uno de esos errores que Talleyrand juzgaba peores que los crímenes: una sandez.

LA MUERTE DE MENENDEZ Y PELAYO FUE DOBLE INFORTUNIO POR EL HOMBRE Y POR EL MOMENTO

Tal «desgracia nacional» se agravó trágicamente por el momento en que se produjo. Fijase, en efecto, hacia 1912 el comienzo del que llamaríamos «juicio universal de revisión» incoado por la investigación contemporánea. Ella ha sido implacable en la reconsideración del que el profesor sorbónico y conocido humanista Saulnier, no tiene reparo en devaluar ahora de «petit lot d'idées confectionnées», en que consistió el legado del siglo XIX. Después de la primera guerra europea, la desestimación de ese «pequeño lote de ideas hechas» no hizo más que incrementarse hasta ser definitiva. La citada «revisión» se intensificó prodigiosamente en todas dimensiones, servida con escrupulosidad y probidad científicas inigualadas en empresas universales de esta especie y envergadura. Solamente España—que es «parte» principal, directamente interesada en ese mundial «pleito»— incurrió en incomparecencia. Mas, a pesar de su deplorable inhibición, el sólo hecho de que fuera desmontado por los demás el aparato pseudocrítico «clasicista» que relegaba a nuestro pasado dentro de un oscuro cerco de prejuicios capciosamente denigratorios, empezó a producir «automáticamente» la reconsideración de nuestros valores culturales «típicos», a medida que también sobre ellos iba reverberando el nuevo día. Aunque privada, casi totalmente, de tal información (apenas posee alguna todavía), España intuyó que empezaba a no estar «sola y abominada» en el mundo; y el espíritu de «reafirmación nacional que, al amparo de ese propicio ambiente exterior, se apresuró a reanimar la Dictadura, lejos de enervarse durante la República condujo al país irresistiblemente al arrostramiento de la guerra de Liberación.

«¿QUE ES EL BARROCO?»

Precisamente apenas fallecido Menéndez y Pelayo empezaron los países germánicos a preguntarse intrigados: «Was ist Barock?». En el año 1924 llegó a su cuarta edición la obra austríaca que lleva ese título. Se comenzó a vislumbrar con interés sobreexcitado que tras ese apelativo (tan extravagante como era conceptuado el estilo arquitectónico que hasta entonces designara), había muchas más cosas, gravemente importantes; era un raro vocablo comprensivo de un complejo trascendental de connotaciones múltiples, todas «significantes». El conjunto de ellas denotaba nada menos que la primera evasión de clasicismo humanístico, triunfalmente consumada en la Edad Moderna.

Fué, pues, el barroco una «forma total de vida» europea distinguible y sucesora del Renacimiento. Un período histórico europeo definido, interpolable entre el Renacimiento y aquella «révanche» que del barroco se tomó el viejo clasicismo bajo la égida prepotente del «Rey Sol», el «Hércules musageta».

PREVISIBLE ACTITUD DE MENENDEZ Y PELAYO SI HUBIERA PODIDO CONOCER EL «REDESCUBRIMIENTO» EUROPEO DEL BARROCO

Si Eugenio d'Ors (tan exquisito clasicista, incluso en su noble continente que parecía reclamar, sin cronismo, la gran peluca empolvada) «vió», en 1923, y proclamó con prócer magnanimidad la identidad sustantiva entre el Barroco y el Romanticismo bien podemos conjeturar que menos le habrían «dolido prendas» a Menéndez y Pelayo si de haber vivido doce o quince años más aun en plenitud poderosa hubiera recibido el «impacto» directo de esa iniciativa germánica y llegado a conocer el descubrimiento de las nuevas y iluminosas vías exegéticas conducentes con mayor seguridad que nunca, al desagravio de su adorada España. No se puede dudar de que de su ufanía de humanista clásico hubiera sacrificado sin vacilar cuanto fuera preciso para no perder el alcance —sólo a él accesible— de la que fué principal meta de su vida. Ni de que, abandonando la antigua ruta incierta del asendereado clasicismo humanístico, habría entrado resueltamente por la intacta avenida abierta entonces en una Europa que por fin venía a darle la razón. Máxime cuando no hubiera necesitado —siendo español— desertar del clasicismo. A él, como al estoico Séneca respecto al epicurismo, le hubiera bastado «in aliena castra transire, non tanquam transfuga sed tanquam explorator».

¿No «presintió» él los nuevos caminos —y la demostración textual es interesante en el metódico escrutinio a que, con «dintelto de amor», Lain le acomete—, aunque naturalmente no pudiera trazarlos por sí mismo? ¿No le aquejó manifiestamente el hallazgo y acopio continuos en nuestro pasado cultural de producciones «originales», diríamos «inclasificables» o exorbitantes de la cartografía clasicista; desbordantes, en su genialidad, de las pautas, cuadrículas, ordenanzas y, en general, del «marco» en que el clasicismo encuadra a los «modelos» académicos de obligada imitación? ¿No salvó él —entre tantos otros tesoros— el «manifiesto anticlasicista» o adhesión vehemente de los seis catedráticos de Alcalá —la Universidad primogénita en España del Humanismo— a la «declaración de insurgencia» que hizo Lope contra las «reglas clásicas»; una rebelión que, victoriosa en toda la línea, constituyó la «expresión literaria» del muy anterior emplazamiento ideológico «transclasicista» vocacional de España, reasumido en la gran época para hacer posible la incorporación cultural del Nuevo Mundo?

EL INFORTUNIO DE HABER TENIDO QUE VIVIR RECLUSO EN EL «NEOCLASICISMO» DEL OCHOCIENTOS

Pero Menéndez y Pelayo nació, vivió y murió inmerso en un mundo intelectual (europeo y español) confinado en el «neoclasicismo» racionalista «decimonónico», que no daba cuartel al «espíritu», y que, orgulloso de rechazar la demencial embestida en masa, o «Sturm und Drang» del Romanticismo creyendo estolidamente haberlo aniquilado, no tenía escrúpulos en «ingresar», como en cajón de sastre, en la «cuenta corriente acreedora» del Renacimiento filial del clasicismo, cuantas genialidades preciosas excedían de la «contabilidad» y el «ordenancismo» de éste. No pertenecían al Renacimiento, sino, muchas, al Medievo (como ha demostrado la investigación contemporánea) y las más, por no decir todas, al movimiento ideológico que superó, magnificándolos por igual pero comensurándolos bajo sistema métrico distinto a la Edad Media y al Humanismo «renaciente» a la vez. Ese poderoso movimiento que «disipó» sin una conmoción, sin pena ni gloria, al Renacimiento, fué el transclasicismo (dicho sea en expresión, para entendernos, «toponímica») que en España —su hon-tanar— se configuró en las formas «fundacionales» específicas del Plateresco y el Barroco, como en su reaparición ulterior en los pueblos germánico y anglosajón al terminar el siglo XVIII, se plasmó en la forma epigónica del Romanticismo.

(Sería bien tomar nota de que, en estos tiempos de la desintegración del átomo, ya no puede ser tempestivo seguir paseando por esas veredas en el «simón» de John Addington Symonds.)

DE LA APOLOGETICA CUANTITATIVA DEL «NOS QUOQUE», A LA CUALITATIVA DEL «NOS TANTUM»

Tuve la satisfacción de que Unamuno aprobara, y aun compartiera —en cierto inolvidable coloquio—, la inquietud de que contemos con tantas y cada vez más ineficaces apologías de España estereotipadas en la consigna, degenerada en «patrioteria», que podría llamarse del «nos quoque» («nosotros también») tuvimos humanistas; («nosotros también») tuvimos matemáticos, etc., etc.) y de que, en cambio, para «complementarlas» por lo menos, no poseamos ninguna «estrictamente atendida» a la temática «diferencial» que diríamos del «nos tantum»: por ejemplo, «solamente nosotros» inventamos en Europa el Plateresco y el Barroco; «solamente nosotros» vislumbramos la comunidad «jurídica» no sólo de las «gentes», sino de los «individuos» de la especie humana; «solamente nosotros» optamos, con anticipada «decisión» exigente de «autenticidad», por las que llamamos ahora «Geisteswissenschaften» cuando de las dos vías de exhaustación del humanismo clasicista finisecular del XV previstas por el genio de Nicolás de Cusa, optó España por la superior del «espíritu», así como los primeros «ingenieros», los itálicos «prácticos» e industriales a quienes tenían sin cuidado el humanismo y la filología, prefirieron evadirse por la inferior del «raciocinio» —de la razón físico-matemática, bien entendido— convirtiéndola de «noción» de desinteresada en «fuerza útil» (todo lo han demostrado Cassirer y Olschki). La «razón», más tarde, ensoberbecida por sus crecientes y «positivos» éxitos, llegaría hasta invadir los dominios propios del «espíritu» lograr mantenerle secuestrado durante las tres últimas centurias, con la consiguiente «subalternización» de España. Pero es ahora una de las «resultancias» de la «sustanciación» del proceso susomentado, el que la «razón» haya sido reducida al acotado dominio de la «causación necesaria» que le pertenece. Es ahora cuando el «espíritu» recupera la independencia, en el dominio del indeterminismo y la libertad que le es propio.

ANTIGUA INICIACION IMPROSEGUIDA DE LA APOLOGETICA HISPANA DEL «NOS TANTUM»

«Cabecera de este linaje de apologías que nos faltan (y sorprende que tan sugestiva insinuación no haya experimentado en España el desarrollo congruente) es la inicial también «modélica» de las usuales en el curso de los siglos, compuesta por el humanista y catedrático de Alcalá García Matamoros hace cuatrocientos años, cuando ya sufríamos en Europa la envidia inseparable de las naciones fuertes. En ella se encarece el valor de la «aventura» descomunal, característica de la «promoción» de iberos capitaneada por Séneca, que fundadora de la «edad argentea» —como con dudosa metáfora clasicista suele denominarse a la sucesora de la «áurea» del período de Augusto— hizo posible la continuidad de la cultura latina. Lo consiguió merced a la audacia de «perpetrar» la primera transgresión de los límites del clasicismo (entonces, el antonomástico) que registra la historia de la cultura «occidental». Así se admite ahora en Italia. Esta moderna fijación del «sentido» que tuvo aquella temeraria empresa (que costó la vida a sus dos más egregios conductores: Séneca y Lucano) ha hecho definitivamente comprensible ese «aire de familia» notorio entre aque-preso confesó entrever, aunque sin entenderlo nullos remotos intelectuales y sus descendientes de nuestra Edad de Oao, que la miopía clasicista siem-pa, pasando de largo sobre el desafiante «parecido» con displicencia mal encubridora de la falta de explicación que, del mismo, «no podía» dar. Actitud de la zorra fabulística ante las uvas en perfecta madurez, pero fuera de su alcance, que repetiría el

clasicismo francés (seguido, no hay que decirlo, por el nuestro mimético) contra Calderón, Lope, Góngora, etc., etc., y —menos mal— también contra Shakespeare, considerando a todos «inmaturos» o vueltos como cimarrones al estado selvático.

TRES HOMBRES PROMINENTES, VÍCTIMAS DE LA CONTRADICCIÓN INDUCIDA POR EL «CONFUSIONISMO», ORIGINADO EN LA «COEXISTENCIA» SINCRÉTICA DE DOS TRADICIONES CULTURALES. ENTRE LAS QUE LA «CONVIVENCIA» NO ES POSIBLE

En rigor, a Unamuno y Ortega incumbía haber «completado» a Menéndez y Pelayo. Ambos tuvieron la fortuna de poder vivir instalados en la posición transclásica contemporánea, que el glorioso «polígrafo» no tuvo tiempo de alcanzar. Ambos adolecieron de la misma contradicción que les va a convertir en «episódicos», y que, en términos inversos, también impidió al inmortal maestro «arquitecturar» su riquísimo acervo de materiales insignes en ese estilo impar y recóndito, «congenial» de España, cuya búsqueda —seguro de que existe— le angustió siempre. Bajo los cimientos de esa edificación que él sólo hubiera podido erigir—porque para él sólo estaba guardada tal empresa— se hubiera hundido por sí misma la mezquindad polémica con que pretendió atajarle un «neoclasicismo» agarbanzadamente apendicular del galo, que únicamente el nombre podía tener en común con el depurado en atmósfera menos enrarecida pasablemente respirable solo al maestro y traslúcida para él ya que «entitativamente» no pudiera ser diáfana.

Los estímulos vitales y mentales guardaron análogo «orden de prelación» entre esos tres hombres, igualmente «clásicos» en cuanto a su sentido de la vida, y «transclásicos» en cuanto a las más altas singladuras de sus entendimientos. «Racioespiritualistas» Menéndez Pelayo y Ortega (el segundo, por «converso» a la «razón histórica», desde su abandonado «credo» juvenil en la «razón pura») son, por ello, inscribibles en el Plateresco «étnico»: palabra «epiloga» preferida por Ortega. «Espiritualista» casi «espiritado» Unamuno, desdeñador de la «razón raciocinante», como decía; y, por ello, situable en una variante solipsista y «cantonal» del Barroco «castizo».

Todos fueron víctimas del «confusionismo» resultante de encontrar sincréticamente amalgamadas las «dos» tradiciones «entitéticas» que singularizan nuestra historia cultural: la profecticia del «vocacional» transclasicismo, y la adventicia del clasicismo galicano.

Pero, «hic et nunc», ya no puedo «distenderme» en estas y otras cosas.

LA MANERA DE SUFRAGIO, ACASO, MENOS «FUNEBRE»

Sin haberme dado nadie vela en este glorioso entierro, entiendo que no la necesito par asistir a él desde las columnas de EL ESPAÑOL (en pago del artículo que su ilustre director me pide) con la ofrenda de este humilde sufragio discipular.

Es un derecho que, sin invitación, puede ejercer cualquiera de los que (desde los diecisiete años en mi caso, nada insólito) han debido al maestro la primera revelación del «mundo cultural». O de la misión, inacabada, de España en la «animi cultura». Y no digamos si también del estímulo para asumir una actitud reverencial diferente, que, pese a lo deleznable que de suyo pueda ser, no se resigna a seguir cansinamente rutinaria, o manidamente «tópica», hacia el «impase» del estupor fascinado; ni, por consiguiente, rehuye ser disputable, segura de que puede ser defendible.

Salvo mejor parecer, este modo conmemorativo conjura mejor el riesgo del, diríase, «tedio ritual» acechante en esta clase de exequias, que, aun sin deliberación, implicaría cierto desacato en casos como éste. Estoy seguro de que al maestro le sería especialmente agradable el ofrecimiento memorial de un puñado de las incitaciones que él mismo animara, tanto por lo que se lee en sus libros como por lo que leí en sus ojos cuando me hizo el honor, no siendo yo más que un estudiante todavía imberbe, de concederme palabras alentadoras y un apretón de manos que serán lo último, hasta el fin de mi vida, que pueda yo olvidar.



OTOÑO
en el gran
Departamento de
CABALLEROS
de

Galerías Preciosos

NAVALMORAL DE LA MATA, CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS

OTRO PUEBLO EN DIEZ AÑOS

La Biblioteca fundada en 1884 por don Antonio María Concha, es utilizada por casi todos los vecinos

Otra leyenda negra borrada

EL autocar avanza rápido, con vibraciones de cristales y enuelto en el sordo ruido del motor, por las tierras pardas, grises y amarillas de Toledo. El cielo está abierto a un sol de estío, pesado, sofocante, y la asfaltada carretera, entre reflejos, parece un estrecho e infinito espejo que termina por abrazar al horizonte.

Es mediodía. En el autocar, Juan Misiego, nacido en el pueblecito cacereño de Arroyomolinos de Montánchez, habla casi ininterrumpidamente, quizá para ahuyentar el sueño que produce el sol y el monótono balanceo de la marcha.

—No hay que darle vueltas, amigo. Cáceres tiene una leyenda negra que hay que desterrar de toda España. Y si no, ya lo verá con sus mismos ojos. En mi pueblo, sin ir más lejos...

—¿Qué hay en su pueblo?

—Mucha historia, amigo, mucha historia. Ahí está el Espasa para verlo. Y muchos higos. ¿Nunca ha visto una higuera de Cáceres?

—No.

—Los higos son verdes, amarillos, rojizos y nosotros los ponemos al sol para que se sequen.

Aunque en todo este diálogo no ha dicho ninguno, don Juan ensarta refrán tras refrán como un nuevo Sancho, y se ve en él un trasfondo de campechanería y de objetividad, como lógica consecuencia de sus años pasados en Madrid.

—¿Cómo es el hombre de Cáceres?

—Hospitalario. Aquí no le falta al viajero un trozo de pan y un vaso de vino.

Supe después que esto era cierto. En mi viaje de punta a punta de Cáceres, más de una vez y más de dos salió a la luz la hospitalidad entrañable y despreñada de estos hombres membrudos, curtidos por el sol y por el viento. Pero no nos adelantemos. Las cosas, paso a paso, mirándolas suave, echándose por los caminos y arrastrando un pie tras de otro.

—¿Qué es lo que más le gusta de la provincia?

—¿Quién puede contestar a eso?

Si uno entra en Cáceres por Candeleda se encuentra uno con la Vera, lo más rico, lo más verde. Allí los hombres viven a las orillas de los ríos, cercanos a los secaderos de tabaco, de pimentón y de algodón. Si entra uno por

Montánchez podrá catar el mejor vino que haya bebido nunca, acompañándolo de un jamón que no se encuentra en la mejor tienda de Madrid. Y si llega a Cáceres por Trujillo... ¿No sabe usted la copla?

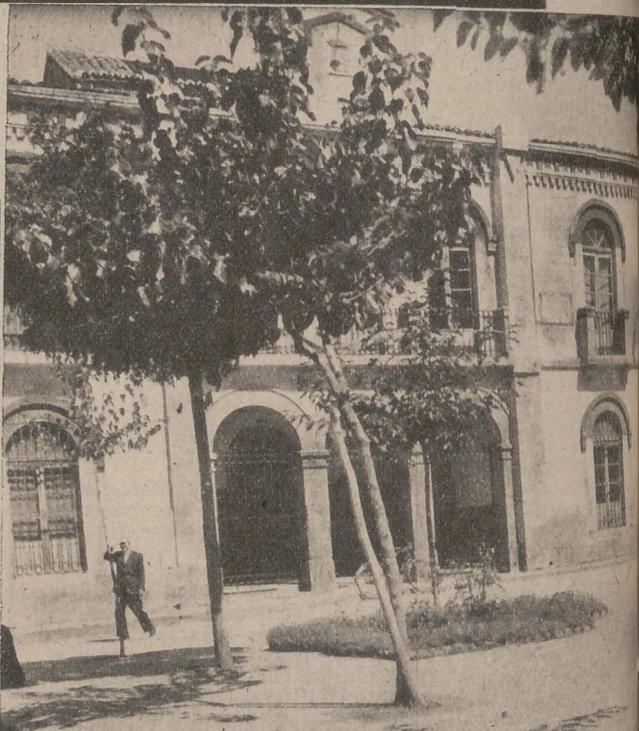
A la villa de Trujillo por dondequiera que entran hallarás cinco leguas de berrocales.

—Alto aquí, amigo. Trujillo es distinto. Trujillo es otra cosa. Trujillo es la madre de todo Cáceres. Lo más antiguo. Y además, allí está Pizarro, el de la famosa raya, el de los once de la fama... ¿Le conoce?

—Sí.

—Vale. Pues en Cáceres falla ese refrán que dice: «Bueno me hará el que venga detrás». Aquí, lo que viene detrás es nuevo, tiene otra cara y resulta imposible compararlo con lo que ya se ha visto.

Hay un silencio. Don Juan lía un cigarro despaciosamente y echa un trago de una bota de vino. El paisaje comienza a cambiar. A la estepa le falta esa continuidad ilimitada del horizonte. Entre claro y claro van surgiendo los árboles de copa recortada y vercosa. El amarillo de las eras va diluyéndose lentamente. Las piedras, unas piedras negras, macizas, levantan su ca-



Edificio del Ayuntamiento de Naval Moral de la Mata, un pueblo que hace diez años tenía 5.000 habitantes y hoy alcanza los 8.500

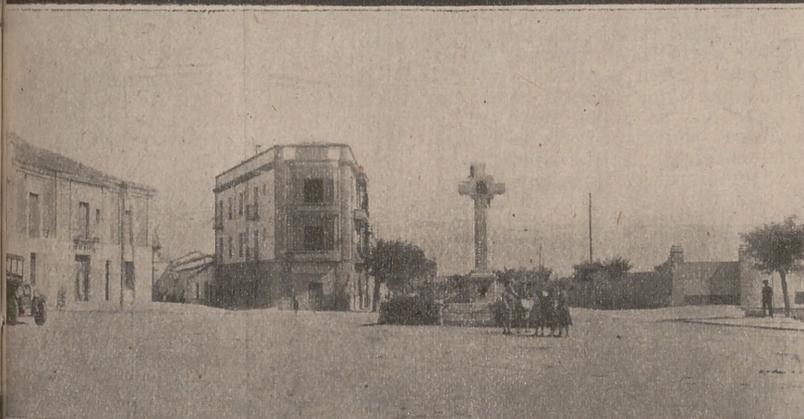
ra, unas sobre otras, en pequeños y naturales monumentos. Don Juan habla de nuevo:

—Y si viene de Portugal, si tiene ganas y tiempo, puede pasar por Alcántara. En Alcántara, además del famoso puente, está el convento de San Benito, de la Orden de los caballeros de Alcántara, que, según dicen, eran mitad monjes y mitad soldados. Y además...

Una auténtica sorpresa me aleja de las palabras de don Juan. El autocar ha doblado de pronto un recodo, y milagrosamente, el paisaje ha cambiado por completo. La carretera ya no es una cinta opaca, ya no es la orilla de dos ríos amarillos e ilimitados de tierra calcinada. La carretera, ahora, es el río a la orilla del que nacen apretados, densos, los árboles. Sin pausa, sin aviso, el árbol ha llegado. El árbol es retorcido, de un color verde suave, de tronco breve con ramas abundantes y casi horizontales. Este árbol (¿quién no ha pensado muchas veces en él, todavía niño, leyendo la historia de Cortés?), es como el vestido que estrena todos los años Cáceres. Este árbol cubre el diverso rostro de toda la provincia; se levanta sobre las montañas; baja hasta los cañones y se extiende por la estepa extremeña. El alma cacereña nace en cada una de sus raíces y



Las calles de Navalmoral son limpias y claras. El pueblo se extiende a lo largo de la carretera general hacia Cáceres



Nuevas urbanizaciones serán la base del ensanche natural de este pueblo, al que le está reservado un venturoso porvenir con los ya próximos regadíos

se va por las hojas hacia el viento. He aquí el árbol: La encina.

Don Juan me mira y se da cuenta de que estoy absorto. Sonríe, o imagino que sonríe, pues no le veo, y me llega su pregunta con atisbos de orgullo:

—¿Le gusta?

No respondo. No sé qué responder. Estoy asombrado y por eso rumio mis ideas, como si temiera no llegar hasta el fondo de ellas.

—Pues aquí comienza Cáceres amigo.

Cierto. Aquí comenzó Cáceres para mí. De golpe, súbitamente. Sin aviso, como una golondrina que llega en la primavera al alero de una vieja casona.

Y desde este momento, en mi peregrinaje, tuve, más por devoción que por obligación, los ojos bien abiertos, el mirar siempre alerta y preparado. Y creo, sinceramente, que he visto muy poco de Cáceres. Creo que dejaré acaso por decir lo más importante. Pero, quizá por este pensamiento, quizá por esta pena de no saberlo descifrar todo, quiero decir en seguida algo, algo que me parece fundamental, absolutamente fundamental:

—Cáceres, para nosotros, los españoles, es una gran desconocida.

No hay prisa. Hace buen sol. Es mediodía y el cielo está sin nubes. Bebamos un trago de la bota de vino y comencemos a caminar.

NAVALMORAL DE LA MATA, PRIMER DESCUBRIMIENTO

—Mire este jardín. Aquí, hace diez años, no había nada.

Román Berrueco, mediana estatura, sin corbata, sin afeitarse, me enseña el parque de Navalmoral. Román es el jardinero, y tiene cierto aire de socarrón.

—¿Qué cultiva aquí?

—Moreras, acacias, sóforas, álamos. Y, sobre todo, flores.

El parque es grande, con un quiosco para los músicos en el centro, en cuya parte baja existe un bar que despacha licores cuando se dan conciertos. Muy cerca del parque, inmediatamente seguido, aun está la tierra estéril y dura, y así puede observarse con perfección la enorme dificultad que supuso crear este parque. Frente a él, un magnífico edificio del Instituto Nacional de Previsión. Al fondo, la carretera a Cáceres, y sobre ella un monte lleno de olivos y de encinas.

—¿Trabaja mucho en el parque, Román?

—Todo el día.

—¿En qué piensa cuando trabaja?

—En el Moralo, nuestro equipo de fútbol.

—¿Qué le pasa?

—Es el mejor de la provincia, sin exagerar. Tiene mil quinientos socios. Es de Tercera División, y ahora ha ganado cinco partidos seguidos en el Campeonato provincial, conquistando un trofeo donado por el señor Luna. Y no se crea que las victorias fue-



Edificio de la Escuela y Biblioteca de la Fundación Concha

ron por la mínima diferencia. Al Valencia de Alcántara, le ganamos por siete a cero y por once a cero, y al Hervás, por catorce a cero.

—¡Qué bárbaro!

Román sonrío y nos vamos con él y con un municipal al campo de deportes. El municipal se llama Marcelino Curier y es hombre callado, meditabundo, con re-sabios filosóficos. Pasamos la vía del tren y la estación queda un poco lejos, a la izquierda.

El campo de deportes es amplio, espacioso y está muy limpio y muy bien cuidado. Tiene una grada cubierta, y la arquitectura es bella. A la izquierda, la piscina, en donde se bañan tres niñas. La piscina tiene trampolín, y unos merenderos cercanos, cubiertos de hiedra, artísticamente dispuesta.

—¿Cuándo se hizo ésto?

—En diciembre de 1955—consta Marcelino, el municipal.

—¿Y cuánto ha costado?

—Medio millón de pesetas.

A la entrada del campo de deportes hay bar, botiquín y vestuarios. En el bar tomamos un vaso de vino turbio, de color raro. Es el vino que aquí llaman de las Pitarras y que sólo lo venden los particulares. Vino fuerte, de bastante grados. Y Marcelino nos dice que existe el proyecto de hacer campos de balonvolea, baloncesto y balonmano.

EN DIEZ AÑOS, UN NUEVO PUEBLO

Navalmoral es un pueblo que se extiende a lo largo de la carretera general hacia Cáceres. Es un pueblo que demuestra con toda claridad el progreso incesante que experimenta España cada día. Las cifras son claras, abrumadoras y hablan por sí solas. Hace diez años, Navamor tenía cinco mil habitantes; hoy alcanza los ocho mil quinientos. La creación de diversas industrias, las facilidades de habitabilidad, la construcción de viviendas protegidas, el mejoramiento total del pueblo, han conseguido este asombroso incremento de habitantes.

La industria principal de Navalmoral es el centro de fermentación de tabacos, con naves que forman una gigantesca manzana, y en el que se elaboran cinco millones de kilogramos al año. Trabajan aquí cuatrocientos obreros, llegados de todas las partes de Cáceres, y que hacen, junta-

mente con los que trabajan en las otras industrias, que Navalmoral sea un pequeño emporio de caracteres extremeños, una mezcla de hombres del Norte y del Sur, y que, por consecuencia, Navalmoral no tenga aún carácter definido y sea un pueblo de transición entre Toledo y Extremadura. También existe la factoría algodonera Cepanda, con doscientos obreros. Completan el ciclo industrial del pueblo, tres fábricas de harina y seis fábricas de aserrar madera.

Lo sorprendente y milagroso es que toda esta riqueza, todas estas industrias, se hayan creado en un plazo tan corto como el de diez años, a marchas forzadas, entregando todo el esfuerzo y toda la ilusión a mejorar el nivel de vida y a laborar por una potencia industrial y económica. Todo el pueblo está jalonado por fábricas, y la prisa, la exactitud de entrada y de salida al trabajo convierten a Navalmoral en una estampa de villa ajetreada, con las callejuelas llenas de gente, en cuya vestimenta impera el color negro. Los hombres, en su mayoría, lucen pantalones negros de pana y un sombrero también negro que se ponen recto en la cabeza. Aquí está el primer dato del cacereño: El sombrero. Ama el sombrero; se diría que lo necesita al verle caminar por la calle y entrar en un bar y no quitárselo jamás, excepto cuando come.

Y, por otra parte, Navalmoral tiene mentalidad de gran urbe. Aquí nadie se preocupa esperando la llegada del autocar o del tren. Aquí cada uno va a lo suyo, deprisa, casi vertiginosamente.

En un ángulo del pueblo muestran su limpia cara un grupo de viviendas protegidas. De este grupo se han hecho cincuenta con medios propios, y ha realizado cincuenta la Obra Sindical del Hogar. «Cosetaria» ha puesto también su capital para resolver el problema de la vivienda y ha construido otras cien, con un grupo anejo escolar de ocho grados. Por último, existen dos fábricas de material de construcción, una inaugurada hace dos años, y la otra, siguiendo un ritmo febril de crecimiento, hace solamente dos meses.

Marcelino Curier, silencioso, nos lleva a casa del alcalde de Navalmoral. El alcalde Agustín Carreño, médico, es recio, alto y macizo, y lo primero que nos muestra es la Medalla de Oro de la ciudad. Charlamos. Es hombre fácil para el diálogo, y habla en sentido cortado, seco, sin perderse en florituras.

Una de las obras más importantes realizadas en Navalmoral fué el abastecimiento de aguas. Antes el pueblo, sufría un grave problema por la escasez de agua, y para ello se realizaron las oportunas obras, que supusieron un coste de dos millones y medio de pesetas. En la actualidad Navalmoral es un pueblo que no tiene ningún agobio en este aspecto.

Pero las cosas hay que llevarlas

siempre más lejos. A una mejora debe de suceder otra, y, sobre todo, si como en el caso de Navalmoral, la población experimenta cada año un importante aumento de habitantes. Y así, el Ayuntamiento tiene un proyecto, pendiente de aprobación por el Ministerio de Obras Públicas, de un plan general de Saneamiento y Urbanización.

Este proyecto, realizado por la División Hidráulica del Tajo, supone un gasto económico de más de seis millones de pesetas.

UN ALCALDE Y UN SECRETARIO EN LA SOBREMESA

En un bar situado a orillas de la carretera principal y el corazón del pueblo, encuentro a Fernando Precioso, un hombre joven, a quien le pregunto por alguna manifestación artística de Navalmoral. El hombre parece dudar. Me mira un poco al través y después se arranca:

—Yo de eso no sé gran cosa. Pero tengo un amigo que lo sabe todo.

—¿Todo?

—Todo. Igual le habla de la «guerra» francesa que de los ingleses. Y en literatura..., ¡eso es ya el «non plus ultra»!

—¿Y cómo se llama?

—Teodoro Bravo. Es maestro, ¿sabe usted?

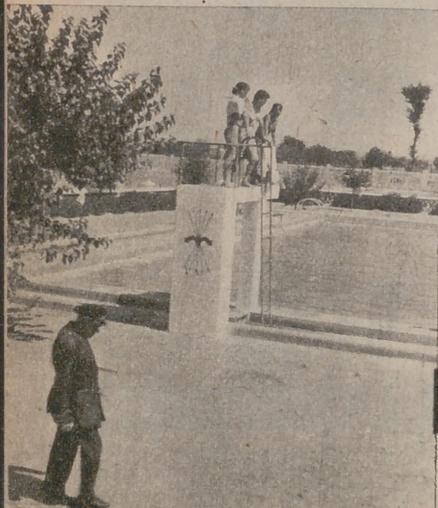
Queda concertada la cita para después del almuerzo.

Hay varios restaurantes en Navalmoral. En uno de ellos, las paredes llenas de cacerolas, de vasos antiguos, estaban dos hombres charlando. Resultó por estas cosas extrañas y sorprendentes de la vida, que eran dos personajes importantes que realizaban un viaje a Navalmoral para concretar datos y resolver negocios.

Uno de ellos, fuerte, adiposo, con bolsas bajo los ojos, se llama Vidal Muñoz y es el Alcalde de Berrocalejo, un pueblito de 280 vecinos. El otro, bajo, cetrino, vestido como un señorito de capital, lleva el nombre de Félix Ocampo y es secretario del Ayuntamiento de Campillo de Deleitosa. Se contaban sus problemas. Y, sanamente, rivalizaban en mejoras conseguidas en cada localidad. Vidal Muñoz sostenía que la base de un pueblo es la escuela y que él, además de construir hace poco un Ayuntamiento nuevo había orientado sus pasos hacia los maestros, y tras construir dos escuelas hizo dos viviendas para el maestro y la maestra. Félix Ocampo, que tiene, al exponer sus ideas, cierta reminiscencia de pedagogo, aseguraba que la escuela es más importante que el Ayuntamiento, «porque los hombres nacen a gatas y hay que ponerlos de pie» y así había aplazado la mejora del Ayuntamiento para construir una escuela de párvulos que era una maravilla.

PLAN DE REGADÍO.— DOS PELICULAS, UNA PESETA

Teodoro Bravo Castañares, el maestro que lo sabe todo, según frase de su amigo Precioso, es muy joven. Apenas rebasará los treinta años. Es el típico maestro moderno de nuestra Patria. Hombre culto apasionado, preocupado y entregado al pueblo, que se



Un aspecto de la piscina del nuevo campo de deportes

sabe de memoria proyectos, realidades y ambiciones. Encauza la conversación hacia el gran porvenir de Navalморal.

El Tiétar y el Tajo, los dos ríos son como brazos alargados que se extienden a ambos costados de Navalморal. Actualmente existe un ambicioso plan estatal y ya han comenzado las obras para aprovechar el agua y convertir una zona de 90.000 hectáreas en regadío. Navalморal queda en el centro de esa zona, pues dista 14 kilómetros del río Tiétar y 10 kilómetros del Tajo. Este proyecto es de enorme trascendencia para Navalморal. Los páramos, la tierra estéril, se convertirá prontamente en zona de regadío y la riqueza aflorará pujante y generosa, convirtiéndolo al pueblo en un centro no sólo industrial, como ahora es, sino también agrícola. La Unión Eléctrica Madrileña construye actualmente un pantano con 126 metros de altura de presa. Este pantano regará las 90.000 hectáreas y producirá 150.000 kilovatios.

—Hace veinte días —dijo Teodoro— que han comenzado a excavar y localizar el sitio. Excavan en el Tajo, en el término municipal de Almaraz Valdecañas y todo esto pertenece a sistema de regadíos que el Estado enuncia con el nombre de Sistema Tiétar-Tajo-Alberche. En el río Tiétar existen ya los embalses de Rosarito, de Monteagudo y de Arenas.

Paseamos por la calle principal. A estas horas la gente circula, pero entre los peatones no se ve a ninguna muchacha.

—¿Qué pasa con las chicas?

—Las mujeres aquí sólo salen por la noche. Pasean un poco y se van al cine. De cine, el pueblo está muy bien, pues tenemos tres.

—¿Y cuánto vale la entrada?

—Una peseta.

El dato es asombroso. Una peseta entrada al cine, y la mayor parte de los días ponen dos películas.

—¿Una peseta? ¡Es increíble!

—Y ahora se ha encarecido. Antes costaba una peseta, pero a los asistentes les servían café gratis en el descanso.

—¿Y a qué es debido esto?

—La competencia. Aquí en Navalморal, hay que andar muy listos.

SEIS MIL LIBROS PARA OCHO MIL JORNALEROS

Nos vamos hacia la biblioteca, en donde nos espera otra nueva sorpresa. El encargado de ella es un maestro que tiene un extraordinario parecido con Ramón y Cajal. Y con voz monótona, pero enamorada de los libros, nos dice que esta biblioteca es actualmente la segunda de Cáceres en importancia. Fue fundada por don Antonio María Concha y Cano, extremeño luminoso de azarosa vida, en la que sufrió forzadas emigraciones y encarcelamientos. Seis mil ejemplares algunos valiosísimos, son el balance de más de medio siglo de existencia, pese a que durante la guerra desaparecieron más de 1.000 volúmenes. Aun pueden verse en las estanterías las huellas de las balas que se disparaban desde los cerros de Piedra Caballera, situados frente a la biblioteca. Se conser-



Equipo de fútbol del Moral C. F. de Navalморal, en el grupo XIII de la Tercera División nacional

van igualmente los cristales rotos por los impactos. Un tomo de las obras completas de Campoamor se ha convertido en una reliquia, pues una bala entró por el lomo y atravesó el libro sin arrancar una sola letra impresa. La sala la preside un retrato al óleo del fundador, y en una vitrina, a la izquierda, tienen su puesto de honor varios libros raros y valiosos.

Lo que asombra es el porcentaje de lectura del pueblo de Navalморal, compuesto en su mayoría por jornaleros y labradores. En el salón de lectura existe un promedio anual de 600 papeletas, y debido al progresivo aumento y a la imposibilidad de muchos vecinos de asistir a la biblioteca, el Ayuntamiento decidió crear una sección circulante, y desde 1950 hasta esta fecha han utilizado esta sección 8.700 lectores cifra magnífica ya que los vecinos de Navalморal son 8.500. Es necesario resaltar este hecho poco frecuente, que demuestra la preocupación cultural de los habitantes de este pueblito, que calladamente alcanzan, sin duda, uno de los primeros puestos en cuanto a porcentaje de lectura. (¿No será, quizá, este dato, amigo Juan, uno de los primeros eslabones para enterrar lo que usted llama «leyenda negra sobre Cáceres»?)

¿NO HAY CARTA?

Cae la tarde. En los cerros de Piedra Caballera, verdes olivos, encinas viejas y doloridas, se posan los rayos tibios del sol, mientras desfila por la calle principal de Navalморal el cortejo de una boda. Van todos endomingados, en procesión, ocupando la calle. Después vendrá el convite en un salón del pueblo y se invitará a cuantos entren en el local. Es la costumbre. Aquí no se necesita tarjeta de invitación. Aquí sólo hace falta empujar la puerta y brindar por los recién casados.

El autobús comienza de nuevo a renquear. Son las seis de la tarde. Tres kilómetros adelante, un asno sentado en la carretera rebuzna. El conductor toca el claxon, pero el asno no se aparta y es forzoso detener el autocar. Pasamos pueblitos breves, apretados, sumidos en una augusta paz. Las mujeres hilan, cosen, chismorrean a las puertas de las casas, en donde descansan carros de color ocre. Y en cada pueblo el conductor reparte la correspondencia. Antes de llegar a Casate-

jada, una muchacha joven, morena y menuda, con ese dulce acento que tienen las cacereñas, extiende la mano al conductor y le dice:

—¿No hay carta?

—No hay nada.

La muchacha se queda silenciosa meditando, y no se mueve como si pensara que el conductor la engaña. Pero éste, al verla, al mirarla, comprende y le dice:

—No te preocupes. A lo mejor, mañana llega licenciado. Están licenciando a muchos.

La muchacha joven, morena y menuda, sonríe levemente, pero no le cree. Casatejada.

Un pueblito que parece surgir del siglo XIV. Una plazuela con su fuente de cuatro caños, pegada a la fachada posterior de una majestuosa iglesia. Más de cuatro, más de seis carros de vacas cargados de sacos de harina, que muele un molino muy cercano a la plaza. En ésta, los perros, negros, mansos, abandonados, vagabundean a placer.

Aquí, en Casatejada, se estropeó el autocar, y mientras lo arreglaban entró en la iglesia. Es grande, amplia, con paredes de gran espesor. Al fondo hay un coro con enrejado de madera y el altar tiene un enrejado de hierro. Avanzando por la cúpula, figuras ingenuas de ángeles pintados de azul. La iglesia está completamente sola y la paz se hace inmensamente solemne y parece adentrarse muy adentro.

Las casas que rodean la plaza son viejas, de paredes grises, duras, ásperas. Liegan las primeras sombras. Seguimos.

Al fondo, Gredos, oscuro, negro, casi metálico. A ambos lados del camino, trigales entre dos luces. Después viene una selva, un horizonte de encinas. Lo cubren todo. Horizonte, orillas de la carretera. Soledad. Paz infinita. El paisaje, la tierra, son limpios, immaculados. Parece como si de la entraña del suelo surgiera una belleza invisible, pero que se percibe, que se palpa.

¡Si ahora lloviera, qué perfume se levantaría de la tierra...!

Cruzamos un puente: El Tiétar, dormido, permitiendo que en dos islitas pasten dos caballos, camina manso a encontrar el Tajo y parece llevar en sus aguas el silencio y la paz de este paisaje cacereño.

Pedro Mario HERRERO

AZOR



*Compruebe
la calidad exquisita
del*

BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

“DIVINO HOJALATERO”

EL PRIMER FILOSOFO DE LA HOJALATA



VIDA FUNCIONALIZADA DE UN SOLTERO ANDARIEGO

En las cuatro fotografías de esta página vemos a Patricio Sánchez Álvarez, el «Divino Hojalatero», con nuestro redactor, en el interior de su vehículo-vivienda

TODO pasaba rápido. A mi izquierda, un hombre extraño conducía el automóvil más estrafalario y más útil que jamás había rodado por las carreteras ribeñanas.

En la tarde el sol calentaba con fuerza los preliminares de la vendimia en el Ribero. Las mozas y los mozos rezumaban resabios de viejas pagánias y volvían la cabeza un momento, siguiendo la veloz marcha del coche. De vez en cuando aquel ser mefistoféico que iba a mi lado devolvía los saludos de los paisanos. Nos acercábamos a Orense. Y de rato en rato el de la barba afilada consultaba la brújula y el altímetro.

—Dirección Este. Treinta y cinco metros de altura.

Aquel de mi izquierda y de la barba era el «Divino Hojalatero»; la mirada fija en la carretera y las manos en el volante:

—Ya ve para lo que sirve ese gallo que hace de mascarón de proa. Ni una sola gallina se ha cruzado delante del coche. Es la obra más útil que ha salido de mis manos.

Y una risa cortante que friciona el paladar ha rematado sus palabras. Gallego de nacimiento, hace años que se halla vinculado a Cataluña. Por ello parece un burgués catalán algo rusiñosco y algo güellesco. Gran sombrero negro. Corbata de lazo y una breve barba con bigote de puntas retorcidas:

—Es una barba florentina, re-

cuerdo de mi último viaje por Italia.

«FOLATARIUS ORACULO FELICITATIS»

Ya en Orense, los saludos y las vueltas de cabeza se han intensificado. Nos detenemos un momento y pronto aparecen los curiosos a fisgonear en torno al coche. No; en plena ciudad va a resultar difícil la conversación. Luego de un corto paseo a pie volvemos al pequeño apartamento volante:

—Será mejor subir al nuevo Seminario. Aquello tiene una vista maravillosa.

Desde el Seminario, en Ervedelo, se domina todo Orense. Bajamos del coche, y el hombre misterioso abre el camarote. Se sienta en uno de los divanes y, todavía con el sombrero puesto, comienza sus ritos haciendo sonar el organillo:

—Al entrar en un pueblo es el primer saludo que dirijo a los amigos. Pero la gente es tan extraña que, al ver esto, comienza a preguntarse si venderé tejidos o loza. No lo comprendo.

Concluido el breve saludo, de un cajoncito que ha salido de no sé dónde, surge una bandera verde y un diminuto cañón.

—Es la segunda fase de los actos de acantonamiento.

La bandera verde, izada en la parte central de la visera, indica que el señor está en el coche. Es su insignia. En una faz, el lema «Folatarius oraculo felicitatis».

Habrà que decir la traducción: «Hojalatero oráculo de felicidad». La otra cara del pendón consta de cuatro cuarteles: una rueda de afilador, indicando la procedencia orensana; una tijera de hojalatero, instrumento utilizado por el artista para sus ideas y trabajos; dos bastones de peregrino y una rueda de automóvil. Tales son las «armas» que definen parte de la personalidad del «Divino Hojalatero».

El cañón da a una plataforma situada sobre un guardabarros delantero, y después de ser cargado por la boca lanza el disparo de saludo. Estamos solos, y el ceremonial se desarrolla algo en tono menor, sin el colorido habitual de las palabras en medio de los pueblos.

Ahora llega un nuevo turno: prestidigitación utilitaria. Surge una mesa, platos, cubiertos, tazas y, después de otro breve toque de organillo, el café, que prepara el ambiente para la charla. Recogidos los cachivaches y el sombrero, todo recobra el aspecto de un confortable saloncito burgués: muebles limpios, cortinas y flores.

FILOSOFO DE LA HOJALATA

Este hombre que está ante mí es don Patricio Sánchez Álvarez. —Claro que en Santander, después de la primera Exposición que presenté, allá por 1931, unos amigos me bautizaron de nuevo con toda solemnidad de patri-

nos. Y el nombre de Patricio Sánchez quedó algo arrinconado por el nuevo de «Divino Hojalatero».

Nació en pleno Ribero, en Xubin, hacia el año 1908. Su casa —«a casa de doña María», la madre— está al pie de la carretera de Orense a Vigo. Y en la soleada galería que da al valle de Castrelo de Miño tomamos el primer café de la tarde—antes de salir para Orense—con una copa de aguardiente del Ribero:

—En uno de mis viajes a París llevé conmigo una botella de este maravilloso aguardiente y despisté a los franceses. No creían que en España tuviésemos una bebida capaz de competir con el mejor coñac francés.

Pero el regusto de la copita ya ha pasado. Desde la explanada del nuevo Seminario la conversación va a otras cosas:

—En aquel 1908 la familia vivía en Santander, donde estaba destinado mi padre. El era asturiano y mi madre gallega, y quiso que yo naciera en Galicia. Todavía residimos durante muchos años en Santander, donde estudié la carrera de perito industrial.

Hace calor. Al «Divino Hojalatero» se le forman gotitas de sudor en la frente. Y es que dentro del coche, en torno a la pequeña mesa roja, no corre el aire. Los ventiladores y la refrigeración están en la cabina delantera. Y, por añadidura, la extraña pipa en que fuma el castellano—el mundo de este coche es como el de un castillo encantado—caldea el ambiente.

—Bueno. Pues de ahí, de mi carrera, nacieron las aficiones artística. Yo tenía que dibujar y andar con metales. Así que tomé forma una vocación metálico-artística.

Y chispea con los ojos cuando se ríe. Saca el pañuelo y seca las gotas de sudor.

—Mire, vamos a tomar una cerveza alemana que tengo en la nevera.

No veo nada que pueda parecer una nevera. Pero pronto se levanta una tapa del piso y aparece la cámara frigorífica con botellas y botes de cerveza.

—Ya ve, dentro de hojalata. Siempre la hojalata. Yo creo que ha nacido conmigo el cariño hacia este metal. Puede que haya comenzado por compasión. Veía que todo el mundo la maltrataba y me sentí su protector. Un quijotismo como otro cualquiera.

Su rostro pasa con rapidez de un estado irónico, en que parece no creer en sus propias palabras, a reflejar una auténtica seriedad. Y habla con rigor, buscando la frase exacta que exprese su pensamiento con toda pureza. A veces sonríe, rematando un concepto, con la característica cargada fricativa.

—El hombre de nuestro tiempo se ha criado en ese ambiente de un sarcasmo especial, en el que la hojalata desempeña un importante papel. El frecuente cuadro del perro o el gato que arrastra atado al rabo una lata o un bote es lo más típico. Sitúa a la hojalata como el colmo de la mofa. Lo último que se le puede adherir a un ser viviente para degradarlo al máximo es un atributo del denigrado metal. Otra muestra es la frase hecha. «¡Esto es una lata», que, por fortuna, parece ya siendo sustituida por el «¡Vaya disco!».

La conversación se desenvuelve en un amplio campo archiconocido para este hombre, el primer filósofo de la hojalata que existe en el mundo.

Todavía no ha escrito nada en torno al tema. Pero hace años que se dedica a acumular material e ideas con vistas a la publicación de una Filosofía de la Hojalata. Claro que tal vez titule su obra de una forma más escolástica, como «Summa Folararia», o «Prolegómenos ad studium Folararia pseudo felicitatis». Esperemos con paciencia.

—Es muy extraña. Se resiste a la humanización, protesta y, en ocasiones, se torna agresiva hasta el punto de provocar un delito con derramamiento de sangre. En ese caso, lo mejor es dejarla en paz. Es lo que recomiendo a las personas no acostumbradas a tratarla. Pero casi siempre, en lugar de obrar como seres racionales, se enfadan con ella y la maltratan sin ton ni son.

—¿Y qué tal se porta con usted?

—La perdono siempre. No la castigo porque los delitos que comete conmigo son pequeñas disputas familiares que se pueden resolver en un Juzgado de Paz. Hay que perdonarla. Bastante bien se desenvuelve si tenemos en cuenta la educación negativa que ha recibido: golpes y más golpes, que, generalmente, no elevan su destino.

El gesto y la mirada se tornan tristes.

—Soy un hombre de la Edad de la Hojalata. Le debemos muchas cosas, entre ellas, poder saborear ahora esta magnífica cerveza alemana. Piense usted que si no fuese por ella hubiésemos necesitado un pasaporte y perder gran número de horas hasta llegar a Munich. Para mi amado metal, en cambio, las fronteras no existen: una de sus misiones es derribar barreras entre los pueblos, así como fomentar el comercio y unir a los hombres.

Para don Patricio Sánchez la hojalata se halla ligada al progresismo típico del siglo XIX. Corresponde perfectamente a la psicología de aquella época. Por eso el primer periodo de la hojalata, en que su vida es feliz, sin

el menor atisbo de competencia, se desarrolla hasta la primera guerra mundial. A partir de entonces su vida es tranquila, pero ya se insinúan los futuros enemigos.

—Ahora ha entrado en la fase del descenso frenado.

—¿Cómo?

—Si, está en decadencia, pero con freno, manejado por las propias necesidades de la técnica. Los medios modernos no han sido capaces de desbancarla totalmente; por ejemplo, las sardinas no hay medio de envasarlas si no es en hojalata. De todos modos, la época es crítica. Los norteamericanos tratan de sustituir todo lo de hojalata por el plástico.

SOLTERO FUNCIONALIZADO

Una de las mayores preocupaciones del «Divino Hojalatero» es la funcionalización:

—Exigencias de la vida de soltero en la que estoy metido, no por convicción, sino porque la soltería es un hecho en el que me encuentro inmerso. De momento soy soltero y así tengo que vivir.

El piso que posee en Barcelona, como casi todas sus cosas, está funcionalizado. Prueba de funcionalización integral es este coche en que conversamos, donde todos los trebejos tienen alguna razón de ser.

—Bueno, tal vez la brújula no sirva para nada. Cuando alguien examina el coche temo que me pregunten para qué la utilizo, porque realmente no lo sé. De todos modos una brújula siempre es un instrumento útil y adorna bastante.

—Sí, sí. Es un jaleo el vivir así. Pero, si usted tiene una muchacha en casa, no tendrá grandes complicaciones.

—¡Ca! Eso no. Ya sabe usted el refrán: «la gallina y el solterón matan en manos de la cocinera.» Y como tengo algo de químico, se me da bien lo culinario. Claro que en esto hay que pasar por una parte desagradable la preparación de los elementos. Es poco brillante, sorda. Lo bonito es, expresándonos en términos militares, no esa fase previa de preparación, sino el combate, la batalla: la condimentación. Yo nunca pruebo nada. Con un ligero movimiento de la mano, lanzo los vapores hacia mis narices y con toda seguridad aprecio si la comida está en su punto justo. Hay algo de sinfonía musical en todo esto, que plasma el cocinero con su delicado golpe de manos dirigiendo los elementos.

Otro de los problemas con que se encuentra, es el de las llamadas a la puerta. Para resolverlo, ha instalado un micrófono ante la puerta:

—Llega cualquier persona y yo sin moverme de la habitación pregunto con voz muy suave para que no se asuste: «¿Me hace el favor de decirme qué desea?». Si es una persona conocida oprimio un pequeño botón y, sin necesidad de levantarme se abre la puerta. Si es uno de esos vende-



El extraño vehículo del «Divino Hojalatero» llama la atención de los transeúntes

dores que ofrecen su mercancía de casa en casa, corto la comunicación con un «no». De esta forma me ahorro muchos viaje-citos al cabo del día.

—Pero el sistema tendrá sus fallos.

—Efectivamente. Una vez sonó el timbre y abrí la comunicación. Mi pregunta fué contestada con un «monsieur Sánchez?». No hice caso creyendo que sería una broma de algún amigo y corté. Pero al poco rato se repite la llamada y vuelta al francés. Y yo, «oye, dejáros de bromas». Corté nuevamente, pero la llamada volvió. Desesperado fui a la puerta y no se trataba de una broma sino de una familia francesa que venía a visitarme.

Todavía cuenta más anécdotas hijas del funcionalismo, como la del marmolista que huyó escaleras abajo al oír la extraña y misteriosa voz. O la del cerrajero que recibió una descarga eléctrica al intentar componer la cerradura.

No he conseguido dominarla. Pero cuando pierdo la llave o se me estropea llamo a los bomberos, donde tengo buenos amigos y pronto aparecen con una gran escalera. Claro que para no causar mucho escándalo les aconsejo que vengan sin tocar la campana de alarma.

EL ARTISTA DE LA HOJALATA

Además de filósofo, es el gran artista de la hojalata.

—Dése usted cuenta de que es una superficie plana, sin el menor relieve. Y hay que hacerla revivir, reanimarla, situarla en diversos planos para que nos de un volumen.

En 1931 expuso su obra por primera vez en Santander.

—Fué una Exposición de ideas que obtuvo mucho éxito. En ella, aún sin saber muy bien de qué se trataba, me declaré surrealista. Uno de los periódicos titulaba la crítica: «El escándalo de una Exposición»; me asusté algo creyendo que se metían conmigo, pero era todo lo contrario.

Uno de los mayores aciertos se titulaba «Rutas del sol»: una hojalata figurando el sol, unos carriles montados sobre pequeños y auténticos trozos de balasto manchados con un algodón impregnado en el característico polvillo de las vías de ferrocarril y una resistencia que llevaba el sol en su interior, que al hacerla funcionar, emitía las radiaciones que ayudaban a crear el clima adecuado.

—En 1933, ya dentro del terreno de la caricatura en hojalata, monté una Exposición en el Ateneo de Madrid, con otro gran éxito de crítica—los económicos, en este campo, nunca los he pretendido—. Presenté caricaturas de personajes conocidos: Valle Inclán, los Quintero, Chevalier.

Desde esta fecha, su vida artística es bastante intensa. En 1934 expone en Lugo. Y en los años siguientes, La Coruña, Vigo y Orense, conocen sus hojalatas. Pero las exposiciones solían acompañarse de conferencias con títulos tan sugestivos como «Una charla sobre Arte que puede resultar una lata», pronunciada en La Coruña.

—A la caritura ya me había dedicado con anterioridad a estas exposiciones. Concretamente, en 1929 le entregué a Josefina Baker una caricatura que le gustó mucho. Se componía de un plátano, unos trozos de puntilla, hilos y unas manchas de color negro. Todo montado sobre hojalata.

—¿Se cree vinculado a alguna corriente artística?

—El Arte no puede encasillarse. Yo no sé si soy ésto o lo otro, o si sigo a un artista o a otro, o si me sigo a mí mismo.

—¿Algún nombre de interés?

—Picasso. Sin él no se comprenderían las tendencias de la pintura moderna. La ha levantado de la muerte en que caía fatalmente.

—¿Y en escultura?

—Rodin, sin el menor titubeo. Es el Picasso de la escultura. Pero hay otro nombre: Gargallo, que tiene un interés excepcional y está bastante ligado, aún sin tener la menor afinidad, con mi arte. Encuentro también de un gran valor a los gallegos Asorey y Failde.

El sol ha desaparecido de la explanada del Seminario orensano y la ciudad aparece mansa, al fondo Descendemos de la cabina y damos unos pasos mientras continúa la conversación:

—Ahora estoy tratando de llevar a la hojalata una interpretación de las sensaciones dolor, alegría, esfuerzo. Pienso hacer los trabajos y presentárselos a la señora que me hace la limpieza para que ella diga lo que le parece aquello. Si, por ejemplo, queriendo representar el dolor le muestro un complicado trozo de lata y ella dice que aquello es una rosa, habré fracasado. Pero si lo interpreta como un sufrimiento, veré que he acertado.

—¿Cómo representaría la risa?

—A base de circunferencias. Una cosa así como las pompas de jabón. Es algo como unas espirales que dirige una persona a otra y no hacen daño.

—¿Y el llanto?

—Eso tendría que ser algo como una catarata. Pero no clara y risueña, sino opaca, con un fondo oscuro y grisáceo: agua triste.

UN ABSTEMIO ANTE UN ABSTRACTO

Antes de concluir la charla, va mostrando los detalles últimos de su vivienda ambulante.

—El coche, aunque no lo parezca, es un viejo «Ford» de 1934. Lo he adaptado a las necesidades de la vida moderna y actualmente consume muy poca gasolina.

Me lleva hasta un punto desde el que se ve el vehículo con una buena perspectiva:

—Sí, es una mezcla de automóvil, barco y vagón de ferrocarril. Lo que más aspecto marítimo le da son los ventiladores redondos de la proa. De ferrocarril tiene la parte posterior, semejante a un «Talgo», y es donde hemos charlado, allí va la cama, el diván y el organillo, además de los secretos en que que guardo la mesa, la loza y otras cosas. El resto es automóvil puro. Los accesorios están sotuados en los lu-

gares más a mano: la rueda no puede ir en ningún sitio mejor que sobre el motor. Dentro, en el salpicadero, llevo lo más necesario: brújula, detector de averías, altímetro, radio, pitillera automática y cenicero con imán. Tras el asiento delantero, el bar y la cocina portátil. Verá usted que bien se las arregla uno.

Y el «Divino Hojalatero» devuelve un poquillo el asiento delantero del coche. Abre una pequeña maleta y aparece la cocina con la sartén y la espumadera preparadas para iniciar los trabajos.

—Rápidamente preparo el pequeño aperitivo con que invito a los amigos. ¿Le apetece algo?

—No, gracias. ¿Qué le parece si regresamos?

—Muy bien. Me parece bien porque he de preparar las maletas. Mañana salgo para Barcelona dando por terminadas las vacaciones.

De vuelta hacia Xubín cuenta su reciente actuación en Lugo donde ha pronunciado, durante las fiestas de San Froilán, una conferencia de gran interés:

—La he titulado «Un abstemio ante un abstracto». Ha sido una nueva modalidad de conferencia en la que he hecho intervenir al público. La primera parte se inició con unas palabras mías en «Off», en las que expuse el meollo de la cuestión. Luego hice un dibujo y la gente discutió sobre el mismo, desde el punto de vista del arte abstracto. El éxito fué bueno.

—¿Qué tal se han portado, entonces los lucenses?

—Magníficamente. Allí tengo excelentes amigos desde hace muchos años. Ahora, con ocasión del San Froilán, les he entregado una copa que me habían encargado para las regatas del Miño. Es sencilla, toda de hojalata. La base está formada por una raíz retorcida representando el esfuerzo, el músculo. Y sobre ella va un bote de un producto muy conocido que no le digo el nombre por aquello de la publicidad. Pero ya ve que es una cosa bien simple.

—¿Cree que el vencedor la agradecerá bien?

—Espero que sí. No tengo miedo a que lo interprete mal. Supongo que además de buen atleta será lo suficientemente inteligente para darse cuenta del valor artístico de la obra.

Hemos desandado el camino. El sol ha marchado del Ribero. Y, cuando llegamos a Xubín, por las hondonadas retumban los «aturuxos» báquicos de los vendedores. El día ha terminado. Don Patricio Sánchez, hombre de barba mefistofélicoflorentina, ha desaparecido, con su sombrero negro, entre las sombras.

Luis LOSADA
(Enviado especial)

(Foto Villar)

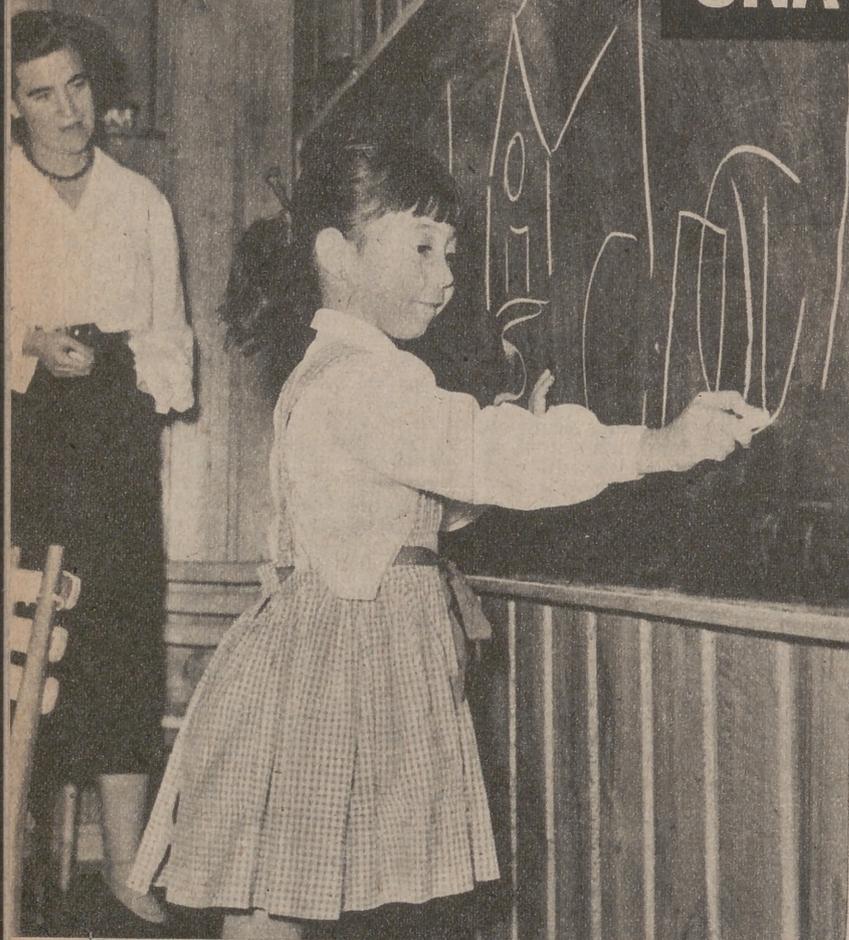


La cocina portátil está siempre dispuesta para las necesidades del singular viajero.

UNA ESCUELA PARA CADA PUEBLO

25.000 NUEVOS CENTROS DE ENSEÑANZA PRIMARIA VAN A REPARTIRSE POR TODA LA PIEL DE ESPAÑA

UN AMBICIOSO PLAN ESTÁ A DESARROLLAR EN CINCO AÑOS



Los nuevos procedimientos pedagógicos hacen más amena la enseñanza

¡SE NECESITAN 25.000 MAESTROS!

HE aquí dos protagonistas: El maestro y el niño.

El maestro, ese hombre que labora incansable, ocultamente, aferrado a una vocación profunda, en la que no cuenta casi nunca el aspecto económico. El maestro, con su arrastrar la vida silenciosamente, tiene ante sí mismo la importancia de un profeta. Ante los demás es como un Bautista que va preparando personajes para el mañana. Su existencia posee mucho de cartujo. Su celda, la escuela perdida en cualquier pueblo rural, que campea sobre un ambiente estático y rutinario, aislada e incomprendida, porque en el ambiente rural tiene más importancia la sequía o la granizada, el ciego o el solano, la siembra o la cosecha, que ese ir discurriendo por los caminos de la inteligencia. Aquí aparece la gran función que le espera a cada maestro. No es ya simplemente el aprendizaje de la lectura, la escritura y el cálculo, sino el bagaje primordial de convicciones, amores y costumbres en que se diferencia la vida civilizada de la primitiva.

Y es en este momento cuando surge el otro protagonista: el niño.

Ese pequeño hombre que fluctúa entre los seis y los doce años. Ese muchacho que aún no sabe lo que se espera de él, que aún tiene la mente blanca, pero que pronto la verá desbordada con las razones eternas que empujan a la vida: la formación religiosa, la educación social y la patriótica. Porque todo esto llegará a él y se hará hombre.

El maestro y el niño. Y entre los dos, la escuela. Ya lo dice, casi superando la frialdad de las cosas oficiales, el artículo 15 de la ley: «La escuela es la comunidad activa de maestros y escolares instituida por la familia, la Iglesia o el Estado, como órgano de la educación primaria, para la formación cristiana, patriótica e intelectual de la niñez española.»

La escuela. Allí está. Quieta, inmovilizada, encasillada las más de las veces en cualquier loma del campo, porque campo es España en sus tres cuartas partes, y nuestra economía es todavía esencialmente agraria.

Hay que pensar seriamente en esto cada vez que se plantea todo género de instituciones encaminadas a elevar el nivel de la existencia nacional. Y de estas



Arriba: Dos nuevas escolares. — Abajo: Grupo escolar recién construido en Parades de Arago



La enseñanza se extenderá a todos los pueblos de España con el nuevo Plan Quinquenal

instituciones, la más indispensable, la más general y elemental, es la escuela rural.

Para superar el localismo ancestral y poner las bases de un patriotismo ancho y vigoroso, para dotar a la vida campesina de una tensión que permita mejorar las técnicas de cultivo y explotación de la ganadería; para llevar la idea de una vida superior a la del rudo trabajo diario, la escuela escala los riscos o se tumba bajo el sol en la llanada. Maestro, niño, escuela. Una trilogía española. Una trilogía a quien le acaba de tocar el «acorde» de la lotería; un «gordo» parecido a ese que nos inquieta y nos ilusiona en vísperas de las Navidades.

PARA COMENZAR, DOS MIL QUINIENTOS MILLONES DE PESETAS

Hasta hace poco surgían en los pueblos dos temas que daban mucho que pensar. Dos temas que en realidad forman uno solo.

Un alcalde, un concejal o cualquier labrador, tras suspirar profundo, dejaba caer la frase:

—Esto de los analfabetos en el pueblo es una cosa que no nos lleva muy allá.

—Claro, a la postre, nos perjudica.

—¿Qué pensarán de nuestros «quintos» en los regimientos?

—¡Si tuviéramos una escuela!

—¡Si tuviéramos un maestro!...

El problema era claro; la solución también. Sólo faltaba que el Estado se comprometiera con la preocupación de los campesinos y la llevara a feliz término. Ciertamente, este proyecto de dotar a cada pueblo de una escuela no



Aula en uno de los nuevos Centros de enseñanza

pasaba de ser una utopía no hace mucho aún.

Allí estuvo la idea esperando, pronta a saltar como por milagro. Y como por milagro nace, despierta, se agiganta la gran noticia: España tendrá una escuela y un maestro para cada pueblo.

El 17 de julio del presente año vió la luz una ley por la que se autoriza una emisión de Deuda, por la cantidad total de 2.500 millones de pesetas, con destino a un plan quinquenal de construcciones escolares.

Esta ley, meticulosamente estudiada en todas sus facetas, es la coronación de una larga lista de disposiciones dictadas durante los últimos años, que reflejan una de las preocupaciones más intensas del Estado para resolver el problema de la Enseñanza Primaria, porque sin ella ningún principio político tiene valor real y cristiano si el sistema de vida y de organización permite que haya hombres sin un mínimo de cultura.

El problema, pues, con este ambicioso plan, se aborda sin sinuosidades, de cara, ampliamente y con una envergadura impresionante. Dos mil quinientos millones de pesetas sólo para construcciones escolares, y a éstos habrá que añadir seguramente igual cantidad con la que colaborarán las Juntas Provinciales.

En este mismo año se invertirán ya 300 millones de pesetas; en el próximo, 400; en 1958, 500; en 1959, 600, y, por último, en el año 1960 se rematará la obra con 700 millones de pesetas.

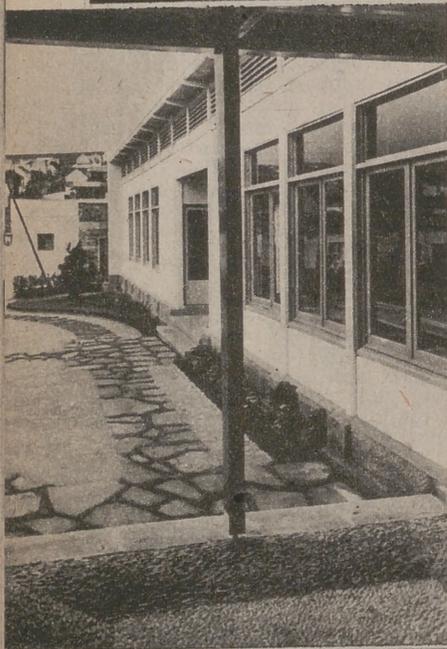
Y cuando todo este plan llegue a feliz término, tras un quinquenio feliz, ajetreado, trabajando a marchas forzadas, el sueño ancestral pasará a ser una realidad viva: Por toda la piel de España habrán nacido, en fabulosa procesión, en cadena milagrosa y apresurada, 25.000 nuevas escuelas.

UN PROBLEMA GENERAL

El problema del aumento de las necesidades de la Enseñanza Primaria no es, ni mucho menos, exclusivo de nuestro país. Incluso en las naciones de economía más fuerte y de técnica más adelantada se da la crisis de la Primera Enseñanza.



Grupo escolar construido en Tarifa



Detalle del nuevo grupo, de Algeciras

Leemos en la revista «The Atlantic» de septiembre de 1956 el estudio que sobre este tema realiza Mr. Oscar Handlin, profesor de la Universidad de Harvard, quien asegura que el número de escolares de las ocho primeras clases ha pasado en los Estados Unidos de veinte a treinta millones desde el curso 1945-46 al pasado de 1955-56.

Se asegura que es preciso construir en los Estados Unidos setecientas mil clases en cuatro años, y que hay que reclutar en este periodo otros setecientos cincuenta mil maestros.

Preciso es que hagamos notar el espejismo que se produce cuando se habla de los Estados Unidos respecto a los que existe la propensión a imaginarse solamente inmensas ciudades y grandes núcleos industriales. Existe también una Norteamérica rural formada por muchos millares de pequeñas aldeas y pueblos. A este grandioso número de pequeñas escuelas, contadas incluso no como edificios didácticos, sino por el número de clases o aulas, es al que se refieren de una manera básica las estadísticas norteamericanas que tenemos a la vista.

Y si la crisis de medios de enseñanza, maestros y escuelas primarias se manifiesta tan claramente en los Estados Unidos, imaginemos lo que ocurre en las grandes zonas económicamente mucho menos desarrolladas que existen en el mundo.

25.000 ESCUELAS EN CINCO AÑOS

El problema de la Enseñanza Primaria arrastraba un déficit muy importante desde hace mucho tiempo. Tomando simplemente la estadística de los maestros existente vemos que desde 1930 al momento actual solamente se ha duplicado la cifra. Esto, comparando el resultado con el incremento fabuloso experimentado en otras carreras, no deja de ser significativo.

Por otra parte, el aumento de la población española es considerable, y acogiéndonos al resultado que se obtuvo en 1950 en el Censo, con un porcentaje de habitantes en edad escolar que alcanzó el 20 por 100, es necesario abordar el problema que exige la creación de unas 1.820 escuelas por año solamente para atender las necesidades derivadas del aumento de la población.

Este hecho fué solucionado en parte al crear anualmente el Estado mil nuevas escuelas. Pero como el déficit de pasados lustros iba aumentando progresivamente, tras un estudio profundo pudo darse una cifra contundente

para remediar las necesidades de los pueblos. Y de aquí surgió esa cifra de 25.000 escuelas.

Con esta ley del 17 de julio, independiente por completo de la construcción de las otras mil escuelas, el «slogan» de que ningún pueblo español carecerá de escuelas no será sino el exacto reflejo de la realidad.

Una de las mayores dificultades encontradas en los intentos de resolver y fijar la Enseñanza Primaria consistía en la casa del maestro. Esto, en los pueblos, nunca es fácil, y aparte de lo que supone luchar contra las costumbres y los hábitos enraizados, el presupuesto que exigía la solución de este punto de habitabilidad del maestro alcanzaba cifras astronómicas.

En esta deuda de dos mil quinientos millones de pesetas para construcciones escolares va incluida automáticamente la casa del maestro.

Otra faceta interesante a este respecto es la perfecta coordinación entre el Estado y las Juntas Provinciales. En 1953 se llegó a la conclusión de que era necesario alimentar la iniciativa de las provincias y de los Ayuntamientos para que cooperaran a la obra de crear una Enseñanza Primaria justa y suficiente.

Ahora, el Estado concede carácter de cajas especiales a las Juntas Provinciales que funcionan de modo autónomo.

De esta manera cabe asegurar, sin optimismo ni exageración, que en el corto periodo de cinco años la escuela española alcanzará un lugar preeminente en la labor educativa y que el nivel intelectual medio sobrepasará todas las esperanzas. He aquí plasmada la mejor singladura de la nave cultural, que de rechazo resolverá el doloroso y angustioso problema del analfabetismo.

UN PROYECTO PARA CADA ESCUELA

Por lo que representa, la escuela está siempre unida al símbolo. Es el comienzo de la vida, los primeros pasos del esfuerzo para la superación. En las aulas de cincuenta alumnos el niño deletrea en la lectura de su primer libro y nace a la vida de cultivar la inteligencia. Allí tiene su inicial responsabilidad, allí piensa, razona, desentraña y fija ideas.

La escuela—despertar del hom-



Edificio para grupo escolar en Usera

bre—debe ser un edificio bello y agradable, acogedor e íntimo. Y por ello, en este plan de construcción de 25.000 escuelas, no podía faltar la aportación de los arquitectos. Y se ha convocado un concurso, con siete premios de 50.000 pesetas y otros siete de 20.000. El «slogan» podría definirse así: Un proyecto para cada escuela. Porque si bien es cierto que un factor esencial del plan es conseguir la mayor economía posible dentro del más alto grado de eficacia pedagógica, también se pretende evitar el empleo de principios generales que provoquen, dada nuestra variada y pintoresca geografía, disconformidad con las condiciones climatológicas, económicas y urbanísticas en el lugar donde se asiente el edificio. Es necesario, pues, lograr soluciones que satisfagan el triángulo de los aspectos funcional, económico y estético.

Hay un tope para el coste de cada proyecto: 100.000 pesetas. Pero en este intervalo, la imaginación del arquitecto puede encontrar bellas casas si realmente se inspira en la ternura de esa escuela rural, que parece, junto con la torre de la iglesia, el mejor augurio para conseguir esa Patria soñada por cada uno de los españoles.

Actualmente los pueblos de España nacen y se desparraman a la sombra de vistosos campanarios. Dentro de cinco años, en la visión huidiza al atravesar un pueblo, quedará también grabada en los ojos del viajero la estampa alegre y vistosa de la escuela rural.

«SE NECESITA UN MAESTRO»

De antiguo viene la frase que se refiere al sueldo escaso de los maestros y a sus dificultades económicas, en la mayor parte de los casos. Quizá hemos de remontarnos para encontrar la fuente de este ya medio refrán a los principios del año 1890.

En aquellos tiempos la Enseñanza Primaria era pagada por los Municipios, como lo fueron antaño todas las actividades que, al ser concebidas después como servicios públicos, pasaron a convertirse en atenciones del Estado.

Justo es decir que si a finales del siglo la figura del maestro hallaba su caricatura económica en los sainetes, el hecho estaba un tanto justificado. Baste citar la cifra que los Ayuntamientos adeudaban a los maestros en 1900: Más de nueve millones de pesetas. Como por entonces existían unos 22.000 maestros, el promedio de adeudo a cada uno era de 400 pesetas, un verdadero capital en aquel tiempo.

Si algo necesita hoy una luz vivísima para ser proyectado a los cuatro puntos cardinales de la Patria es el cambio total del maestro en lo que respecta a las condiciones económicas.

La nueva dotación habla por sí sola y desmiente de una vez para siempre el mito del maestro y su pobreza. Del sueldo medio anterior, 14.400 pesetas, se ha llegado a la cifra de 22.000 pesetas anuales, sin tener en cuenta todos los derechos que a cada uno les corresponden y que en muchos casos doblan la cantidad fija men-



Jugando las niñas también aprenden

cionada. A todo esto debe unirse la vivienda, absolutamente gratuita. Y la posibilidad, siempre positiva, de las clases de adultos tras las seis horas reglamentarias de clase primaria.

Existen además muchas razones de índole humana que hacen sugestiva la carrera de maestro. Este, en un pueblo, es el portavoz del alma campesina. La pulcra perfecciona poco a poco, día a día, en un constante observarla y enraizarla en sus cualidades aprovechables y eternas.

Un maestro no puede cambiar un pueblo, pero sí puede cambiar una generación; sí puede conseguir que, al cabo de los años, el mismo lugar tenga otro ritmo, otras dimensiones culturales, que son las que, unidas al tema religioso, marcan la pauta y los hitos del progreso y de la civilización.

Este ambicioso plan estatal lleva anejo el conseguir 25.000 maestros en cinco años. Actualmente terminan al año unos 4.000 maestros, de los cuales ninguno queda sin trabajo, porque se sumergen en el campo de las escuelas y de las oposiciones.

Se necesita, por lo tanto, un incremento intenso en los cami-



Esta niña muestra su interés a la maestra

nos que llevan al Magisterio. Se conseguirá, sin duda alguna. Y habrá, no cabe duda, una promoción gigantesca de 25.000 maestros, porque las escuelas, con su cara nueva y no estrenada, esperan. Esperan allá, escalando los riscos o tumbadas bajo el sol en la llanada. Como un símbolo de ternura petrificada.



EL DECIMO DE LOTERIA

NOVELA por Antonio RIVERA LOSADA

NADIE sabe cómo, pero lo cierto fué que a Ricardo Laguna empezó a metérsele en la cabeza que iba a tocarle la lotería. Ni él mismo sabía explicarse con claridad el motivo de tal absurdo presentimiento; en otras ocasiones, cuando le había ocurrido algo semejante, le era fácil rastrear después en su pensamiento la causa más o menos concreta de sus suposiciones; alguna que otra vez, por ejemplo, presentía que le iban a despedir de la oficina, pero casi siempre veniale esto a su imaginación a consecuencia de una reprimenda de sus jefes, o simplemente, de haber sorprendido en ellos una sonrisa un tanto ambigua o un especial tonillo en su voz. En cambio, en el caso que nos trae a cuento, todo el tinglado imaginativo que se armó en su cabeza fué de un modo absolutamente gratuito, como suele decirse. Por eso él se volvía loco, pasado ya todo el barullo, al tener que dar explicaciones. Al día siguiente del sorteo, se vió y no se deseó, igual que un perro tundado, allí en la silla de su puesto de trabajo, blanco dialéctico del personal de la oficina. Don Enrique, el gerente, era el que parecía estar de más mala... uva.

—Pero, ¡vamos, vamos!... Serénese, serénese y no se atropelle—y, sin dejarle reaccionar, con sus ojos iracundos tras de las gafas, seguía don Enrique soltando palabras casi balbucientes, cargadas de irritación y cólera, que iban a rebotar en el rostro palidecido, insomne, de Ricardo Laguna—. ¿Por qué diablos se le metió esa idea de que le iba a tocar el gordo de la lotería? ¿A santo de qué?... Vamos a ver: ¡explíquese! ¡Canastos!... Por lo me-

nos, comprenderá usted que tenemos derecho a pedir explicaciones? ¿Estamos?

—Sí, señor... Mire usted, don Enrique, es que yo...

—Déjese de preámbulos y vamos al asunto: ¿en qué se fundamentó usted?... ¡A ver, pronto!

Por momentos, a los oídos de Ricardo empezaron a llegar sin sentido las frases de su interlocutor, como si procediesen de una voz lejana de la cual él sólo percibiera el eco. Ya había tenido que aguantar durante un buen rato a sus compañeros las mismas preguntas en un tono más o menos airado, y, ahora, esta machacona insistencia por parte de don Enrique fatigábale extraordinariamente su atención y sus nervios. «Si me dejaran hablar —pensó—. Pero, ¿qué iría yo a decirles? ¿Cómo voy a convencerles si ni yo mismo sé el porqué se me metió aquello en la cabeza?»

A ráfagas, sólo a cortísimas ráfagas, oía algo de lo que decía don Enrique, cada vez más vocinglero y gesticulante.

—¡Y yo que había depositado mi confianza en usted!... ¡Vaya con el mosca!... («¡Qué raro, nunca me había dado cuenta!, este don Enrique tiene cara de sapo; no quiero decir que parezca un sapo, pero sí que tiene un remoto parecido. Bueno, no tan remoto. Hasta su panza es sapuna.») Estuvo a punto de reirse de su ocurrencia. («Buena la hacía si llegase a reírme; serían capaces de abofetearme. Esto ya me empieza a fastidiar. Me duele la nuca, ¡ay!, y hasta el trasero. Claro, tanto tiempo incrustado entre la mesa y la silla. Pero no puedo moverme, ¡ni hablar! Caras por aquí, caras por allá...; parece que todos quieren comerme. Y pensar que la culpa de todo la tuvo aquella vieja...»)

Pocos días habían pasado desde aquel en que a la vieja se le había ocurrido poner el décimo de lotería delante de los ojos de Ricardo, muy pocos, mas pródigos en acontecimientos que, de todos modos vinieron a llenar durante una semana su vulgar existencia, sacudiéndole violentamente de la horrorosa rutina en que estaba encajonada su vida una vida ni alegre ni triste; anodina; desesperanzada; sencillamente, sin proyectos. Tenía cerca de los treinta años, y hacía ya unos cuantos que su vivir transcurría como un río siempre por el mismo cauce, un río al que ni siquiera le quedase el consuelo de aumentar su caudal por las lluvias invernales, para correr, desbordado, un poco a campo traviesa, hacia el mar. Se sabía de memoria el famoso poema de Jorge Manrique, ver-

so que paladeaba mentalmente en sus soliloquios, extraordinariamente seducido por esa imagen fluvial de la existencia humana.

Y Ricardo Laguna se decía:

«Sí, mi vida es

un río pero de aguas prisioneras en un canal de cemento». A veces, había intentado rebelarse contra este concepto estéril que se había formado de su vida, incrustado muy hondo en su espíritu seguramente a partir de algún momento grave de desaliento, y entonces poblaba su cabeza de ilusionados proyectos tejidos en torno a su porvenir. Pero muy poco duraban sus optimismos, tan poco que ni siquiera le daba tiempo para poner en práctica alguna de sus ideas destinadas a modificar las circunstancias que le rodeaban. De seguida, la realidad, como un muro infranqueable, se le imponía otra vez a su pensamiento; y la realidad en cuyo seno se encontraba era un horizonte estrecho, de posibilidades escasas y previstas: la oficina. La oficina, su oficina, era el mundo donde estaba enmarcado su porvenir, un porvenir sin margen alguno a la aventura, al azar a lo imprevisible. Y cuando se ponía a pensar en esto, una desazón infinita le embargaba. ¡Qué lejos estaban sus sueños de chaval y de adolescente, en que a fe ciegas creía que la vida era algo así como un odre repleto de sorpresas! Un día, muy pequeño aún, pero él lo recordaba con esa maravillosa presencia que tienen en la memoria muchas impresiones infantiles, oyó a su padre decir:

—Sí, Concha, no le des vueltas, es necesario por los chicos. Hay que marcharse de aquí. En provincias es muy difícil todo: no hay campo para nada. Y los chicos creen que es un gusto. Poco está hecho un mocetón vamos... que si uno se descuida, pronto va a salirle barba...

—¿Qué dices?... ¿Que va a salirle barba a nuestro Paquito? ¡No digas!... Con lo crío que es aún, estaría muy feo. Que tanta barba cuando sea un hombre hecho y derecho, bueno, pero ahora... ¡Qué pena, Señor, qué pena!...

—Que te dé pena o no te dé pena, la barba le sale como dos y dos son cuatro. ¿No ves que está empezando a convertirse en hombre? Le sale, naturalmente..., pues también me ha salido a mí a su edad, a mi padre, a ti..., bueno, ¡caramba!, quise decir: a tu padre; y, en fin, a todos les sale barba cuando se está en edad de... eso, de la barba.

—No..., sí..., tienes razón; pero, a la verdad, aún no había pensado en eso. Menos mal que no le saldrá toda de golpe, digo yo. ¡Ojalá! vaya saliéndole poquito a poquito, para así irme yo acostumbrando.

—Pues sí, Concha, si tenemos que marcharnos. Y pronto. Mañana mismo voy a solicitar traslado para la capital. Allí sí que hay ambiente para los hijos. Tiene campo. ¡mucho campo!...

Ricardito, al oír esto de que la ciudad adonde iban a fijar su nueva residencia «tenía mucho campo», se la imaginó una población perdida en un campo muy verde inmenso como el mar. Y se puso contento, al recordarse de una temporada que había pasado con una tía suya en un pueblecito de la montaña en medio de árboles y campos de inusitado verdor, regados por un riachuelo, a ratos manso y, en otros, despeñado en torrencera de espuma lo mismito como esas cascadas de mentira que hay en los belenes. «En el campo hay grillos —pensaba— y mariposas y caballitos del diablo y pájaros, muchos pájaros...» Y aquella noche se quedó dormido pensando en todo esto, adormilado en un recuerdo de canciones que entonan los zagales al regresar del pastoreo en el dulzón tirtineo de la esquila, en la monocorde canturía del regato y en el ruido del viento que suavemente despeina la verde cabellera de los pinos.

Allá en la ciudad, en la ciudad grande adonde se marchó a vivir con su familia, el campo de sus juegos de niñez fué el suelo terrizo de los solares próximos a su casa. Claro, Ricardito llevóse una decepción porque desconocía el sentido de la metáfora utilizada por su padre.

En la ciudad creció, fumó clandestinamente los primeros «rubios» y aprendió, además, algunos otros pecadillos juveniles. También se enamoró de la hija de la portera, con quien pasaba bien el rato cuando podía llevarla a una sesión continua en el cine de su barrio. Cursó el Bachillerato. Y empezó a trabajar.

Un amigo de su padre empleó a Ricardo en Hades S. L. entidad comercial que abarcaba diversas clases del seguro privado pero su especialidad consistía en el seguro de vida. Ricardo Laguna entró de meritorio durante dos meses, pasados los cuales pasó a nómina en condición de auxiliar de oficina. Su padre le decía:

—Mira, hijo, procura no perder ni tiempo, que estás en muy buena edad para aprovecharlo. Después de salir de la oficina, nada de quedarse por ahí haciendo el gamberro. A casita, a estudiar las materias que te hagan falta para que puedas ir ascendiendo de puesto. El hombre que se abandona, no llega nunca a nada.

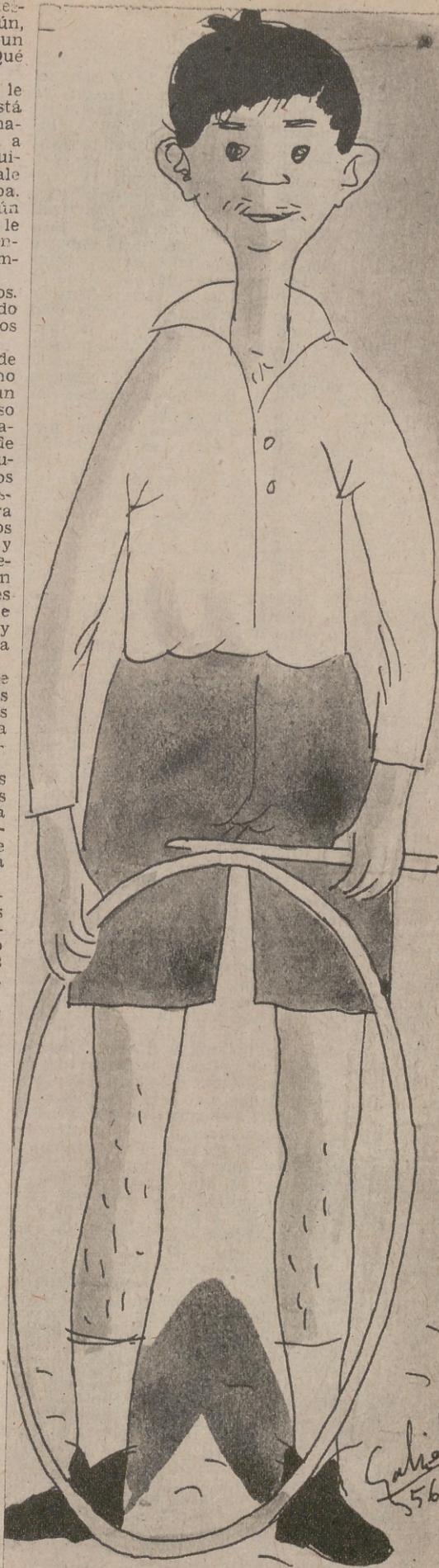
—Sí, papá, así pienso hacer.

—Para divertirse, después; pero primero hay que situarse y hacerse una posición.

—Oye papá, ¿qué te parece si me matriculo en unos cursos por correspondencia de esta Academia Internacional que viene anunciada aquí en el periódico?

—De perlas, hijo mío, de perlas. Al hombre que sabe, siempre se le abren las puertas.

Tardó poco en fallecer, a consecuencia de una embolia, don Francisco Laguna, a la verdad, un «probo funcionario»—tal rezó la esquela que sus compañeros le dedicaron—y de la buena estirpe de progenitores ejemplares. Su viuda doña Concha —que nunca se había acostumbrado a vivir a su gusto en la ciudad—, tan pronto arregló los trámites necesarios para empezar a cobrar su pensión de viudez, se marchó a vivir al pueblo donde estaba su hijo Paco, a la sazón casado con una señorita algo mayor que él, pero huérfana por ambos lados y propietaria de unos molinos de aceite. Y Ricardo, con sus diecinueve años a cuestas y una alforja de ilusiones de un peso inversamente proporcionado a su edad, se quedó en la capital. «Estoy dispuesto a luchar»—decía en sus adentros— para no tener que buscar como el cobardica de mi hermano la solución de mi vida en el matrimo-



nio. Eso es indigno; cuando yo me case lo haré enamorado. ¡No faltaría más! ¿Voy a hipotecar por dinero mi libertad y mi derecho al amor?

Y casi con verdadera rabia se dedicó a preparar aquellos temas que, periódicamente, le enviaba el centro de estudios por correspondencia en que se había matriculado. Cuando terminó los estudios de Contabilidad, cuyo justificante consistía en un diploma de orla muy bonita que le remitió la Academia, sin pensarlo mucho se matriculó en otra especialidad: Correspondencia comercial. Y, después en otra y en otra y así hasta obtener ocho diplomas, que, enmarcados en barrocas molduras, colgó en las paredes de su dormitorio. «Sí; para llegar a un puesto directivo es necesario conocer a la perfección todas las tareas subalternas.» Pero entonces se dió cuenta de una cosa que, dado lo enfascado que estuvo durante el tiempo que le llevó preparar las ocho especialidades, de la cual no se había apercibido: en Hades, S. L., la casa de Seguros donde trabajaba, no había más puestos directivos que dos el de gerente y el de director técnico, cuales cargos usufructuaban don Enrique Castelgiron y don Fortunato Olmeda, ambos, los dueños y únicos componentes de la Sociedad. El resto del personal lo formaba el contable una mecanógrafa, cuatro oficinistas más que, como a Ricardo les llamaban oficiales primeros y un botones, un muchacho de catorce años, natural de un pueblecito del Sur, por cierto muy dicharachero y simpático, cuya alegre despreocupación aireaba el ambiente de aquella oficina sin sol, pequeña, infecta, en la cual a veces flotaba un vago e impreco asomo de melancolía.

Ricardo Laguna lleva ya un buen rato en el café, un café pequeño y antiguo de divanes raídos de peluche de no se sabe qué primitivo color, y paredes cubiertas de espejo, y un grandullón reloj redondo que, de gruesas cadenas pintadas de purpurina dorada, pende del techo, para cuya esfera mira de vez en cuando. Pero no, no está pendiente de ninguna citá. Tal vez en otro tiempo se haya dado cita con la vida, con una vida pletórica entrevista en sueños; ahora ya no. Y allí va al café, después de salir de la oficina, a leer el periódico de la tarde.

Como siempre, hoy, busca con afán las noticias internacionales. «¡Qué asco!, nunca pasa nada importante. La guerra no estalla ni a la de tres. De patillos volantes, ya no se habla. A lo mejor era un cuento.»

Siente un ramalazo de frío que acaba de entrar de la calle al abrirse la puerta. Alguien ha debido de penetrar en el local.

—¿Un decimito, señorito?...

—¡No!—contesta rotundo.

—No se ponga así, señorito—amonesta melifluamente una viejita retaca de ojos vivaces que se ha puesto delante de él, blandiendo el décimo hasta casi pasárselo por los hocicos—. A lo mejor está aquí su suerte...

El gesto expresivo de Laguna la invita a seguir con la misma o parecida cantinela por otras mesas.

—¿Qué vieja más molestona! Estos vendedores ambulantes, sean de lo que sean, son la gente más latora que existe. Bueno, los chicos de los periódicos, no, esos no son nada pesados; al contrario, siempre parece que tienen prisa; y la tienen, claro, para encontrar nuevos clientes. Ahora le están dando la taberna a la parejita. ¿Cuándo se casarán... Ya no son ningunos crios; ella debe de rán?... Ya no son ningunos crios; ella debe de

Se echa hacia atrás hasta sentir el contacto frío del espejo en su cabeza y mira con los ojos algo entornados a la pareja de novios que, al parecer, distraen un poco su aburrimiento dándole palique a la vieja de la lotería. Mas los novios, la vieja, todo el café, en un instante se ausentan, vuelven al momento, pero ya son figuras lejanas que hablan, gesticulan por detrás de otras imágenes vivas, presentes en la memoria de Ricardo: María Victoria está allí, sentada a su lado, pero no en el café. Es en un banco del parque. Su pelo es el mismo: sedoso, suelto; sus manos son las mismas: cálidas. Y su olor, ese olor que sólo un enamorado sabe distinguir y separar de todos los olores que llenan el aire del parque en el mes de abril, es un olor único, de ella, de María Victoria. Pero su voz es distinta, más opaca que la de otras tardes.

—Sé realista, Ricardo. Así no vamos a estar toda la vida. Los años pasan. ¿Vamos a convertirnos en esos novios que se ven por ahí día tras día año tras año, paseando su ridiculez por los mismos sitios?...

—No, eso no; me horroriza el ridículo.

—Pues, chico, a eso parece que estamos haciendo oposiciones.

—Pero María Victoria, piensa un poco, mujer. Don Enrique me ha ofrecido, tan pronto se presente una oportunidad, nombrarme agente. Esto ya será otra cosa. Mira, te explicaré: yo, en la oficina, aunque me esmere a trabajar, aunque ponga mis cinco sentidos, es lo mismo: cobraré igual; de agente, en cambio, tantas pólizas has logrado hacer al mes, tanto ganas. Y a mí no me da miedo ninguno obtener un buen sueldo de agente de Seguros. Tengo buena presencia, ciertas maneras, conocimientos... Quisiera Costales tener mis posibilidades, cambiarse por mí, y él es el agente de la casa que más pólizas cubre. ¿Sabes cuánto cobró de comisiones el mes pasado—aparte los gastos, claro, pues Hades les paga dietas—?... ¿Sabes cuánto?...

María Victoria, en aquel momento se distraía haciendo pequeños círculos en la tierra con un palito.

—Di una cantidad; ¿a ver?...

—¿Cómo voy a saber?...

—Una, una cualquiera.

—¿Diez mil pesetas?...

Los ojos de Ricardo, al oír esto, apagaron un poco su brillo y el tono de su voz adquirió un velado tinte de amargor:

—Mujer, no tanto. Eso sería una exageración.

—Como me dijiste que soltase una cantidad cualquiera...

—Sí, pero... una cosa proporcionada. Fueron tres mil setecientas pesetas. No creo que esté mal. Date cuenta que Costales...

—Sí..., que no tiene tu presencia ni tus conocimientos..., ni...

—Pues claro que sí. La presencia, que es lo primero que impresiona a las gentes, es siempre el factor más importante en estos casos.

—Pero, oye, Ricardo, ¿cuánto tiempo hace que me vienes diciendo eso de que te vas a ir de agente de seguros por los pueblos, que si don Enrique te dijo esto..., que si te dijo lo otro?... Casi desde que nos conocimos. A mí me parece que don Enrique te engaña. Yo, a la verdad, cuando nos hicimos novios me pareciste un hombre importante. Un hombre preparado, un hombre a quien la vida no le daba miedo.

—¡Y no me da miedo la vida, te aseguro que no! Es que..., no sé... María Victoria, es tan difícil entender la vida. Cuando a veces pienso que otros que valen menos que yo...

—Sí, eso mismo pienso yo a veces: que si tuviera menos conocimientos..., ¡quién sabe!... Estoy segura que los demás piensan menos que tú las cosas. Oye, ¿dijo ella de pronto como si acabara de surgirle una idea clave—. ¿Por qué no pones un negocio?...

—¿Un negocio?... ¿De qué?

—Pues un negocio de lo que tú entiendas, de seguros, por ejemplo.

—¿De seguros? Pero, ¿y el dinero? ¿De dónde voy a sacar el dinero?

—Tienes amigos. Y hay muchas personas ricas que si saben que pueden tener ganancias considerables y seguras.

—Eso de los seguros..., en fin, no creas que es un negocio muy seguro. Hay otros mejores.

—Pues, hijo, piénsalo y espabilate. Comprenderás que así no vamos a continuar eternamente. Yo no tengo vocación de «amante de Teruel». Yo de lo que tengo vocación...

Ricardo, casi en ascuas, no le dejó terminar la frase.

—¿De qué, de qué tienes vocación?

Con toda el alma, lo dijo con esa sinceridad absoluta con que se dicen algunas cosas largamente acariciadas en el pensamiento, con ese tono expresivo de un deseo escondido y viejo:

—Tengo vocación de hogar. Yo lo que quiero es zurrirme calcetines.

—¿Zurrirme los calcetines? ¿Es posible? Pero, Viti, ¿cómo no me habías dicho eso antes? Siendo eso tan fácil. Casualmente tengo...

Pero Ricardo Laguna no continuó al ver humedecerse los ojos oscuros de María Victoria en un agua transparente, brillante, que empezó a rodar, redonda por el borde de su graciosa nariz respingoncilla...

La aguja minutería del reloj del café avanza con intermitencias, a pequeños saltos. Ricardo, con frecuencia se entretiene viendo estos impulsos asmáticos de la flecha metálica. A veces dice: «Aho-

ra, ahora mismo va a dar el salto; antes de cinco segundos.» Y espera anhelante llevando la cuenta por sus pulmones. Pero, unas veces acierta y otras se equivoca. Allí, en el café, los minutos pasan lentos—para él—; mira y remira el reloj, esperando la llegada de las diez menos cuarto, pues a esa hora se cena en su pensión y el cuarto lo consume en el trayecto, andando, como es su habitual costumbre.

Pasan cuatro minutos. La vieja, a pesar de su cháchara, no ha conseguido colocar ningún décimo a la pareja; la novia parece que tenía ganas. Pero él se hizo el remolón. La vendedora de lotería, después de un intento inútil por las otras mesas, se marcha, arrastrando los pies con parsimonia, al ir a salir, haciéndose la distraída, pone un instante el décimo delante de los ojos de Ricardo. Ella ya sabe que esto alguna vez puede dar resultado; los números negros se destacan sobre el blanco del papel. Y pueden grabarse en las imaginaciones enfiebreceadas estos números negros, como unos trozos de metal que se clavaran en el cráneo. Ella tiene un compinche de oficio que usa el truco de dejar caer, sin perderlo de vista, claro, el billete de lotería a los pies de alguien; el que lo recoge para entregárselo al vejete vendedor, con frecuencia siente una turbación extraña: la suerte puede estar allí, en aquel papelito que la casualidad ha traído a sus manos, y, ¡por si acaso!, termina adquiriéndolo, pues unas pesetillas más o unas pesetillas menos en la cartera no van a ninguna parte, ¡qué caramba!...

Ricardo, tan pronto salió del café la vieja, comenzó a sentir desasosiego. Las cifras le bailaban en su cabeza. Un 17.148 se le había quedado allí dentro, en su sesera, impidiéndole coordinar otros pensamientos. «A lo mejor está aquí su suerte»: estas palabras de la anciana también seguían vibrando en el tímpano de su imaginación, sonando de una manera cada vez más desconcertante, pareciéndose meter muy hondo en los entresijos de su espíritu como si la frase fuera un dardo dirigido a ese almacén donde los hombres amontonan los proyectos y sueños que no han podido ser realizados. No lo pensó más. Miró en la cartera; tenía cuarenta y dos pesetas, lo destinado para sus gastos de aquellos últimos días del mes.

En la calle no vio a la vieja. La vendedora de tabaco de la esquina próxima tampoco la había visto, pero le indicó a Ricardo que seguramente podría encontrarla en alguno de los cafés de la misma calle. Así fué: estaba tomando un café con leche en el mostrador mientras parlotaba con el mozo de la cafetera.

Sin sorprenderse, le recibió con una sonrisa.

—Treinta pesetas y la voluntad.

Ricardo le dió un duro de propina. Quizá aquello le diese suerte—pensó—, y después de embullandarse bien, paso a pasito, se dispuso a caminar hacia la pensión.

Compró un pitillo de «ideales» a la cerillera de la esquina. «Tendré que restringirme estos días en los gastos—se dijo—. Quizá haya hecho una tontería en comprar el décimo. ¡Bah, son tantos los que juegan!... Pero, bueno, a la verdad, a alguien tiene que tocarle y, ¡por qué no puedo ser yo uno de esos?»

Serían cerca de las diez. A aquellas horas, la calle en donde acababa de desembocar era un hervidero de gente; para no exponerse a los tropezones tiró por la derecha; entre chupada y chuda al pitillo, para hacer tiempo se detenía en los escaparates. «¡Por eso de qué pequeñas cosas está hecha la felicidad!... Yo creo que sería feliz si me dejaran escoger una sola cosa de cada uno de los escaparates de esta calle. Bueno... toda no; es necesario alguien para poder compartir nuestra felicidad. Una mujercita cariñosa, que nos comprenda, a la que podamos besar sin preocuparnos del guardia y que, al salir a la calle, nos vea a ver si llevamos bien hecho el nudo de la corbata.» Pensando en esto sintió unas suaves manos de mujer tocándole en el cuello. Tal vez fuese el recuerdo, lejano ya, de los tiempos de noviazgo con María Victoria.

—No, María Victoria no podía ser mi mujer ideal. Era... demasiado materialista; bueno, quizá ese no sea el calificativo apropiado, pero... no sé... era sensata, excesivamente sensata. Yo pienso que un exceso de sensatez termina matando al amor. Fué mejor que todo ocurriera como ocurrió. Hoy no le guardo rencor. ¿Será feliz con ese marido con cuello de becerro? ¿No se acordará de mí alguna vez pensando en eso de «lo que pudo haber sido y no fué»? ¡Por eso la vida, cómo es la vida!

Tiró al suelo la colilla del «ideal». Se encontró delante del escaparate de la agencia de viajes.

—Pues no me parece nada caro el viaje a El Cairo en avión. ¿Cuatro mil pesetas? Pues, no, no es nada caro. ¡Vamos, para quien disponga de ese dinero, claro está!

Un vivo deseo de marcharse, de emprender viaje a algún sitio, de encontrarse en cualquier país lejano, de momento le embargó. Manila, Calcuta, Bombay, Melbourne; aquellos nombres de lugares remotos que tenía ahora ante su vista en el letrero encristalado de la agencia hacían bailar dentro de su espíritu una multitud de nostalgias nacidas al calor de la lectura de novelas de ambientes exóticos o de los relatos de viajes publicados en las revistas. Y estas añoranzas dormidas hacían presa ahora en su imaginación con una luz vivida, causando algo así como un cosquilleo vagamente doloroso en su alma.

—¡Si me tocara la lotería!... Si me tocara en el «gordo», lo primero que haría era emprender viaje. De momento, me iría a El Cairo; sin esperar nada, al otro día, tan pronto cobrase el premio. Bueno... tan rápido no podría ser, porque habría que preparar los pasaportes y todo eso...

Cruzó los rectángulos de luz que el café Savoy proyectaba en la acera, al tiempo de mirar, como siempre que pasaba por allí, hacia el interior, donde se veían animadas tertulias de rentistas y gentes de negocios. A él le habían dicho que en este café a veces se realizaban operaciones comerciales en las que entraban en juego varios millones de pesetas; que la fortuna de muchos y hasta la ruina de alguno se había ventilado encima de las mesitas ochavadas del Savoy.

—Se debe de estar muy bien ahí dentro, calentito. Además, esos señores—se refleja en su cara y hasta en la postura—tienen aspecto de gentes felices; tendrán sus preocupaciones, claro; pero, ¡qué bien se deben de llevar las preocupaciones cuando se fuman habanos legítimos!...

Por un momento, Ricardo sintió deseos de entrar en el café y tomar contacto con aquellos señores que se repantigaban en los sofás, para exponerles la idea de algún lucrativo negocio de los muchos que siempre poblaban su magín.

—No me harían caso, estoy seguro. Me dirían: «Así que usted se llama don Perico de los Palotes, consiéndolo su profesión en rellenar recibos en una casa de seguros que desde hace diez años languideciendo como una adolescente tuberculosa? Pues muy bien: siga usted cubriendo recibos y cuando tenga una fuerte cuenta corriente en el Banco, venga por aquí y con mucho gusto le atenderemos. Puede ser, entonces, que sus ideas nos merezcan confianza.»

Iba a reírse de lo que le había venido a su imaginación, pero se contuvo al darse cuenta que estaba en la calle, una calle intensamente iluminada, repleta de gente. Su mano, metida en el bolsillo del abrigo, sintió el contacto de un papel: era el décimo de lotería que unos minutos antes había comprado a la vieja. El corazón de Ricardo Laguna empezó a latir con más fuerza y su paso fué más ligero. Pronto se puso en la casa donde se hospedaba. Al subir las escaleras su sangre parecía circular más a prisa como impulsada por



unas ráfagas de optimismo que brotasen en un mundo misterioso, íntimo, de su ser. Aquel tieso papel que apretaba en su mano tenía la virtud de haber conjurado todas sus pesadumbres: por treinta pesetas acababa de adquirir una buena parcela de esperanza, ocho días de plazo más para sumergirse en las aguas maravillosas de los sueños.

Al otro día se levantó con la cabeza algo abombada. Había soñado mucho; sin embargo, apenas recordaba con claridad ninguno de sus sueños. Sólo uno, uno extraño, que le hizo despertar lleno de una indecible angustia ya bien entrado el amanecer, se perfilaba ahora en su mente:

«Estaba en un pequeño establecimiento de instrumentos musicales que había en la misma calle donde vivía. El debía de ser el dueño, pues se encontraba solo, cuando entró en el comercio una señorita con la cabeza cubierta por un velo negro que le preguntó si tenía «Stradivarius». Ricardo amontonó entonces unos cajones para cogerle un violín de esta clase, el único que poseía, escondido en un hueco de la pared cercana al techo. Al tenerlo en la mano, aquella señorita del velo—que era María Victoria—le dijo: «Ten cuidado, no te vayas a caer.» Ricardo, al oír esto, se dió cuenta que los cajones sobre los cuales se sostenía, empezaron a venirse abajo con estrépito.

—¡Ricardo, Ricardo, que te caes!—le gritó María Victoria.

—No te preocupes, para estos casos tengo unas argollas a mano sujetas aquí en el techo. Ves—le repuso sonriente, colgándose de las argollas y zarrandeándose como si estuviera en el circo.

—¡Ricardo, Ricardo, mira, mira para arriba!...—exclamó angustiada María Victoria mientras ocultaba su rostro con las manos.

Ricardo miró hacia arriba, quedando horrorizado: las argollas pendían del vacío. El techo no existía. Era el cielo, un cielo inmenso cuajado de estrellitas fulgurantes. Y empezó a caer, pero nunca llegaba al suelo. Hasta que despertó.»

—¡Qué sueño, qué sueño más raro...! Además, yo no me explico por qué me aparece tantas veces en los sueños la imagen de María Victoria. ¡Si yo creo que ya no le guardo ningún afecto! Aquello ya pasó, hoy está casada, así que... nada. Otras mujeres podrán interesarme más.

En el lavabo, con el agua fría, se despejó completamente la pesadez que sentía en su cabeza. De pronto vino a su recuerdo lo de anoche, lo de la lotería, y, con paso decidido y tarareando una canción, entró en el comedor a desayunar.

En el comedor estaba Trini, una viuda cincuentona y jaranera que se sostenía con la pensión que le había quedado por su marido empleado en las oficinas del cementerio de la ciudad. Trini disponía de una habitación con derecho a cocina en la casa de huéspedes. Con frecuencia, los otros pupilos embromaban a Ricardo con la viuda, que, ni corta ni perezosa, seguía bien el hilo de las bromas urdidas. Sin embargo, un día que los huéspedes más jóvenes pasaron un poco de rosca el tono, cambiando el pijama de Laguna por el camión de Trini, prendas que aparecieron bajo los almohadones de las camas de ambos, la viuda se alteró, llamándoles «indecentes y poco finos» y que las bromas podían tolerarse cuando tenían gracia, pero no si pecaban de chabacanería. Mas todos se rieron de lo sucedido, sobre todo la criada, de carcajadas muy fáciles y ruidosas, que con esto tuvo tema para varios días.

—¡Caramba, Laguna! Muy alegre anda el tiempo, ¿eh? Es que hay alguna paga extraordinaria en perspectiva?... Si la hay, no se vaya a olvidar de lo que, desde hace unos meses, me tiene prometido: ya lo sabe, al cine, pero a un extremo.

—Sí, Trini, sí; la llevaré al cine y hasta a la ópera.

—¡Vaya! ¿Y cuándo va a ser eso?

—¡Quién sabe! A lo mejor dentro de unos días. «Esta Trini es una infeliz—añadía en sus adentros—. Si me toca la lotería, antes de marcharme de viaje, la convido a cenar al restaurante; también ella tiene derecho a unas horas de felicidad.

Desayunó rápidamente y se puso en la calle para tomar el Metro. Aunque la mañana estaba muy fría, él apenas lo sentía, pues algo le caldeaba dentro, llenándole su ánimo de esperanzado optimismo.

En la oficina sólo se hallaba el botones.

—Hace frío, ¿eh, señor Laguna?

—Pchs... regular.

—Dice usted que «regular». Pues ¡vaya que si llega a hacerlo! nos helamos todos.



—Tú no haces prueba, chico; no olvides que eres del Sur.

—¡Caramba! pues a mí me parece que hoy hace frío para los del Sur y para los del Norte.

—Apreciaciones tuyas nada más. Anda, chaval, veme por el periódico.

Cuando llegaron los demás empleados de Hades, S. L., encontraron a Ricardo todo enfocado en mirar la página financiera del periódico. «Si me toca—pensaba solamente en el «gordo», pues los otros premios para sus proyectos no contaban—serán cuarenta y cinco mil duros, y con parte de este dinero dedicándolo a jugadas de bolsa, tranquilamente podré vivir.» Esta posibilidad entraba en sus cálculos porque había oído hablar en cierta ocasión de un individuo que solamente con diez mil duros bien manejados en la compra y venta de valores obtenía unas entradas al año de más de quince mil pesetas. «Claro que tendré que empollarme en estos asuntos, pero no me asusta; estoy seguro que lo que ese fulano pueda hacer, lo haré yo, y tal vez mejor.»

El contable, hombre larguirucho de cincuenta años, le espetó con ironía:

—Conque usted, Laguna, es el capitalista de la oficina y sin decirnos nada.

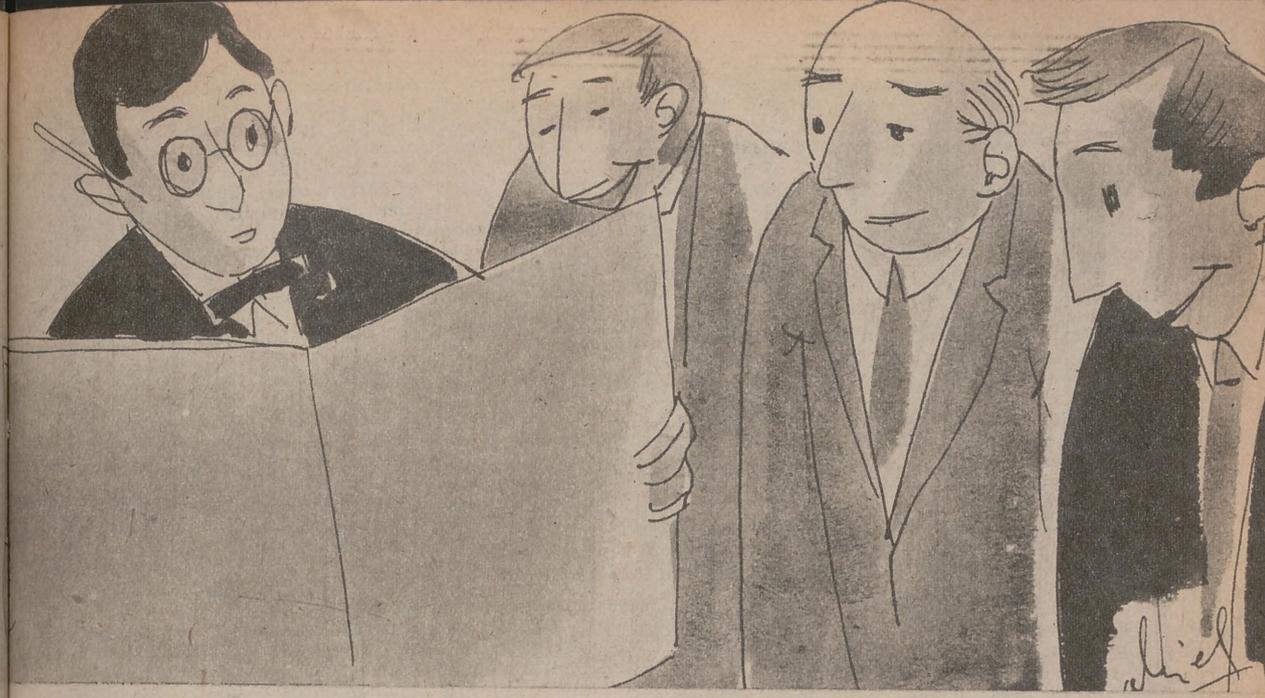
Ricardo, al momento no comprendió claramente lo que le decía el contable, pero se quedó algo turbado.

—¡Hombre, como le veo ojeando la reseña de las cotizaciones de Bolsa, me inclino a pensar que le moverá algún interés. ¿O tiene pendiente el cobro de alguna herencia en acciones?...

—No...; es simplemente por curiosidad—contestó al mismo tiempo que doblaba el periódico y se disponía seguidamente a su faena.

Lo de todos los días. Rellenar recibos y recibos; algunas veces tenía que escribir cartas a los asegurados que se retrasaban en el pago y esto hacíalo con satisfacción, pues era un medio de romper un poco su cotidiana rutina. Claro que apenas ponía el pensamiento en lo que hacía; no lo necesitaba, lo mismo que andamos sin tener que dirigir conscientemente nuestros pasos, Ricardo consultaba el fichero de direcciones y escribía durante ocho horas diarias pensando en otra cosa distinta de lo que estaba delante de sus ojos.

Y aquella mañana, una idea, algo que se le iba metiendo dentro de una manera obsesiva, fué cada vez más fuerte, acaparándole por momentos hasta ese mínimo de atención que destinaba a sus trabajos: la lotería. La idea de ser premiado con una participación en el «gordo», adquiriendo por este medio cuarenta y cinco mil duros, que bailaban en su cabeza con su rastro de —para él— inmensas posibilidades, se le introducía poco a poco en su ser. Todo ayudaba a su imaginación para ello. Todo lo barajaba Ricardo tratando de desentrañarle el oscuro significado augural hasta al suceso más nimio. Pero nada concreto para agarrarse, sólo un estado de ánimo indefinible que ¡sabe Dios qué lenguaje hablaba a lo más oculto de sus sueños!...



Aquella mañana tuvo que romper muchos recibos debido a repetidas equivocaciones en los datos. Don Fortunato Olmeda—el director técnico—se quedó boquiabierto al ver el escaso rendimiento de la media jornada del cumplidor de Ricardo.

—¡Hombre, Laguna, cómo es esto! ¿Es que no se encuentra bien?

—Sí, don Fortunato, creo que no me encuentro... del todo bien.

No volvió a la tarde. No haría nada—él lo sabía—. No recordaba haber faltado ni un solo día al trabajo en los últimos cuatro años, así que decidió no ir a la oficina; al otro día ya él pretextaría alguna disculpa, esa de hallarse enfermo que don Fortunato mismo le había brindado. Era lo mejor, era lo mejor para dedicarse a un metódico análisis para ver si descubría las razones en que se fundamentaba su creencia de que le iba a tocar la lotería.

Pero, no, no encontraba nada consistente, ningún indicio lógico revelador de un presagio. Únicamente—y a esto se asía, como un naufrago a la salvadora tabla en sus instantes de incertidumbre—la circunstancia de haber jugado a la lotería por su propia decisión, pues siempre que jugaba lo hacía mediante alguna participación regalada por un amigo o en el décimo que, por Navidad, compraba todo el personal de la oficina.

La tarde, dedicada a hurgarse el pensamiento en busca de claridad inútil, fue remansando en su espíritu unos posos de depresión y desánimo. A la noche salió a dar un paseo; camino mucho, encontrándose en un arrabal de la ciudad dormido, cuyo silencio rasgábalo sólo el chirriar cansino de un tranvía subiendo alguna cuesta distante.

De los montes lejanos llegaba un aire helador. La luna vertía en los solares y en las corralizas su luz fría de metal. La noche, mirando hacia arriba, era una inmensa bóveda translúcida de vidrio salpicada de puntos luminosos de colores diversos.

Ricardo se puso a pensar en las estrellas. Quizá, en aquel mismo instante, más allá del espacio visible, dos estrellas chocaran con un estruendo cósmico. Si esto sucediera es porque estaba señalado, es porque así estaba marcado el accidente en el camino que siguen las estrellas—reflexionaba todo esto con su mirada perdida en el vacío azul—; sí, todos los caminos están trazados. De pronto algo empezó a removerse dentro—pero dentro ya de su sangre y de sus huesos—. Algo que venía de lo más hondo de sí mismo como una convicción irremediable y que como un viento dulcísimo tiraba por la borda sus incertidumbres. No podía ser de otra manera. ¿Cómo iban a perderse para siempre tantos sueños acariciados en su imaginación desde niño, tantas posibilidades en germen? También la bolita con el número del décimo que le había vendido la vieja en el café, cuando los rapaces del Colegio de Huérfanos cantasen con su voz saltarina un 17.148 premiado con el «gordo», es porque tenía que seguir forzosamente

su camino, el camino que Ricardo sabía ya por corazonada cuál habría de ser.

* * *

Al día siguiente, cuando salió de la oficina, dirigió sus pasos hacia la hemeroteca con intención de consultar periódicos y revistas financieras, pues ya había decidido dedicar la mayor parte de los cuarenta y cinco mil duros al azaroso negocio del juego de bolsa.

—Tan pronto adquiera alguna práctica y esté un poco empollado, podré vivir como un bajá. Ahora tengo una oportunidad magnífica para empezar. «Manufacturas Eléctricas» está subiendo desde hace tres meses y en esta última semana se ve que la tendencia alcista es clarísima. Tan pronto cobre el premio, ¡como me llamo Ricardo que lo invierto todo en acciones de «Manufacturas Eléctricas»! Y cuando el valor se estabilice, voy y me deshago de ellas. El viaje a El Cairo no podré realizarlo de momento. Es igual; lo dejo para más adelante, cuando obtenga mis primeras ganancias.

Iba tan ajeno a lo que le rodeaba que ni siquiera se dió cuenta de haber rebasado la puerta de su casa en más de cien pasos. Dió la vuelta y se apresuró; se encontraba ligero, muy ligero, como si su peso, desde unos días atrás, hubiera disminuido en proporción a la carga de pesadumbre que con frecuencia le embargaba. En la tasca del bajo de su pensión se metió a tomar un «chato», quedándose sorprendido de la rapidez con que le sirvieron.

—Indudablemente esto es significativo. Todas las gentes tienen un sexto sentido, un ignorado y misterioso sentido. Y estoy seguro que ya adivinan «algunos, los mejor dotados de ese sentido adivinatorio, claro, que se encuentran con un hombre importante y no con uno que no tiene dónde caer, se muerto. ¡Pues cualquiera diría que ese chico, que parece tan zafio ahí tras el mostrador!...

Pasaron dos días maravillosos para Ricardo, pues al placer de experimentar previamente el bienestar que traería a su vida la posesión del dinero, se unía otro refinado, no exento de cierta crueldad en el fondo tal vez, que era el estar él solo en posesión del secreto, llenándole esto de un gozo íntimo e inefable. Hacia su vida como todos los días, iba a la oficina, comía el mismo puchero de siempre y paseaba por las mismas calles, es decir, su vida transcurría como antes de sentir la coronada, lo que él llamaba su «revelación»; pero, sin embargo, ahora Ricardo era feliz, tan feliz que si de él dependiera, seguramente aplazaría el sorteo otra semana más, o dos, o ¡quién sabe!, toda su vida.

A nadie pensaba decir nada del asunto. Hasta pensó ni siquiera decir después que le había tocado la lotería. A don Enrique, al abandonar el empleo, le diría que era porque le habían nombrado gerente de una importante casa de negocios, de una casa americana, por ejemplo. ¡Cómo se iba a quedar don Enrique con la boca de un palmo! Pero esto que proyectaba Ricardo ya no podría ser, pues tres días antes del sorteo, casi involun-

tariamente él mismo descubrió su secreto. Sucedió de esta manera: en la mesa de don Fortunato había un periódico que el botones acababa de traer de la calle; aprovechando la momentánea ausencia del director técnico, que se hallaba en el despacho del gerente, ni corto ni perezoso, Ricardo se dispuso a pasarle la vista a la reseña de las operaciones en Bolsa del día anterior. A los pocos segundos se puso blanco y las piernas se le aflojaron haciéndole tambalear. El botones fué quien primero se dió cuenta.

—¡El señor Laguna, que le da un mal!...

Don Fortunato entraba en aquel momento.

—¿Qué le pasa, Laguna, que le pasa? ¡Déjese caer en la silla! ¡Chico, un vaso de agua inmediatamente!

—Ricardo, todo desencajado, señalando el periódico, balbució:

—Nada, nada. ¡Estoy arruinado! «Manufacturas Eléctricas» ha bajado ocho enteros!...

El revuelo que se armó entre el personal de la oficina fué enorme. Al principio no le entendían, pero tan pronto Ricardo estuvo repuesto de la impresión que le había causado ver la baja tan rápida de los valores en los que imaginariamente tenía colocado todo su dinero del premio, le hicieron cantar, cosa que no tuvo más remedio que hacer delante de todos. Como don Enrique aun no había llegado, fué el botones quien le avisó por teléfono:

—Al señor Laguna le va a tocar la lotería. ¡Sabe cuál es el número del «gordo» porque lo vió escrito en el cielo entre las estrellas!...

Se habló de algunos casos parecidos en que anticipadamente se conocía cuál iba a ser el número premiado. Según contó el director técnico, hacía varios meses que había venido publicado en la Prensa el caso de un albañil, premiado con una participación en el «gordo», cuyo número se le había aparecido en sueños durante una semana seguida. Todos refirieron algún sucedido en que la realidad no había desmentido a los presentimientos o a las corazonadas. Y no dudaban que Ricardo, dada su actitud que reflejaba una inequívoca confianza, debía de tener suficientes motivos para saber que el 17.148 iba a ser agraciado con el primer premio.

Por eso no es de extrañar que la viejecita de la lotería, aquella misma tarde se sintiese intrigada al no poder explicarse bien qué razones tendrían aquellos señores para buscar con tanta insistencia el número que ella vendía. Al entregarle al botones un décimo, que el chico jugaba a medias con otro amigo suyo de la vecindad, le dijo:

—Ya no me queda más. ¡Listo!... mientras da la vuelta para marcharse.

—Pero usted se quedará con alguno para usted, ¿no?

El muchacho se quedó un poco desconcertado ante el gesto negativo de la vieja y, compasivo, se ofreció a dejarle un duro de participación.

—No, chico. Gracias —rezongó sonriente—. Yo puedo jugar cualquier día, otro día...

* * *

A pesar de que Ricardo no albergaba ni la más mínima duda tocante al resultado del sorteo—si cabe, estaba más seguro desde el incidente de la mañana en la oficina, pues todo aquello parecía providencial, prueba de que el destino quería también repartir sus beneficios a otro puñado de hombres conocidos suyos—aquella baja de las acciones de «Manufacturas Eléctricas» traía una sombra de preocupación a su ánimo, al advertirle que esto del juego de Bolsa era mucho más aventurado de lo que él había previsto. Pero no lo pensó más. Se fué al Savoy, el café de los hombres de negocios: allí tal vez se podría orientar acerca del mejor modo de hallar una inversión lucrativa a su dinero.

Entró resueitamente. En aquellos últimos días, si su mundo interior había cambiado extraordinariamente, también su rostro, sus ademanes, en fin, su

aspecto, corría pareja con la evolución de sus procesos psíquicos y al entrar en el Savoy Ricardo nadie podría sospechar que se trataba de un píu mifero, pues su presencia delataba al conquistador, al hombre que en vez de los tres duros plegaditos en su cartera de cartón cuero disponía de un talonario de cheques en el bolsillo. Y para lo que en otros momentos se inhibiría, no tuvo entonces inconveniente en hacer, llenándose de audacia: se dirigió a un grupo de señores que formaban tertulia en una de las esquinas del fondo preguntándoles por el señor Lawson; —era el nombre de un banquero de una novela policiaca que él había leído.

—¿El señor Lawson?... Pues no..., no, no le conocemos. ¿De dónde es?

—¿Al señor Lawson no le conocen? Pues me digo que vendría aquí ésta tarde; quedé en verna con él aquí mismo en este rincón. Yo creí que ustedes le conocerían. El señor Lawson es correspondiente de «Blount Company» en Groenlandia.

—¡Ah!...—y todos terminaron diciendo que la conocían, por lo menos de referencias.

Le invitaron a sentarse y Ricardo se quedó con ellos, al lado de un gordinflón que fumaba un cigarro que olía de maravilla.

Estuvo un buen rato silencioso, pero ¡como no pintada! le llegó la ocasión de participar en la conversación, brindándosele la oportunidad de lucir sus fresquitos conocimientos relativos a las finanzas adquiridos aquellos días en la lectura de periódicos y revistas. Se hablaba de dividendos, de acciones y obligaciones de algunas compañías.

—Pues parece que no es mal negocio eso del cine. Coproducción Films ha repartido el año pasado un siete por ciento...

—Siete y veinticinco—puntualizó Ricardo; y animado por la atención que sus palabras acapararon en los contertulios, añadió más—: Las obligaciones últimamente emitidas dan un cinco y medio libre, pero las que ahora van a lanzar serán de un seis por ciento. En cambio, Cineskon...

El caso es que seguidamente tomó él el hilo de la charla, casi improvisando un discurso sobre el porvenir del cine como negocio; con unos lugares comunes por acá e inventando lo que quiso por allá y que si patatán y que si patatín, a todos consiguió dejar boquiabiertos y haciéndose interiormente lenguas de lo que debía de valer aquel joven desconocido. Al marcharse se despidieron muy atentamente de Ricardo, que consideró bien lanzado ya por el camino de la inconsciente audacia—presentarse como gerente de Hades, S. L. Aquello le divertía enormemente y decidió continuar la farsa como fuera con el señor gordinflón de al lado, que se quedó con él en el café. El señor—que se llamaba Valdecebro—, admirablemente impresionado de la gran capacidad del supuesto gerente de Hades, en tono de voz muy confidencial, le dijo:

—Oiga, Laguna, tal vez usted que está muy enterado, pueda aconsejarme...

—Lo que usted quiera, Valdecebro, soy todo oídos.

—Verá: yo tengo una partidita de divisas en el extranjero, son unos dólares y quisiera... pues negociar, sacarles algún producto; por ejemplo, comprar alguna maquinaria y traerla para acá o, en fin, otra cosa por el estilo.

—No haga eso. Eso es muy engoroso, que si los permisos de importación, que si la Aduana... Lo mejor es...

—¿Qué?

—Pues...—Ricardo no arrancaba, pero él se daba cuenta que todo podría descubrirse si daba marcha atrás y decidió continuar en el mismo plan que desde hacía dos horas, o sea soltando lo primero que le viniese al magín—. Si, sí, claro, eso es... Compre dinero, comprar y vender dinero es lo que más dinero da en menos tiempo. Con esas divisas que usted tiene en el extranjero, yo lo que

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTÍSTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

haría es comprar otra clase de divisas. Cruceiros, por ejemplo.

—¿Cruceiros? Pero hoy tiene poco valor esa moneda.

—Por eso mismo, porque está barata. Además, el cruceiro oscila que es un gusto. Es muy emocionante jugar a las divisas con esa simpática moneda. Todo depende del café.

—¿Del café?

—Sí, Usted ya sabrá que en el Brasil el café se da hasta en las azoteas de las casas. Yo lo que siento es no disponer ahora en estos momentos de una partidita de dinero que tengo que cobrar un día de estos. Le aseguro a usted que sin pensarlo más, cojo y todo lo cambio por cruceiros. ¿Que sube un poco el cruceiro? A vender. Y a comprar otra moneda. Nada, Valdecebro, ¡ni pensarlo, hombre, ni pensarlo!...

Al salir del Savoy, cuando el aire frío ayudó a despejar su cabeza, empezó a arrepentirse de su comportamiento en el café. No sabía explicarse bien las causas de todo aquello. Había entrado con ánimo de enterarse de lo que le preocupaba con otras personas que supiesen más que él y lo que hizo fué colar una serie de camelos a unos respetables señores. El ambiente del café, el estado de excitación en que se hallaba aquellos días... todo había contribuido a sacarle completamente de quicio. Lo que más sentía era lo ocurrido con Valdecebro. Pensando en esto, a pesar del frío, Ricardo notó que su sangre le subía a la cara.

* * *

Ricardo, al oír el portazo que acababa de dar don Enrique, desentumeció las piernas y se levantó del asiento donde había tenido que aguantar durante toda la mañana una retahíla de convenciones y hasta de palabras gruesas. Anita, la mecanógrafa, se había quedado allí como esperándole. Los dos estuvieron callados un rato. El se acercó y con voz queda, esperando un reproche, se atrevió a romper el silencio.

—¿Y tú, Anita, nada tienes que decirme? ¿No estás defraudada también?

—Yo, no. No jugaba a la lotería.

Ricardo abrió sus ojos oscuros, interrogantes.

—No jugaba a la lotería porque te conozco y se que, bajo tu aparente aspecto tranquilo, eres un exaltado interior, un hombre de sueños fogosos y extraños...

—¿Entonces tú crees también que estoy loco?

—No, no estás loco, pero—añadió con una sonrisa mientras le miraba con unos ojos comprensivos, tiernos—sí que eres algo loco...

Ricardo se quedó mirándola enmudecido. Y sintió en el latir de su sangre algo inefable, algo dulcísimo que se le derramara por dentro de todo su ser. Ya todo era lejano, lo ocurrido allí en la oficina durante la mañana, los incidentes de los últimos días, el absurdo presentimiento aquel de la lotería... Estos eran ahora unos recuerdos vagos, confusos, que se esfumaban, se perdían sustituidos por la presencia de Anita, su compañera de tantas jornadas en aquella oficina sin sol, de tantas horas en que el tecleo de la máquina de escribir seguramente habría amortiguado el sonar débil de más de un suspiro. ¡Qué importaba que ella no hubiese creído en lo que él creyó, si creía en él, como así se lo estaba diciendo con sus ojos en aquellos mismos instantes!

Iban a salir cuando sonó el teléfono.

—Preguntan por tí, Ricardo. Es un tal Valdecebro.

—¿Valdecebro? ¡Ah, no, por Dios! Vámonos.

—Dice que es un asunto urgente, que te interesa.

A regañadientes cogió el auricular. Su expresión de extrañeza fué convirtiéndose en una franca sonrisa de satisfacción.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te quería ese Valdecebro?

—Pues que me tocó un premio; no el «gordo», pero, en fin, un premio. Treinta mil pesetas. Ya te explicaré. Da gusto comprobar que aun anda gente agradecida por el mundo. Ese Valdecebro se metió a un negocio que yo le indiqué, un negocio de adquisición de divisas y el bueno del hombre, como yo no tenía dinero, puso alguno por mí y claro... se dió la casualidad de que precisamente estos días el cruceiro...

Las palabras empezaron a perderse en el aire de la calle llena de gritos, de ruidos del motor de los automóviles y del estridente rozar de las ruedas del tranvía en los raíles.



**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

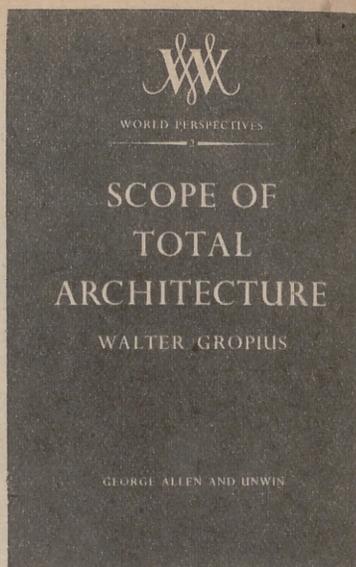
LA FINALIDAD DE LA ARQUITECTURA TOTAL

Por **Walter GROPIUS**

EL estudio de la arquitectura desde un punto de vista mucho más amplio que el puramente constructivo es la finalidad de este conjunto de ensayos que se reúnen en el libro de esta semana: «Scope of total Architecture». El autor, Walter Gropius, alemán, aunque actualmente sea profesor de la Universidad norteamericana de Harvard, sostiene la teoría de que la misión de la arquitectura moderna es muy superior a la simple búsqueda de un «nuevo estilo», ya que las construcciones, así como los conglomerados urbanos, forjados por esta arquitectura «total» deben, en primer lugar, adecuarse a las circunstancias de la vida presente, y en segundo, fomentar incluso la existencia a que tiene derecho el ser humano en la fase de su actual desarrollo. Gropius propugna constantemente una esencial síntesis donde la técnica no se arrogue nunca la primacía sobre los indiscutibles valores espirituales.

GROPIUS (Walter): «Scope of total Architecture. World perspectives».—George Allen & Unwin, Ltd., Londres, 1956.

LA creación y el amor de la belleza son elementos esenciales para alcanzar la felicidad. Una época que no reconoce estas verdades básicas no llega a disponer de un sentido visual; su imagen permanece confusa y sus manifestaciones no consiguen deleitar. Desde mi más temprana juventud he tenido una clara conciencia de la caótica fealdad que caracteriza al medio ambiente creado por el hombre moderno, en claro contraste con la unidad y belleza de las antiguas ciudades de la época anterior a la industrialización. Durante el curso de mi vida he llegado al convencimiento progresivo de que el intento de los arquitectos por mejorar los modelos dominantes y dispersos por una construcción hermosa, han resultado totalmente inadecuados y que debemos encontrar ciertamente, un nuevo conjunto de valores, basados sobre factores fundamentales, capaces de crear una expresión íntegra del pensamiento y los sentimientos de nuestro tiempo.



EL SIGLO DE LA CIENCIA

He tratado de compendiar en mi propia persona, a través de los cambios que han tenido lugar durante mi vida, lo que ha ocurrido tanto en el mundo espiritual como material. Cuando era un muchacho, mi familia vivía en un piso urbano, alumbrado por gas, había estufas de carbón en todas las habitaciones, incluso en el cuarto de baño, donde el agua se calentaba para la bañera todos los sábados, tarea que llevaba consigo dos horas. No disponíamos entonces ni de tranvías eléctricos, ni de automóviles ni de aeroplanos. La radio, el cine, el gramófono, los rayos X y el teléfono eran totalmente inexistentes.

El clima mental que prevalecía en las décadas octava y novena ofrecía un carácter más o menos estático. Se enraizaba en unas concepciones aparentemente incommovibles de verdades eternas. De repente esta concepción perdió fuerza, reflejando la imagen de un mundo e incansante transmutación, encadenado a fenómenos mutuamente dependientes. El tiempo y el espacio se han convertido en coeficientes de una idéntica fuerza cósmica.

Mi deseo es señalar el propósito estratégico potencial de planeación de mi propia profesión, la arquitectura, dentro de la estructura cultural y política de nuestra civilización industrial. Antes que nada quiero dar una definición: *una buena planeación es algo que yo concibo como una ciencia y un arte. Como una ciencia, ya que analiza las relaciones humanas y como un arte, ya que coordina las actividades humanas en un síntesis cultural.*

Se ha hablado mucho sobre el hecho de que el rápido desarrollo de la ciencia ha cortado abruptamente el modelo familiar de nuestra existencia, hasta el punto de que nos ha dejado sin nada, salvo fines sin objeto. Con su eterna curiosidad, el hombre ha aprendido a seccionar su mundo con el bisturí del cirujano, y en este proceso ha perdido su equilibrio y su sistema de unidad. No obstante, hay indicios de que poco a poco superamos en superespecialización en que nos hemos sumido y sus peligrosos efectos desintegrados sobre la coherencia social de la comunidad.

Si observamos el horizonte mental de nuestra civilización actual, observamos que muchas ideas y descubrimientos están enteramente relacionados y revelan nuevamente la interdependencia existente entre los fenómenos del universo. La medicina, al establecer el estudio psicosomático para el tratamiento de las enfermedades, reconoce la mutua interdependencia del alma y del cuerpo. El físico ha contribuido a un nuevo conocimiento de la identidad entre materia y energía. El artista nos ha enseñado a expresar visiblemente con materiales inertes una nueva dimensión: el tiempo y el movimiento.

Una muestra de arquitectura total: el Centro de graduados de la Universidad de Harvard

En la gigantesca tarea de reunificación, el proyectista y el arquitecto tienen reservado un gran papel. Deben esforzarse por no perder nunca su visión totalizadora, a pesar de la fuerza infinita de los conocimientos especializados que tiene que absorber e integrar. En nuestra sociedad mecanizada debemos apasionadamente recalcar que estamos todavía en un mundo de hombres y que el hombre y su medio ambiente natural debe ser el objeto de toda nuestra planeación. La enfermedad de nuestras comunidades de hoy es el lamentable resultado de nuestro fracaso por haber colocado las necesidades humanas básicas subordinadas a los requerimientos industriales y económicos.

INDECISION DE LA ARQUITECTURA MODERNA

Nos encontramos hoy en una situación que nos permite comprobar seriamente que las formas exteriores de la arquitectura moderna no son el producto del ansia de unos cuantos arquitectos por la innovación, sino la inevitable consecuencia de las condiciones intelectuales, sociales y técnicas de nuestra época. Ha sido necesario una seria y creadora lucha de un cuarto de siglo para dar ser a estas formas, formas que revelan muchos cambios estructurales fundamentales, cuando se las compara con las del pasado.

Creo que la situación actual puede compendiarse como sigue: se ha producido una ruptura con el pasado que nos permite enfrentarnos con un nuevo aspecto de la arquitectura, adecuado a la civilización técnica de la edad en que nos ha tocado vivir; la morfología de los estilos muertos ha sido destruida y hemos vuelto a la honradez de pensamiento y sentimiento; la opinión pública en general, que anteriormente era indiferente a todo lo que se refería a construcción, ha salido de su torpor; el interés personal por la arquitectura como algo que afecta a nuestras vidas diarias se ha producido en amplios círculos y finalmente las líneas de un futuro desarrollo se manifiestan de una manera clara a través de Europa.

Ahora bien: este desarrollo ha encontrado obstáculos: teorías confusas, dogmas y manifestaciones personales; dificultades técnicas, y finalmente los peligros que se originan por las concepciones formalísticas. Lo peor de todo esto ha sido que la arquitectura moderna se ha convertido en una cosa que está de moda en muchos países. La imitación, la excentricidad y la mediocridad han perturbado los fundamentos de veracidad y simplicidad sobre los que este renacimiento estaba basado. Frases espúreas, como «funcionalismo» y «adecuación equitativa de la finalidad y de la belleza» han llevado a la nueva arquitectura por canales mediocres y puramente externos. Esta caracterización parcial refleja la frecuente ignorancia de los verdaderos motivos de los fundadores y una fatal obsesión que impele a las gentes superficiales a relegar este fenómeno a una región aislada en lugar de darse cuenta que es un puente que une opuestos polos de pensamiento.

La idea de racionalización, que para muchas gentes revela la característica principal de la nueva arquitectura, representa sólo su papel purificador. El otro aspecto, la satisfacción del alma humana, es tan importante como el aspecto material. Ambas cosas encuentran su contrapartida en esta unidad que es la vida misma. El haberse liberado el arquitecto de la misa de ornamentación, el realce de las funciones de las partes estructurales y la búsqueda de soluciones concisas y económicas, re-

presenta sólo el aspecto material de este proceso formal del que depende el valor práctico de la nueva arquitectura. Lo que es más importante es la estructura económica y sus realce funcional es la realización intelectual que hace posible una nueva visión espacial, ya que teniendo en cuenta que el lado práctico de la construcción es un asunto de materiales y edificación, la verdadera naturaleza de la arquitectura la hace depender del dominio del espacio.

La transformación de la producción manual en maquinista preocupó tanto a la humanidad que durante un siglo los hombres en lugar de enfrentarse con la resolución de los problemas del dibujo se contentaron con adquirir préstamos y adornos formalísticos.

Esta situación ha sido superada últimamente. Una nueva concepción arquitectónica, basado sobre realidades, se ha desarrollado, y con ella se ha llegado a una nueva y distinta percepción del espacio. La existencia de numerosos ejemplos de la nueva arquitectura demuestran estos cambios y los nuevos procedimientos técnicos.

Frente a estas muestras relativas a la originalidad del movimiento moderno, alguien que no se moleste en investigar sus fuentes, puede posiblemente seguir creyendo que ésta se basa en la antitradicional obsesión de la técnica por la técnica, que tan ciegamente intenta destruir profundas convicciones y que parece destinada a llevar a la deificación del puro materialismo. El orden por el que se trata de moderar el más arbitrario capricho es resultado de una detallada investigación social, técnica y artística. Yo creo que nuestra concepción de la nueva arquitectura no está en oposición con la tradición; ahora bien, el respeto por la tradición no implica una preocupación estética por las formas subsidiarias de arte, sino que es siempre una lucha por esencia, es decir, una lucha por descubrir lo que hay detrás de cualquier técnica, buscando con su ayuda su expresión visible.

EL AISLAMIENTO CREADOR DEL HOMBRE MODERNO

La gran avalancha de ciencia y progreso ha dejado a los individuos incapacitados para adecuarse a las circunstancias externas y muy a menudo faltos de iniciativa moral. Hemos desarrollado una mentalidad de Instituto de Opinión Pública, una concepción mecanicista; nos apoyamos sobre la cantidad en vez de la calidad, de la memoria en vez de las ideas, tratamos de salir del paso en lugar de formar nuevas convicciones.

¿No hay un antídoto contra esta tendencia? Nuestra sociedad ha reconocido ciertamente el valor esencial del científico para sobrevivir. Sin embargo, sabemos muy poco de la vital importancia del artista creador cuando llega a controlar y conformar nuestro medio ambiente. Desgraciadamente el artista es un hombre olvidado, casi ridiculizado y considerado como un miembro superfluo y lujoso de la sociedad. Creo que, por el contrario, nuestra desorientada sociedad necesita de las artes como contrapartida de los efectos disolventes que nos ocasiona la ciencia.

Estoy convencido de que la contribución del proyectista creador, cuyo arte es capaz de reflejar los aspectos visuales y las aptencias planificadoras humanas, es esencial. Ninguna sociedad del pasado ha forjado expresiones culturales sin la participación del artista, los problemas sociales no pueden ser resueltos solamente por procesos políticos o intelectuales. Es necesario recobrar a través de la educación del hombre sus pérdidas cualitativas de comprensión y forma creadora.

Piénsese en esos motivos esenciales imponderables revelados en villas y ciudades de culturas antiguas, que todavía tienen hoy la fuerza de conmovernos emocionalmente, a pesar de lo inadecuado que resultan desde un punto de vista práctico; pues bien, estos imponderables son los que



La plaza de San Marcos, de Venecia, como siglo de esa parte indispensable de la ciudad que constituye el elemento urbano llamado «plaza» y cuya existencia reivindica Gropius, hasta el punto de exigir la existencia de plazas en las que no se permita el tráfico rodado y en donde esté el corazón de la urbe.

nos faltan en el concepto de nuestras actuales comunidades, es decir, esa unidad de orden y espíritu, que tiene siempre un significado visiblemente expresado en el espacio y en la forma.

¿Puede un niño educado en «Main Street» (1) llegar a tener el hábito de percibir la belleza? No la encontrado nunca y no sabe ni siquiera lo que ella exige, porque sus facultades sensoriales se han visto atiborradas desde el principio por el cruel asalto de los colores caóticos y las formas y los ruidos del comercialismo moderno. Ha vivido siempre en un estado de constante apatía sensorial, convirtiéndose finalmente en ese ciudadano que no llega ni a darse cuenta de la pobreza artística que le rodea.

Ninguna de nuestras maravillosas técnicas materiales pueden convertir a «Main Street» en un hermoso modelo para vivir a no ser que caigan en manos creadoras, a no ser que una concepción distinta las emplee combinando debidamente el arte y la ciencia. ¿Pero qué fin nos debe guiar para comenzar esta tarea? Porque no necesitamos solamente un artista creador, sino un auditorio responsable. ¿Y cómo vamos a conseguir éste? Solamente a través de un lento proceso, resultado de una completa experiencia iniciada ya desde la primera infancia. Esto quiere decir, en resumen, que debemos comenzar ya en la Kindergarten a saber rehacer adecuadamente su medio ambiente inmediato. La participación es la palabra clave en la planeación. Una educación del tipo que propugnamos coloca los conocimientos libresco en su justo puesto, es decir, como solamente un auxiliar para el experimento en acción, que es lo único que puede llevar a actitudes constructivas y hábitos de pensamiento.

REHABILITACION DEL PEATON

Recuerdo que durante una reunión del Congreso Internacional por una Moderna Arquitectura

(1) Alusión probable del autor a la novela de Sinclair Lewis «Main Street» («Calle Mayor»), obra en la que el novelista refleja la fiñez y gatzmoñería de una ciudad media norteamericana, centrando toda la acción en la pacatería y mal gusto de su calle mayor.

(C. I. A. M.), los arquitectos europeos plantearon la cuestión de si los americanos eran capaces de crear un modelo de sana vida comunitaria, sobre una base moderna semejante al cerrado conglomerado urbano que dominaba el escenario europeo, anteriormente a la introducción de la máquina. Se argumentaba en el sentido de que las tendencias nomadas de la población norteamericana son tan fuertes que solamente pueden esperarse soluciones transitorias, acabándose siempre por perderse todo el sabor local, destruido por esta masa de gentes en persecución constante del dólar. Un arquitecto americano que estaba presente respondió a esta indicación relatando su propia experiencia que le había llevado a trasladarse con toda su familia a Vermont, donde siempre había deseado vivir. Había buscado una ciudad con fuerte sabor local, pero descubrió, después de algunas investigaciones, que la mayoría de las gentes eran como él, es decir, habían nacido fuera de la ciudad, eligiéndola después por ser el lugar donde más habían deseado vivir. Siguiendo su preferencia habían asimilado sorprendentemente el color local.

El citado arquitecto creía que los jóvenes americanos no están preparados para asentarse en las mismas ciudades donde vivieron sus padres y sus abuelos, semejantemente a como lo han hecho los europeos durante varios siglos, sino que, por el contrario, se mostrarían seriamente reacios a esta medida si se les forzara a seguirla. Ahora bien: si se les da la posibilidad de recorrer y buscar por todo el país en la mayor medida posible, finalmente acabaran por escoger una ciudad y por establecerse definitivamente en ella de acuerdo con las posibilidades que ofrezca a sus principales inclinaciones, convirtiéndose probablemente en unos ciudadanos más emprendedores y trabajadores que los que nunca han salido de la urbe originaria. Así, pues, si concebimos al futuro ciudadano como una persona dispuesta a instalarse donde mejor lo estime, podremos comprender el espectáculo desconcertante de una nación, cuyos ciudadanos, voluntaria o involuntariamente, parecen encontrarse en constante movimiento.

Para ayudar a este proceso debemos imaginar formas comunitarias contemporáneas que estimulen la influencia del ciudadano que viene a vivir allí y que deben forzarle a convertirse rápidamente de un espectador en un participante de la vida local. Tan deseable tendencia puede fomentarse por una campaña que deje cabida para la existencia del peatón. Un ciudadano es a la vez peatón y automovilista, pero hoy sólo parece pensarse en el coche y en su conductor, apretando contra la pared al paseante con el fin de poder construir la gran red de tráfico automovilístico que explota nuestras comunidades. Estoy completamente convencido, ya que lo considero justo y necesario, de que hay que crear, además, una red de tráfico pedestre independiente, separada y protegida de la del rodado. Semejante proyecto debe cristalizar en una red urbana que no empieza y termine en un enredo de calles, sino en una hermosa plaza, a la que no tengan acceso los coches, donde esté el centro y corazón de la ciudad y sirva de núcleo local para el intercambio de opiniones y para la participación en los asuntos públicos. Una tal plaza, destinada como hemos dicho a estos fines sociales, daría a los habitantes de la ciudad que la poseyesen un sentimiento de adhesión y orgullo. A través de ella se lograría un auténtico sentimiento de comunidad y se formentaría un sincero proceso democrático.

LA HUMANIZACION DE LAS GRANDES CIUDADES

Si tanto he insistido en mis estudios sobre las pequeñas ciudades y sus centros comunitarios, es porque estos trabajos sirven para darnos luz en escala reducida sobre las grandes ciudades. Fundamentalmente nos ayudan en la tarea de humanizarlas, ya que el problema fundamental de las grandes ciudades no es ciertamente el construir grandes centros cívicos o determinada clase de viviendas. Es indudable que sólo una total revisión de sus escleróticos cuerpos puede cambiar en sanos organismos. Todos sabemos que sus congestionadas zonas están hambrientas de espacios abiertos, de luz y de aire; que sus ciudadanos anhela el que se les reconozca su identidad, al mismo tiempo que la ciudad necesita también ser protegida contra la intromisión de los individuos.

Más de 50.000 españoles
HAN ESTUDIADO NUESTROS CURSOS

DELINEANTE MECANICO, EN CONSTRUCCION Y GENERAL

GRATIS recibirá equipo completo de dibujo compuesto de 17 piezas, entre ellas compás, tiralíneas y bigotera. Además de láminas, planos y 135 lecciones.

CURSOS POR CORRESPONDENCIA

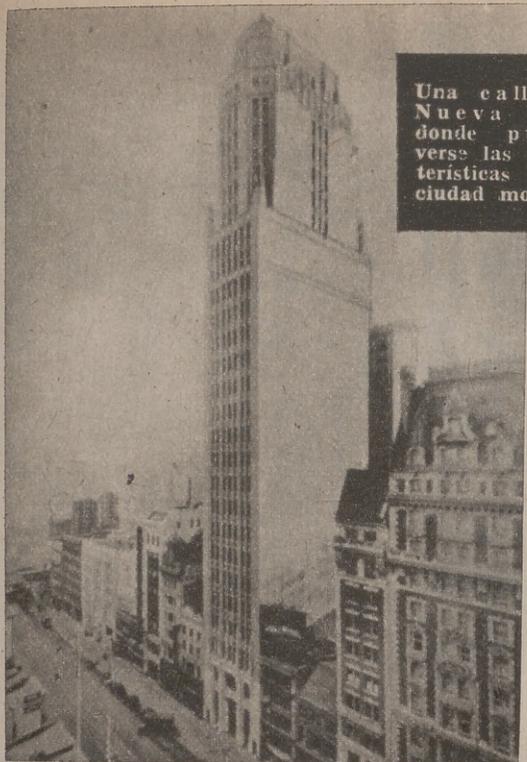
ROTULACION

GRATIS recibirá 200 LAMINAS con modelos de letras, orlas, adornos y anagramas. Aprenderá todas las técnicas: al pincel, a la pluma, al aerógrafo, al grabado, delineada y dibujada, realizadas sobre madera, papel, cartón, cristal, telas y lonas.

OTROS CURSOS: DIBUJO ARTISTICO Y COMERCIAL • TOPOGRAFO • DECORACION • PINTOR DECORADOR Y ROTULISTA • APAREJADOR • TECNICO DE LA CONSTRUCCION • HORMIGON ARMADO • MAESTRO ALBANIL • TECNICO MECANICO • MOTORES • MECANICO DE COCHES • CARPINTERIA Y EBANISTERIA

Pida folletos GRATIS y sin compromiso a
CEAC - ARAGON, 472 - DEPTO. 166 - BARCELONA

CEAC CENTRO AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL N.º 54



Una calle de Nueva York, donde puede verse las características de la ciudad moderna



La desaparición del peatón por el acoso de los coches es un problema urbano de enorme trascendencia. Esta fotografía da una idea de la minimización del hombre ante el vehículo

No pretendo elaborar todo un plan para alcanzar estos objetivos desde el punto de vista social, político y económico, pero deseo insistir en la necesidad de realizar una investigación sistemática en el campo urbano. ¿Cómo podemos volver a capturar en la ciudad, social y físicamente, la escala humana, completamente destruida. La investigación ha de preceder a la acción necesaria. El crecimiento del organismo viviente urbano puede ser canalizado en una forma cívica superior por el proyectista y por el arquitecto, sólo en el caso de que las nuevas leyes le reconozcan sus funciones sociales, basados sobre la anterior investigación. La legislación existente es de lo más anticuada e insuficiente que pueda imaginarse para el siglo XX y la mayor parte de los países han fallado en dar el superior realce de todo el conglomerado sobre las diversas partes.

Si tratamos de valorar las realizaciones materiales en construcciones durante los últimos veinte años, podemos estar seguros de que en muchos países la planeación y edificación de las viviendas familiares ha mejorado considerablemente, en relación con sus posibilidades, pero difícilmente puede llamarse progreso al avance experimentado. El proceso de desarrollo seguido ha consistido en acumular toda una serie de casas y edificios, muchos de ellos excelentes individualmente, pero totalmente alejados de un fin determinado comunitario y urbano. A simple vista se descubre la falta del estímulo que podría haber sido alcanzado con una concepción que diese a la vida un profundo valor, cuyos ejemplos descubrimos en magníficas muestras durante el pasado.

Para la concepción de la vivienda contemporánea debemos comenzar por examinar nuestra propia actitud ante los componentes humanos y psicológicos del problema, así como sus aspectos cambiantes. Sólo una mente madura puede profundamente comprender los requerimientos físicos y psicológicos que puede concebir una familia como necesarios para vivir de una manera eficaz, barata, agradable y bella, así como lo suficientemente flexibles para adecuarse a los ciclos vitales, variables y familiares.

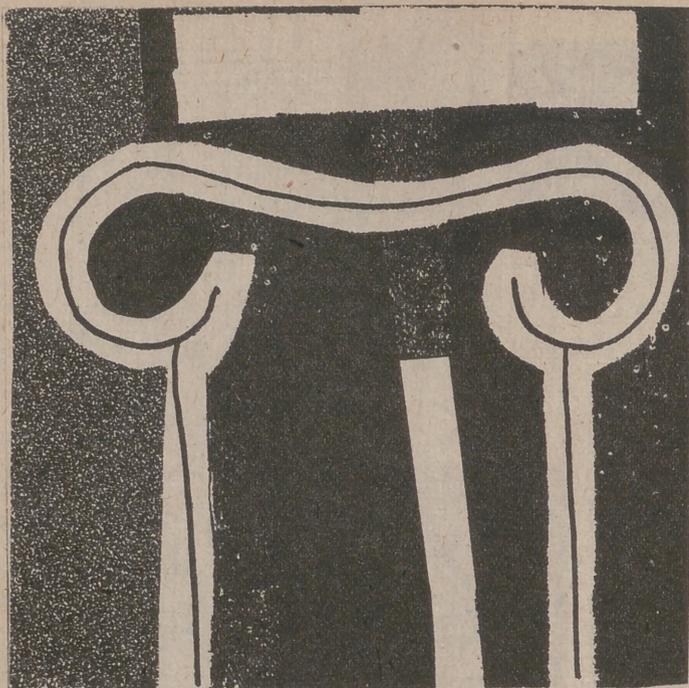
LA DEFENSA DE NUESTRO «HABITAT»

Creo, no obstante, que la mayor responsabilidad del proyectista y del arquitecto estriba en la protección y el desarrollo de nuestro «habitat». El hombre ha evolucionado en mutua relación con la naturaleza de la tierra, pero su poder para cambiar la superficie se ha desarrollado tan extraor-

dinariamente que esta circunstancia puede convertirse en una maldición en lugar de una bendición. ¿Cómo vamos a esforzarnos por conseguir el aire libre después de la perra existencia que llevamos, repleta de insipidez y artificialidad. Las vegetaciones naturales son destruidas y las irregularidades topográficas desaparecen por la negligencia, la falta de ideas o porque el tipo medio de empresario considera al campo antes que nada desde el punto de vista comercial y por ello su único objetivo consiste en obtener el máximo provecho. Hasta que no amemos y respetemos al campo casi religiosamente, su fatal destrucción continuará.

El paisaje humano que nos rodea es una amplia composición especial organizada en figuras y vacíos. Los volúmenes pueden ser edificios, puentes o árboles o colinas. Toda forma visible existente, natural o creada por el hombre, cuenta en el efecto visual de la gran composición. Incluso los problemas más utilitarios de la construcción, como la localización de una carretera o de un puente, tienen su importancia para el equilibrio íntegro de la entidad visible que nos rodea. ¿Quién sino los arquitectos y los proyectistas deben ser los legítimos guardianes de nuestras más preciosas posesiones, de nuestro «habitat» natural y de conseguir la belleza y la adecuación de nuestro espacio vital como fuente de satisfacción emocional para un nuevo modo de vida? Lo que todos nosotros parecemos necesitar más en esta febril carrera en que hemos metido a nuestra vida es una fuente omnipresente de regeneración, que sólo puede ser la propia naturaleza. Bajo los árboles el habitante urbano puede restaurar su alma turbada y encontrar la bendición de una pausa creadora.

He llegado a la conclusión de que un arquitecto o un proyectista, si merecen tal nombre, deben poseer una amplia y comprensiva visión, que les permita conseguir una auténtica síntesis de la futura comunidad. Es a esto a lo que podemos llamar una «arquitectura total». Para la realización completa de esta tarea necesita una pasión ardiente y la humilde intención de colaborar con los demás, pues por grande que uno sea no puede hacerlo solo. Abandonando la mórbida búsqueda de «estilos» hemos comenzado ya a desarrollar ciertas actitudes y principios que reflejan el nuevo modo de vida del hombre del siglo XX. Hemos comenzado a comprender que el esbozar nuestro medio ambiente físico no significa aplicar una serie de fijos principios estéticos, sino que representa más bien un continuo desarrollo interior, una convicción que recrea la verdad continuamente en servicio de la humanidad.



cañenas

clásico

CLARIN



Paños...

Fontcuberta

GARANTIA DE UNA PRODUCCION

CON LOS LIBROS
BAJO EL BRAZO

UNA CIUDAD PARA ESTUDIAR Y PARA VIVIR

AULAS Y ESTADIOS
PARA 25.000
UNIVERSITARIOS



Arriba: Arco de la Victoria y Museo de América.—Izquierda: Entrada de la Facultad de Ciencias.—Derecha: Nuevo Colegio Mayor de Santo Tomás «Aguinos».—Abajo: Un atleta universitario entrenándose en las pistas deportivas de la Ciudad estudiantil

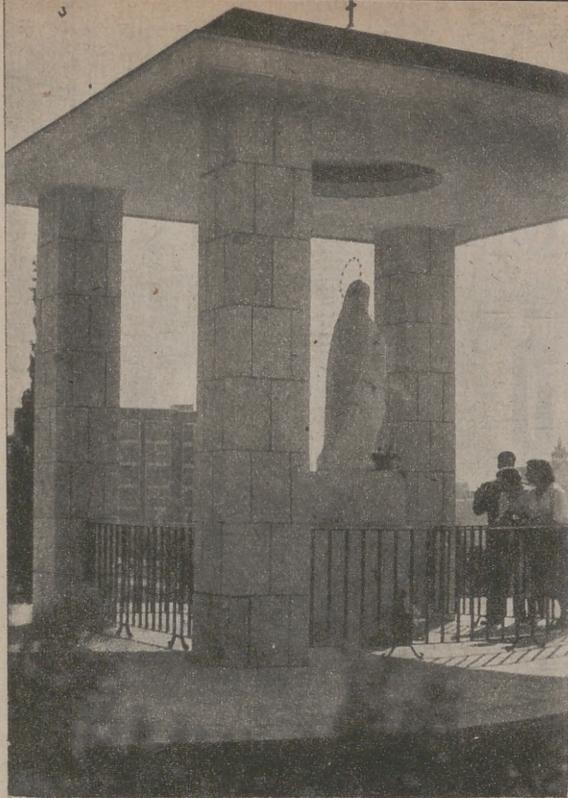
La primera gran Ciudad Universitaria creada en Europa, la más completa entre todas las del mundo por el número y variedad de sus instalaciones, la mejor emplazada y concebida, tiene ya su puerta de entrada. Esa Ciudad Universitaria no es otra que la de Madrid, y el monumento de acceso, el Arco de la Victoria, que clava sus cimientos en el punto más destacado y lucido de la avenida de Puerta de Hierro.

Es el Arco de la Victoria el homenaje de la Universidad al Ejército y a su Capitán, levantado en la tierra donde más se luchó en los años 1936-1939. Donde los soldados nacionales dieron también su lección, una de las más bonitas lecciones, a las nuevas promociones de estudiantes. Porque ese conjunto de Facultades y Colegios Mayores, de campos de deportes y laboratorios, a pesar de que no han

transcurrido todavía treinta años desde que se pensó edificarlos, tienen prendidas en sus piedras más historia que muchos pueblos milenarios de España.

El Arco de la Victoria es también puerta y paso para entrar en el recinto docente los 25.000 estudiantes que trabajan, que viven y que ejercitan sus músculos en la Ciudad Universitaria de Madrid. Ese mundo bullicioso estudiantil pasa a diario junto al Arco de la Victoria, de piedra de Colmenar color gris perla, con esculturas en el friso, del artista Moisés de Huerta, que simbolizan las virtudes militares y las disciplinas universitarias, y con un grupo terminal compuesto de una cuadriga que transporta Minerva, obra de Miguel Arregui. Un Arco que es una invitación a entrar en la Ciudad de los estudiantes, a recorrer sus avenidas, a perderse entre árboles y jardines.





Virgen de Nuestra Señora de la Victoria, instalada en la Ciudad Universitaria



Dos religiosas universitarias. Al fondo se levanta la nueva Facultad de Derecho

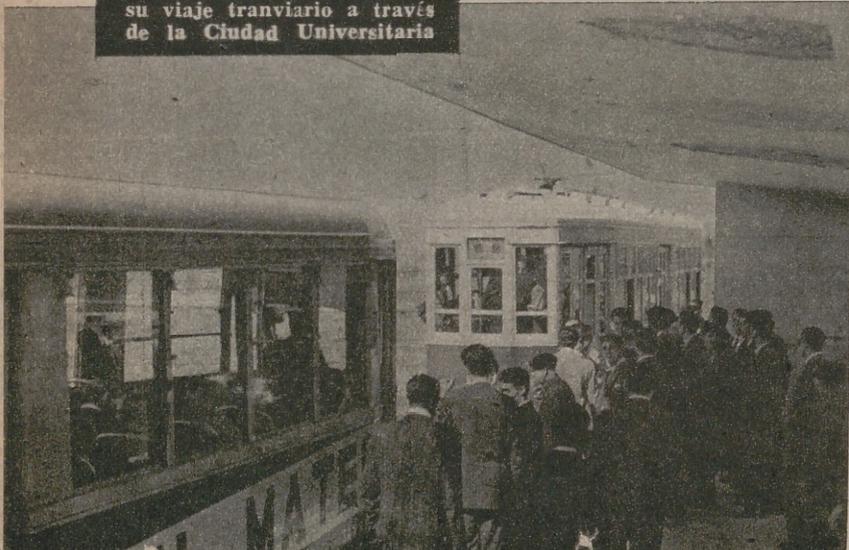
ARGO DE LA VICTORIA ADELANTE

Muy de mañana, antes de que den las nueve, por la plaza de la Moncloa circulan ya los estudiantes con sus libros bajo el brazo, sus carteras rebosando de planos, o con un puñado de cuartillas en las manos. Grupos hay que se dirigen a pie en dirección al Arco para ganar Escuelas y Facultades. Otros se alinean disciplinadamente ante el poste indicador de la parada del tranvía Moncloa-Paraninfo. Siete coches prestan este servicio y hay además un trayecto de autobuses. Por cincuenta céntimos la ida y la vuelta se recorre la Ciudad Universitaria de punta a punta.

—Hoy nos toca montar en el «ataúd».

En la parada se detiene el tranvía marcado con el número 1.000, único ejemplar de ese modelo que hay en servicio. Tiene una distribución interior semejante a los coches más modernos que circulan por las calles de

Los estudiantes van a iniciar su viaje tranviario a través de la Ciudad Universitaria



Madrid. Es un tranvía espacioso, rápido y sólidamente construido.

—¿Hay alguno que quiera pagar?

El personal de los vehículos públicos que ruedan por la Ciudad Universitaria parece contagiado del buen humor de los usuarios habituales. Son empleados jóvenes, que conocen por sus nombres a muchos estudiantes y que están perfectamente enterados si en Fisiología van a exigir en los próximos exámenes o si en Botánica van a abrir la mano.

El conductor hace sonar la campanilla para pedir al cobrador que dé la señal de salida. Las puertas se cierran y el vehículo emprende la marcha. Pero por la calzada aparece corriendo un estudiante; va casi sin aliento.

—Conductor, pare. Que falta uno... Si no llega a tiempo, no le dejan examinarse...

Nadie puede saber si en el ánimo del tranviario estaba atender a tan poderosas razones. Ha habido una mano amiga que ha agarrado la cuerda del trole y lo ha soltado del cable. Parada forzosa.

—Hoy tenemos ganas de bromar.

Ganas de divertirse tienen los estudiantes del tranvía. En la plataforma delantera, empiezan a cantar unos; atrás se manda callar y en el centro sale una voz:

—Vamos a hacer el «pepe».

Significa esto que todos los pasajeros, rítmicamente y en perfecta sincronización de movimientos, se ponen a botar sobre el piso y el tranvía adquiere un nervioso vaivén de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha. El cobrador pide paz y en breves instantes renace la calma con el estudiante que corría, montado ya cómodamente.

—Aprisa, que el de Mercantil no espera...

Y el coche marcado con el número 1.000, el bautizado con el nombre de «ataúd» por los estudiantes, emprende definitivamente la marcha hacia el recinto universitario, dejando a la izquierda los sillares del Arco de la Victoria.

«APRISA, CONDUCTOR»

Un buen itinerario es seguir la vía del tranvía para visitar la Ciudad Universitaria. Ella conduce a los dos núcleos de edificios fundamentales. El primero de ellos está compuesto por la Facultad de Medicina, la Escuela de Estomatología y la Facultad de Farmacia. El segundo de esos grupos es el de las Letras, con las Facultades de Filosofía, de Derecho y de Ciencias, ordenadas en torno a los terrenos destinados al Paraninfo, al Rectorado y a la Biblioteca. Esta zona es donde termina el recorrido del tranvía y donde da vuelta éste para regresar por el mismo camino. Se sigue con este itinerario un tramo de la autopista que conduce a Puerta de Hierro y se deja luego esta avenida pa-



Con el clásico ceremonial se inauguró el curso académico en el Paraninfo de la Ciudad Universitaria

ra enfilarse la que lleva directamente al Paraninfo.

Por esta ruta se deja atrás muy pronto el Pabellón de Gobierno, sede administrativa de la Ciudad y la residencia de profesores. Los bloques de estas viviendas son de ladrillo, con siete plantas y treinta pisos en cada uno de ellos. Son de líneas sencillas y buscan la luz y el aire a través de grandes ventanas distribuidas con simetría y arte. También los estudiantes han bautizado humorísticamente las residencias de sus maestros con el nombre de «profesoreras».

Continúa el tranvía su recorrido Ciudad Universitaria adelante, llevando a su izquierda la autopista de Puerta de Hierro, y pasa ante el Museo de América y el Instituto de Cultura Hispánica. El edificio del Museo recoge las tendencias españolas de los siglos XVII y XVIII, con clara influencia americana y detalles meridionales. Su portada principal está inspirada en las fachadas barrocas sevillanas, y el claustro es un magnífico ejemplo de arquitectura virreinal del Pacífico.

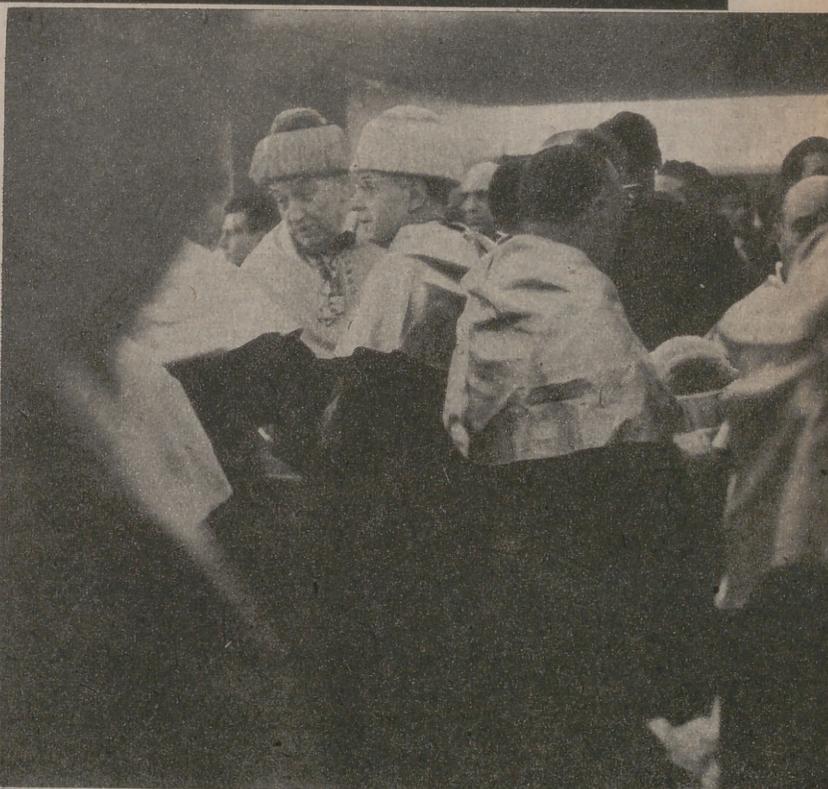
La parada en la que se detiene el vehículo es la correspondiente a la Escuela de Ingenieros Navales. No son muchos los estudiantes que bajan aquí, pero no por eso es poco el bullicio de las despedidas.

—Aguilar, a las doce nos veremos en Filosofía y Letras.

—Espérame en el bar «Guadarrama» para ir juntos a casa.

Por los setos que bordean el camino de la Escuela se alejan los futuros ingenieros para ganar a buen paso la entrada de ese edificio de piedra y ladrillo, coronado por una torre-faro de líneas clásicas.

—Aprisa, conductor, que tenemos que ver muchos estómagos.

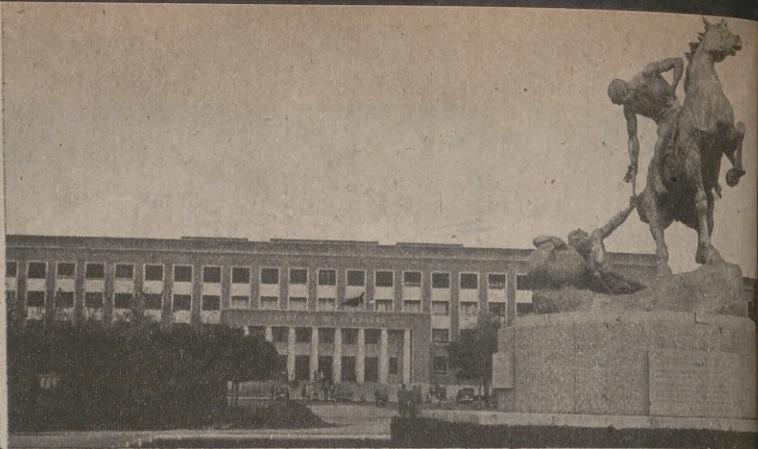


La cámara de nuestro fotógrafo Cortina recogió este grupo de catedráticos en el acto inaugural del curso académico 1956-57

CALEFACCION PARA LA CIUDAD ENTERA

Dos paradas hay para que bajen los estudiantes de Farmacia, Medicina y Odontología. En el «campus» que forman esos edificios luce, como si fuera de plata, el grupo escultórico «Los portadores de la antorcha». A los lados se extienden las líneas sencillas, modernas y armoniosas de

las fachadas principales, con zócalos, escalinatas y pórticos de granito, y con las jambas, molduras, cornisas e impostas de piedra de Almorquí. El resto, los paramentos, son de ladrillo al descubierto. Son bloques de simplicidad de elementos decorativos, con grandeza, con luz apropiada y espacio suficiente. Es la ponderación y el equilibrio de las ma-



Estudiantes italianos con las típicas capas y gorros colegiales, confraternizan con los españoles.— Derecha: «La antorcha», monumento levantado frente a la Facultad de Farmacia

sas lo que predomina en este grupo arquitectónico de la Ciudad Universitaria, uno de los más notables por sus vastas dimensiones.

Alejado de estos centros docentes, perdido en un bosque de álamos y plátanos, se levanta la central térmica, que caldea en invierno todas las instalaciones de la Ciudad Universitaria. Una caldera de carbón y dos de aceite pesado envían el agua a una temperatura de 180 grados a los distintos edificios por una red de tuberías de cerca de quince kilómetros de longitud. Millón y medio de pesetas se gastan al año en el carbón y en el aceite pesado que consume la central. Desde las cuatro de la madrugada hasta las seis de la tarde funciona diariamente en invierno con la sola excepción de los sábados, en que se dejan apagar las calderas a fin de limpiar sus parrillas.

Tres mil toneladas de carbón y 1.200 de aceite pesado queman por temporada estos hornos—afirma Felipe Cruz García, el jefe encargado de este servicio.

Por el mismo trayecto que sigue el tranvía se deja a la derecha la zona destinada a Jardín Botánico, detrás de la cual está la Escuela de Ingenieros de Montes. Tres cuerpos los forman, dispuestos como si se tratara de una T gigantesca. Su estructura es de hormigón armado y los muros exteriores se han edificado a base de ladrillo cerámico. La parte central del grupo está revestida de piedra caliza.

Para llegar hasta el final de este itinerario se avanza un centenar de metros más y se ganan las Facultades de Ciencias, a un lado, y al otro, las de Filosofía y Letras y la recientemente inaugurada de Derecho.

DERECHO ESTRENA FACULTAD

Es el edificio de la Facultad de Derecho, que ha entrado en servicio este curso escolar, hermano gemelo del de la Facultad de Filosofía y Letras. Ladrillo rojo, líneas rectas y amplios ventanales. En el vestíbulo de entrada, con muros pintados color gris perla y columnas de mármol negro, hay cartelones pegados a las paredes para orientar a los estudiantes. «La clase de Derecho Civil, en el aula once, primera planta.»

Estas aulas tienen pupitres corridos, en madera clara, dispuestos en semicírculo frente a la mesa del catedrático. Por los pasi-

llos hay todavía olor a pintura fresca y cuadrillas de obreros dan los últimos toques a la decoración interior.

—Tenemos que habilitar en seguida el campo de fútbol.

—Vamos a hacer una descubierta por los edificios cercamos. Es la aventura de la novedad. Los estudiantes recorren curiosos los rincones de la casa. Nada de lo que aquí hay recuerda a aquellas estancias tristonas y ruinosas de San Bernardo.

—Hemos tenido también la suerte de caer cerca de Filosofía: sólo atravesar el «campus».

Es junto a este «campus» donde el tranvía da la vuelta y donde los viajeros echan pie a tierra.

FILOSOFIA Y LETRAS, PUNTO DE CITA

A todas horas de la mañana se ven estudiantes por las avenidas y paseos de la Ciudad Universitaria. No todos entran en clase con el mismo horario ni todos tampoco salen al mismo tiempo. Pero hacia mediodía es cuando la animación en el exterior crece. Los grupos más numerosos se dirigen por los caminos hacia la Facultad de Filosofía y Letras.

Todo tiene su porqué. El bar de este edificio es punto de cita de un buen número de universitarios de los distintos centros docentes, que acuden a este lugar por ser fama que en él se reúne, entre clase y clase, lo mejor y más escogido del nutrido censo de alumnas de Filosofía. Tanta popularidad goza este bar que ha tenido que ser ampliado recientemente. Es un verdadero Club para todos los universitarios, donde conviven unos momentos del día los futuros ingenieros y los médicos, abogados y farmacéuticos, arquitectos y odontólogos. Lo mismo se habla de ecuaciones que de leyes administrativas, de botánica que de amor. Se habla de pintura y de la película que se puede ver por la tarde. Gráficamente llaman los estudiantes a este bar la «colmena» por tantos y tantos que entran y salen, que ríen o deambulan por él.

—Vamos los de Medicina al bar de Filosofía en los ratos libres, porque en el nuestro no vemos casi nunca a ninguna alumna.

—Las que estudian Farmacia no dejan los libros ni cuando están en el bar.

Los camareros, en los momentos de mayor animación, no tienen bastantes manos para servir bocadillos y el correspondiente

vaso de vino tinto. Por las mesas aparecen revueltos los libros de texto y los de literatura, las matemáticas con los diccionarios. Porque entre los clientes diarios se encuentran también los alumnos de todas las nacionalidades que siguen los cursos para extranjeros. Hay cabelleras rubias, y blusas de colorines, y chaquetas a cuadros, y pañuelos con dibujos castizos. Se oye decir en un inglés rudimentario:

—Esta tarde te doy yo una hora de español y tú después una clase en tu idioma...

—Mi amiga Shirley puede venir también y así practica con Alfredo.

—Me interesa que me ayudes a traducir del alemán un artículo de esta revista de Química.

Algunas clases de esta Facultad tienen también muchos alumnos de otras carreras que siempre que pueden asisten voluntariamente a ellas. Son los que estudian Arquitectura y les gusta oír unas explicaciones sobre el Renacimiento en Italia. O los de Ciencias, que sienten afición por la música. O el médico, que es un entusiasta de la pintura de Velázquez.

—Mañana se va a tratar en clase de la poesía alemana contemporánea. Si puedes venir estate aquí a las once.

Con estos contactos entre universitarios de distintas ramas científicas se cumple una de las finalidades que se perseguían al agrupar en un mismo recinto docente a todos los alumnos universitarios. Se sigue así la tendencia tradicional de nuestras Universidades, fundada en la necesidad de una constante relación de los estudiantes. Este concepto unitario era el mantenido en Salamanca y Valladolid y Alcalá, desde los tiempos medievales y que se desvió más tarde por la influencia neoclásica y enciclopédica de la Universidad francesa, atenta sólo a lograr una formación profesional y despreciando otros aspectos educativos.

Pronto se disuelven los grupos en el bar de Filosofía y los estudiantes se marchan con prisas hacia sus aulas respectivas. La hora de descanso ha concluido para muchos.

DE LAS «BOTILLERIAS» A LOS MODERNOS ESTADIOS

Si hace buen tiempo, pasada la una de la tarde, la mayoría de los estudiantes emprenden el regreso a pie hasta la plaza de la Moncloa. Siguen adelante la ave-

nida del Parainfo y los de Derecho y Filosofía se unen a los grupos que salen de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, situada cerca de la confluencia de esta avenida con la autopista de Puerta de Hierro. También se suman los estudiantes de Arquitectura, que tienen su Escuela en la zona limitada por la autopista y los campos de deportes.

Cerradas las aulas ya, muchos son los que se congregan en las pistas deportivas de la Ciudad Universitaria.

Más lejos tiene lugar una carrera de vallas. Dos se preparan a lanzar el disco, mientras los jueces realizan mediciones en el terreno. Hay libros por el césped y cuadernos de apuntes por los graderios y batas sanitarias sobre las mesas de la cantina.

A lo lejos se perfila el Arco de la Victoria, con la cuadriga que despidе destellos. Parece que el monumento preside esta escena viva y movida de los estudiantes que fortalecen sus músculos después de las clases.

—Tú, Alonso, prepárate para la carrera de los cien metros.

Hay camisolas de colorines, pijamas de entrenamiento, pieles curtidas por el sol y el aire. No podían soñar con este cuadro los estudiantes de hace treinta años, vestidos con botas de elásticos, pantalones de tubo y americanas de alpaca. No podían imaginarlo ellos, que no conocían otros centros universitarios que los caserones ruinosos de San Bernardo, de la calle de la Farmacia o de San Carlos. Eran los tiempos en que el verde césped de los estadios universitarios se sustituía por el café Correos, Inglés o Suizo. O por las «botillerías» del Príncipe o de Platerías. O por los billares de Ambrosio o de la calle de la Luna. Allí se malograban las voluntades estudiantiles de muchos y el porvenir de no pocos.

DOMICILIO: LA CIUDAD UNIVERSITARIA

La plaza de la Moncloa se ha vuelto a poblar por el alegre mundo de los alumnos que regresan a sus casas. Las calles del barrio de Argüelles parecen una prolongación de la Ciudad Universitaria. Algunos se sientan en las terrazas de las cafeterías de la calle de la Princesa y todo son saludos y proyectos para la tarde.

—Podemos ir a última hora al Club Universitario.

—Iré a tu casa para pasar a limpio los apuntes de Política.

—Yo tengo prácticas de laboratorio.

—Si me ha llegado el giro de casa, llamaré a la italiana que conocimos en el bar de Filosofía. Calles hay en el barrio de Argüelles en las que viven más puertorriqueños que en algunas aldeas de su país. Hay casas allí con más estudiantes de Medicina que en un grupo de prácticas de la Facultad.

Y además de los alumnos que tienen su alojamiento en las calles de la capital están los cientos que habitan en los Colegios Mayores de la Ciudad Universitaria. Se ha buscado para el emplazamiento de éstos las zonas más cercanas al núcleo urbano. Forman así una especie de cinturón que bordea el parque del Oes-

te, la colonia del Metropolitano y que se extiende a lo lejos en dirección a los pinares de la Dehesa de la Villa.

Son estas Residencias de estudiantes las de «Jiménez de Cisneros», «José Antonio», «Nebrija», «Ambrosio de Morales», «Nuestra Señora de Guadalupe», «Generalísimo Franco», «César Carlos», «Santa María del Campo»... Unas están destinadas a las alumnas y otras a los alumnos. Hay para hispanoamericanos y para estudiantes de Derecho, de pago y gratuitas... Se vive en ellas con sol y con luz, en cuartos cómodos, en comedores limpios, en salones de estar acogedores, con teatro y cine, capilla y biblioteca, con discos y cuartos de estudio. Se han construido buscando lo cómodo y lo sencillo, teniendo en cuenta las últimas técnicas. El Colegio Mayor «Santo Tomás», a punto de inaugurarse, se ha edificado de forma que cada dormitorio disfruta las mismas horas de sol que los demás, sin pasillos interiores, que se han sustituido por terrazas al aire libre por las que se llega a las habitaciones. Se gana con esto independencia, sin ruidos y con inmejorable aireación. Tan calculado está todo que la distancia a recorrer por las terrazas hasta alcanzar la escalera interior no da tiempo a que los colegiales se resfríen al salir de sus cuartos.

—La discoteca del Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros» tiene fama por lo completa que es. Dan allí audiciones semanales y conferencias sobre música.

—En la Residencia «Nuestra Señora de Guadalupe» han organizado una orquesta y ensayan a fechas fijas.

—Los alumnos del «José Antonio» son los más aficionados al atletismo.

25.000 UNIVERSITARIOS A LA SOMBRA DEL ARCO

No termina la vida de la Ciudad Universitaria con la llegada de la tarde. Cambia, eso sí, su fisonomía, pero sigue habiendo estudiantes, que van a las clases prácticas con aire más reposado que a la mañana. Buscan otros la calma de los caminos más retirados para repasar los temas y se encuentran algunos en los campos de baloncesto, de rugby, de fútbol o en las pistas de tenis.

Pero las tardes son principalmente para los matrimonios viejos, que poquito a poco avanzan por los senderos hasta que encuentran sin prisas el banco soleado y protegido del viento fino y transparente que en la Guadarrama. Es el tiempo también de los niños, que tienen a su disposición espacio para correr sin la amenaza de coches. A lo largo de la autopista de Puerta de Hierro baja la caravana de los que van a pasear por la Ciudad Universitaria sin libros y sin preocupaciones escolares, pero que hallan allí campo abierto, árboles y flores, con el paisaje de los bosques de El Pardo y de la Casa de Campo y el fondo incomparable de la Sierra, magnífico fondo este de azul, gris y de luminosa plata.

Alrededor de las siete, el punto de cita es el Club Universitario.



Torreón central del moderno Colegio Mayor «José Antonio»

entre la alfombra verde de la zona de deportes. Es entonces cuando apenas se habla de logaritmos ni de proyectos de edificios, de Química o de Patología. Quedan a esa hora muy lejos las inquietudes de los estudios y es el momento en que los estudiantes tejen sus ilusiones.

—En cuanto termine la carrera instalaré la clínica de rayos y nos podremos casar.

—Ya verás si estudio o no cuando llegue el momento de preparar Notarías.

—Tres años para ser farmacéutico, otro año para hacer las prácticas de la Milicia y un par más hasta abrir la farmacia... No falta tanto...

Se viene encima la noche y en dirección al Arco de la Victoria van los que abandonan hasta el día siguiente la Ciudad Universitaria. En sentido opuesto caminan los que habitan en los Colegios Mayores. No queda a ninguna hora del día sin su mundo estudiantil la Ciudad Universitaria.

—Mañana, a las doce, nos veremos en la «colmena».

—A las nueve menos cuarto, en la parada del «ataúd».

Y un día más empieza. Los 25.000 universitarios vuelven a pasar o a moverse a la sombra de los sillares del Arco de la Victoria, mientras Minerva, encaramada en lo alto del monumento, parece que va a depositar la corona de laureles que sostiene en su mano en las sienes de cualquiera de estos estudiantes.

(Fotos CORTINA)



Estas son las instalaciones centrales de calefacción para todas las dependencias de la Ciudad Universitaria

CASI UN SIGLO DE HISTORIA EN LA VIDA DE LA INFANTA DOÑA EULALIA

VILLA A'TAULFO, UNA CASA EN UN PUEBLO VASCO

EL pueblo contó uno a uno los cañonazos. Al llegar al número quince se hizo un silencio impresionante en la plaza de Oriente. Luego un rumor de desencanto corrió por la multitud. Había nacido una infanta de España, hija de la Reina Isabel II, Eulalia de Borbón y Borbón. Un frío intenso helaba las calles de Madrid. Era el día 12 de febrero del año 1864.

Cuando la infantita cumpla cuatro años una revolución minaba el Trono de su madre, la Reina de los tristes destinos, y, desde Lequeitio, la Familia Real se trasladaba al Palacio de Pau, vieja propiedad de Enrique IV de Francia. Los Emperadores de Francia acudían a recibir a los exiliados.

Mientras Isabel II se instalaba en el Palacio de Castilla de París, el general Prim buscaba a alguien que sentar en el Trono español. Como el elegido fuese el príncipe Hohenzollern Sigmaringen, el pueblo español le llamaba «Ole-ole» si me eligen.

Siendo muy niña, la infanta Eulalia habló con el Emperador Luis Napoleón Bonaparte y vivió las jornadas de Sedán y su caída. Aquello obligó a su familia a abandonar momentáneamente París, a donde regresaron en seguida. Entonces fué cuando la pequeña Eulalia y sus hermanas ingresaron en el Colegio del Sagrado Corazón, rue Varennes 77. Por esta época la Infantita iba espigando su figura y era completamente feliz. Le agradaba visitar a su abuela, la Reina María Cris-

tina de Nápoles, la bella y triste italiana, última esposa de Fernando VII, en su casita de los Campos Elíseos, donde la dulce Soberana le contaba historias y leyendas de palacio, de viejos sueños, de amores lejanos y de guerras carlistas y heroicas.

La pequeña Infanta escuchaba todo con los ojos muy abiertos y preguntaba sin cesar.

Su infancia transcurría placida entre las colegialas revoltosas y alegres del Sagrado Corazón. Pero un día al regresar al hermoso Palacio de Castilla se quedó asustada de la agitación que había. Era que su hermano Alfonso acababa de ser proclamado Rey de España por el general Martínez Campos. Aquello abría el camino de España y la infanta Eulalia sintió algo muy hondo en su corazón y sus bellos ojos azules brillaron de lágrimas.

Hicieron el viaje en barco hasta Santander. La infantita, rubia



La Infanta doña Eulalia durante una visita al Colegio Mayor de España en Bolonia. A su derecha, el alcalde de la ciudad con el rector del Colegio

y encantadora, se pasó el día mirando el mar. Por sus venas corría la sangre de marinos y guerreros y amaba el agua y las olas oscuras y la brisa y el horizonte siempre lejano e inalcanzable.

EL PANTEON DE LOS INFANTES

El Monasterio de El Escorial fué una cárcel para aquella niña revoltosa e inquieta. No se sentía feliz en el edificio gris y triste de largos pasillos y grandes habitaciones. El panteón de los Infantes fué para ella un amargo descubrimiento. Apenas tenía catorce años, poseía un cuerpo delgado y flexible y unos ojos muy grandes en los que se contenía un deseo inagotable de vivir. Vió el sitio que estaba reservado para



La Infanta en su cuarto de trabajo, en París, cuando publicó su cuarto libro



Doña Eulalia en su residencia de San Sebastián

ella y se estremeció. Más tarde su hermana Pilar ocuparía su sitio en el panteón y la infanta Eulalia conocería de cerca el dolor de la muerte.

Pero su tristeza de El Escorial terminó, al fin, cuando la trasladaron al Alcázar de Sevilla. Allí había sol y alegría y encontró unos primos encantadores con los que podía jugar y correr. Eulalia de Borbón sentía un cariño especial por Mercedes, bella y sencilla como una princesa de sueño. Pero tenía un rival poderoso que era el Rey de España y un día de alegría y esperanza la hermosa María de las Mercedes se convertía en Soberana de España. Pero murió pronto de fiebre y de amor y el pueblo español la acompañó a su tumba entre canciones y romances.

INFANTA ANTES QUE MUJER

Había ya muerto Alfonso, XII, estaba encinta su segunda esposa, María Cristina de Habsburgo, cuando se decidió la boda de la infanta Eulalia. Poderosos motivos políticos la obligaron a casarse con su primo Antonio de Orleans, hijo del duque de Montpensier. La bella Eulalia se resistió a casarse. Gozaba fama de ser coqueta desde el día de su puesta de largo en el palacio de los duques de Bailén porque un joven atrevido había prendido en su vestido esta frase de amor: «Soy un gusano de tierra enamorado de una estrella y esta estrella se llama Eulalia». Pudo casarse con el heredero de la Corona portuguesa y no quiso. Tenía un espíritu libre y espontáneo, era aficionada

a las Artes y poseía un gusto natural muy delicado y una sensibilidad acusadísima. Así es que no le agradaba aquel matrimonio impuesto. Un día, su hermana la infanta Isabel, tan querida del pueblo, la encerró en su cuarto y ante sus protestas, le dijo estas palabras:

—Hay que saber ser infanta antes que mujer.

Eulalia de Borbón obedeció la orden del destino histórico. El duque de Montpensier fué el padrino, la condesa de París, la madrina. Sus joyas y su traje provocaron la envidia en todas las Cortes del mundo. En la iglesia, perdido en un segundo plano estaba presente un sacerdote sin significación. Más tarde sería Benedicto XV. La infanta se negó a pronunciar el «sí» de ritual. Era una mujer de gran carácter. La condesa de París, alegando una ronquera, contestó por ella.

Poco después nacía Alfonso XIII. En el mismo momento de sonar el cañonazo número dieciséis, el pueblo entero de Madrid prorrumpió en manifestaciones de alegría incontenible. Y el trono de San Fernando fué ocupado inmediatamente por aquel niño que contaba unas horas de vida y que era presentado al Gobierno envuelto en pañales sobre una bandeja de plata.

SEIS PAPAS Y MIL SOBERANOS

En este año celebraba sus bodas de oro en el Trono Su Graciosa Majestad la Reina Victoria de Inglaterra. La infanta Eulalia y su esposo acudieron al jubileo. En el palacio de Windsor vivieron unos días de paz y alegría príncipes de todas las Casas europeas. Allí conoció la princesa española al futuro Emperador alemán, cuya grandeza viviría de cerca y a cuyo destierro del castillo de Doorn acudiría a visitarle cuando Guillermo II era sólo un floricultor que no hablaba jamás de política.

De Inglaterra los recién casados se trasladaron a Italia, donde eran herederos de un riquísimo ducado, el de Galliera. Fiestas, besamanos, flores, armiños, perfumes, escotes y amor pasaron como un relámpago por la vida de Su Alteza. El Papa, en su trono bordado de trocado rojo, escoltado por su guardia, recibía a una hermana de Su Majestad Católica el Rey de España. Seis Papas conocería la infanta española a lo largo de su existencia: Pío IX, que le dió la Primera Comunión, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, el cardenal Pacelli con el que ella hablara muchas veces en la ciudad de Munich.

De Galliera aquella infanta, viajera e incansable, con su belleza delicada y atractiva, fué paseando de corte en corte su encanto y su gracia que le hacía ser admirada y querida de todos los soberanos.

Conoció a Francisco José de Austria, el Emperador melancólico y soñador y a aquel gran burlón que fué el príncipe de Liechtenstein. Y al príncipe Alberto de Mónaco, espiritual y sencillo, enamorado de la ciencia, que llenó de sabios su principado. Y al Rey loco, el extraño Luis II de Baviera, que soñaba

con poemas medievales, con cisnes y lagos y que construyó hermosos castillos en los picos más altos de su reino. En el más bello de los sueños de Luis de Baviera, el castillo de Hohenschwagan, vivió la infanta española. Hasta que un día corrió por el mundo la noticia de que su Majestad el Rey de Baviera se había suicidado en el lago Starnberb entre aguas transparentes y bellezas eternas. Y su hermano Oton, que creía ser un perro, subía ladrando al Trono...

En alguna ocasión la infanta Eulalia visitó en su residencia de Farnborough Hill a una española, la emperatriz Eugenia, que lloraba la muerte del príncipe imperial. Napoleón IV, en lucha con los zulúes, y que un día fué la más bella soberana del mundo. Eugenia de Montijo, historia hecha leyenda de belleza y dignidad, agonizó en el palacio de Liria a los noventa y cuatro años de edad. Hoy está todavía temblando de gozo de vivir en un retrato de Winterhalter en el palacio reconstruido.

De Farnborough Hill no estaba demasiado lejos el castillo de Glamis, célebre por sus fantasmas. Pero los fantasmas no fueron galantes con la bella española y no hicieron acto de presencia. La infanta quedó desilusionada. Y el Rey Eduardo VII le dijo sonriendo:

—Fantasmas... Son mis más fieles, tranquilos y constantes súbditos.

Sin embargo, no todo eran fiestas, bailes, sueños y alegrías. Por estos días fallecía el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, Rey destronado de Francia y suegro de la infanta española.

HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE Y HASTA LA ÚLTIMA PESETA

Era una frase de Cánovas que se hacía eco en todos los españoles. Cuba era último fulgor del Imperio español y estaba a punto de perderse. España envió una gentil embajadora para salvar la situación. Su Alteza Real la Infanta de España Doña Eulalia de Borbón y Borbón. El viaje fué largo y penoso, pero la infanta permanecía fresca y alegre con su talle finísimo y el encanto de su figura airosa y sus ojos azules eternamente curiosos que buscaban lejanías por los caminos del mar.

La misión diplomática comenzó con un incidente curiosísimo: Doña Eulalia desembarcó en Cuba con un precioso traje del mismo color que la bandera de los separatistas cubanos. Pero, gracias a Dios, casi nadie advirtió aquello y el encanto y la seducción de los ademanes y las sonrisas de aquella mujer hechizaron toda la isla y a todos sus habitantes. Aquella vista tuvo la virtud de contener dos años más el levantamiento cubano. Porque la infanta se había dado cuenta del estado de los ánimos y anunció la próxima pérdida de la isla. Su intuición política no erró.

Desde Cuba realizó un largo viaje por Estados Unidos con el fin de visitar la Exposición de Chicago, y el pueblo americano aclamó con un entusiasmo sin límites a la princesa rubia que llegaba del otro lado del Océano y

que pertenecía a la familia más ilustre del mundo entero.

Cansada y enferma del viaje regresó a España, dió cuenta de su misión, no le hicieron caso de sus vaticinios, y ella continuó su caminar por los palacios europeos. En Alemania, por ejemplo, tuvo ocasión de conocer a un gran bebedor, el conde de Keyserling, que pertenecía, al parecer, a la nobleza lituana, y que más que un filósofo parecía un barril.

EL DIVORCIO

En marzo de 1900 decidí plantear a mi marido la cuestión del divorcio. Sin una palabra de reproche, sin un gesto de amargura, con voz lenta y suave, una gris mañana de la primavera de París, en que la explanada de los Inválidos se llenaba de parejas de enamorados, le anuncié mi propósito de dejarlo en libertad con sus amigas y de irme con mis hijos.

El descubrimiento fué casual. Entre un paquete de cartas, doña Eulalia encontró una dirigida a su marido. Empezaba con estas palabras: «Sielito mío.» Y llevaba una firma de mujer: Carmela.



La Infanta doña Eulalia en sus años jóvenes

Aquello abrió una serie de descubrimientos que la condujeron a tomar una decisión irrevocable. Mil historias y mil escándalos volaron por todos los palacios. Un larguísimo pleito se entabó. El asunto se llevó al Papa, Isabel II, al fin, apoyó a su hija. La infanta de España, pues, no quería olvidar que era mujer. Al cabo, la separación fué un hecho.

Pero para aquella infanta viajera y vivida no habían terminado las penalidades. Reunida con sus dos hermanas presenció la muerte de su madre la Reina Isabel II que murió, siendo anciana, en su palacio de Castilla y fué trasladada a España, el país de su corazón, la patria que jamás pudo olvidar.

UNA INFANTA DE ESPAÑA NO PUEDE SER RUBIA

En Rusia vivió con el Zar y la Zarina, vió la miseria del país y

conoció a una de las mujeres más bellas y singulares de Europa, la princesa Yusupof, que parecía una escultura de mármol con un encanto indefinible de pintura oriental. En Rusia se recordaba todavía las esplendideces y el derroche del duque de Osuna, embajador de España, que hacía traer claveles de Andalucía en tren especial para prenderlos en los escotes de las princesas rusas.

Sus ideas en política eran muy claras. Poseía una rara intuición para adivinar acontecimientos.

—Los nobles—diría en una ocasión refiriéndose a España—están levantando una muralla entre la Monarquía y los intelectuales, y ambos son extraños ahora y serán enemigos más tarde.

Y si alguien le preguntaba el remedio para los males de España solía decir:

—Se necesitan hombres preparados, grandes estadistas. En España sólo tenemos un estadista.

—¿Quién?

—Alfonso XIII, naturalmente.

Su amistad con artistas y escritores era de todos conocida. Trató a Pierre Loti, a Anatole France, Paul Borget, Prevost, Spengler, Bergson, el filósofo galante cuyas lecciones de cátedra eran reuniones de sociedad, y a Gabriel D'Anunzio, que, rodeado de galgos en la playa de Arcahon, fué uno de los artistas más admirados de la infanta española.

Por este tiempo el gran pintor Lenbach le hizo un retrato. Pero ella no se encontró muy parecida. El pintor pintó su pelo negro y sus ojos oscuros.

—Pero si soy rubia.

—Una infanta de España no puede ser rubia.

Y como doña Eulalia protestase todavía, el artista añadió:

—Nadie se ve a sí mismo. Bismark creía tener una expresión dura, cortante, de acero, y era una expresión burlona. León XIII se creía dulce y lo veían amable y bondadoso los que no sabían ver. Era áspero, frío y seco y yo así lo he pintado. Vuestra alteza es así, como yo la retrato.

TIA, ESTAMOS HACIENDO EL TONTO

«Au fil de la vie» fué, sencillamente, un libro inteligente. Pero las intrigas cortesanas lo convirtieron en escándalo aun antes de publicarse. El Rey Don Alfonso prohibió a su tía doña Eulalia aquella publicación. Pero la orden llegó tarde. Unos cientos de ejemplares estaban ya distribuidos. Mil calumnias se alzaron en España. Y un decreto real prohibió la entrada en su Patria a la hija de Isabel II.

La infanta tomó las cosas con mucha calma. Ya no era una niña, y su larga experiencia le había hecho comprobar la importancia que tiene el saber esperar. Durante diez años estuvo ausente de España. Esta situación le permitió gozar de una gran libertad, y entre otras cosas tuvo oportunidad de conocer a don Jaime, jefe de los carlistas. Personas de mundo las dos, la entrevista tuvo carácter cordialísimo.

—¡La hija de Isabel, con el hi-

jo de Don Carlos!—exclamaria un día la infanta española.

Pero el destierro de España dolía en el alma de la bella princesa. Un encuentro casual en la playa de Deuville vino a solucionar el problema. Don Alfonso XIII, aquel Rey inteligente y sencillo que el pueblo adoraba, cogió de las manos a doña Eulalia y exclamó sonriente:

—Estamos haciendo el tonto, tía.

Unas semanas después la infanta volvió a su país y tenía ocasión de abrazar a los hijos de Don Alfonso. Le sorprendió enormemente la inteligencia y la seriedad del infante don Juan, que poseía un sentido de la responsabilidad, increíble en su edad.

Luego, después de Primo de Rivera, vino la República, el Rey llegó a París, y España, mal gobernada por un pésimo sistema político, atravesó el período más amargo de su Historia. En Roma se casaba don Juan, heredero de Alfonso XIII, con una española bella y buena, la princesa María de las Mercedes de Borbón, el Rey se moría de pena y nostalgia y una guerra nacional contra la República y la anarquía cubría de sangre y de gloria los viejos campos de batalla de España.

VILLA ATAULFO, UNA CASITA EN UN PUEBLO VASCO

He aquí, pues, la historia de una mujer singular. Hija de reyes, hermana de reyes, prima de emperadores, emparentada con todos los monarcas europeos, paseó sus sueños y su belleza por todas las Cortes de Europa. Conoció soberanos que ya están perdidos en las páginas de la Historia, vió quince destronamientos, otras tantas abdicaciones y revoluciones. Vivió la época más crítica de la Humanidad, contempló con sus bellísimos ojos todos los soles y aprendió de todos los hombres y de todos los estilos de vivir. La existencia no tuvo secretos para ella.

Hasta aquí la vida de una infanta de España. El resto es breve y de todos conocido. Después de la Cruzada de Liberación y de la muerte de su sobrino Don Alfonso XIII fijó su residencia en Irún, muy cerca del mar, del que siempre estuvo enamorada. Allí los recuerdos se han hecho brumas lejanas, y el respeto y la simpatía le acompañan en sus paseos y en su casa. Todavía ha tenido ocasión de acudir con frecuencia a Miramar, en su pequeño coche.

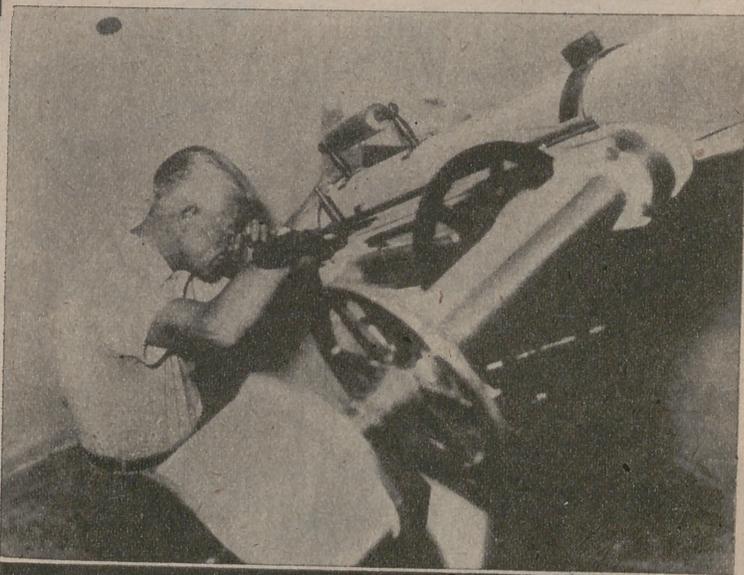
Hace unos días, un accidente vino a turbar la paz de villa Ataulfo. La infanta tropezó y cayó al suelo, sufriendo una fractura. Su hijo Don Alfonso y su nieto Don Ataulfo acudieron a su lado. Los médicos creyeron conveniente operarla, y la trasladaron a una clínica. La enferma soportó con firmeza la operación. Su vida está ya por encima del tiempo. Ella es la infanta de España Eulalia de Borbón y Borbón, hija de Isabel II, una Reina que perdió el trono hace ya casi cien años.

Luis María ANSON

LOS ASTRONOMOS EN IBIZA APUNTARON A MARTE

LA AGRUPACION ASTER. -- OCHOCIENTOS SOCIOS Y MAS DE CUATRO MIL FOTOGRAFIAS DEL PLANETA

QUINCE DIAS DE APASIONAMIENTO ASTRONOMICO



Un operador poniendo en grados el telescopio del Observatorio de Ibiza.—Arriba: Torre del nuevo Observatorio balear, desde donde se han realizado más de 4.000 fotografías de Marte

OBSERVATORIO astronómico de Ibiza: once en punto de la noche. Hoy, día 10 de septiembre, ha hecho un día espléndido. Los turistas han acudido bien temprano a la playa. Aun ahora, a las once de la noche, la gente se mete en el agua, plateada, por

el brillo de la Luna, de innumerables estrellas y del planeta Marte, gran vedete de la actualidad científica y popular.

La meteorología civil y ciudadana está hoy de acuerdo con lo científico. Hay una gran estabilidad atmosférica; la transparencia

es única en este cielo de por encima de la isla. Ninguna nubosidad. Marte está a la vista.

A las once, los enviados de la Agrupación Aster, de Barcelona, se han dirigido al Puig des Molins, como todas las noches desde el día 1.º de este mes. Hemos podido distinguir al presidente de esta Sociedad de grandes aficionados, don Ernesto Guillé, comerciante catalán y entusiasta astrónomo «amateur». El señor Guillé venía acompañado de don Salvador Agullar, presidente de la Comisión de Instrumental de la Agrupación. Don Salvador es óptico y propietario de un establecimiento de aparatos de precisión en Barcelona.

El pequeño y nuevo Observatorio de Puig des Molins—cerro de los Molinos—, situado a unos 400 metros de la ciudad, es también el centro del interés creciente de los ibicencos, inquietos por la más favorable oposición del planeta Marte desde hace muchos años.

Los enviados de la Agrupación Aster—seis en total—se proponen fotografiar al planeta utilizando una cámara especial con película de blanco y negro y agfacolor. Trabajan independientes del nuevo personal de este Observatorio, que dirige un joven de veintitrés años: don Daniel Escandell Serra.

A las tres de la mañana terminarán su tarea fotográfica, que a veces adquiere una rapidez extraordinaria: en diez minutos se ha logrado conseguir cuarenta fotos. A esta misma hora, los señores Mauri, Serra y Tur, además de don Daniel Escandell, ocupan el lugar de los anteriores para dedicarse a observaciones y estudios visuales hasta la madrugada. Así ha sido; los astrónomos aficionados, en Ibiza, apuntaban a Marte.

IBIZA, UN OBSERVATORIO QUE COSTO 80.000 PESETAS, SITUADO ENCIMA DE UNA NECROPOLIS

El sótano del Observatorio de Ibiza ocupa el espacio de tres tumbas fenicias. El Observatorio está instalado en una antigua necrópolis en la que, posiblemente, no se edificará por los alrededores.

Fué financiado por el Ayuntamiento. El telescopio costó unas 25.000 pesetas, y se compró aprovechando una ocasión; el terreno se consiguió por 20.000, y el reloj sideral por otras 25.000 pesetas. Por 80.000 pesetas se logró montar un observatorio de mediano alcance, ahorrándose unas 400.000 pesetas, que son lo que se suponen ha-

brian costado de más los instrumentos, de no haberse tenido las oportunidades del caso. Consta de sótano, un primer piso cuadrado, de cuatro metros de lado, como el sótano; una segunda planta, de forma octogonal en la que está inscrita la cúpula, de otros cuatro metros de diámetro. Fué nombrado director del Observatorio don Daniel Escandell Serra.

El telescopio es un refractor Secretan-Bordon, de 16 centímetros de diámetro. Tiene ecuatorial, aparato sobre el que va montado el telescopio, en un eje paralelo al de la Tierra. Dispone de un reloj sideral, que hace girar al telescopio en sentido contrario a la rotación de nuestro globo, movimiento que contrarresta para evitar que el planeta o la estrella escapen del campo de observación.

Durante quince días, del 1 al 15 de septiembre, han trabajado independientemente dos grupos: el grupo de la Agrupación Aster ocupado exclusivamente en conseguir fotografías, trabajaba de once a tres de la mañana, y el grupo propio del Observatorio, que lo hacía de tres en adelante.

Al principio, la gente no se interesó demasiado en las actividades de estos dos grupos independientes. Al poco tiempo, quizá por las noticias difundidas en la Prensa, centenares de personas querían observar directamente al planeta. El Ayuntamiento de Ibiza se vió obligado a poner guardias municipales para mantener el orden en las proximidades del Observatorio.

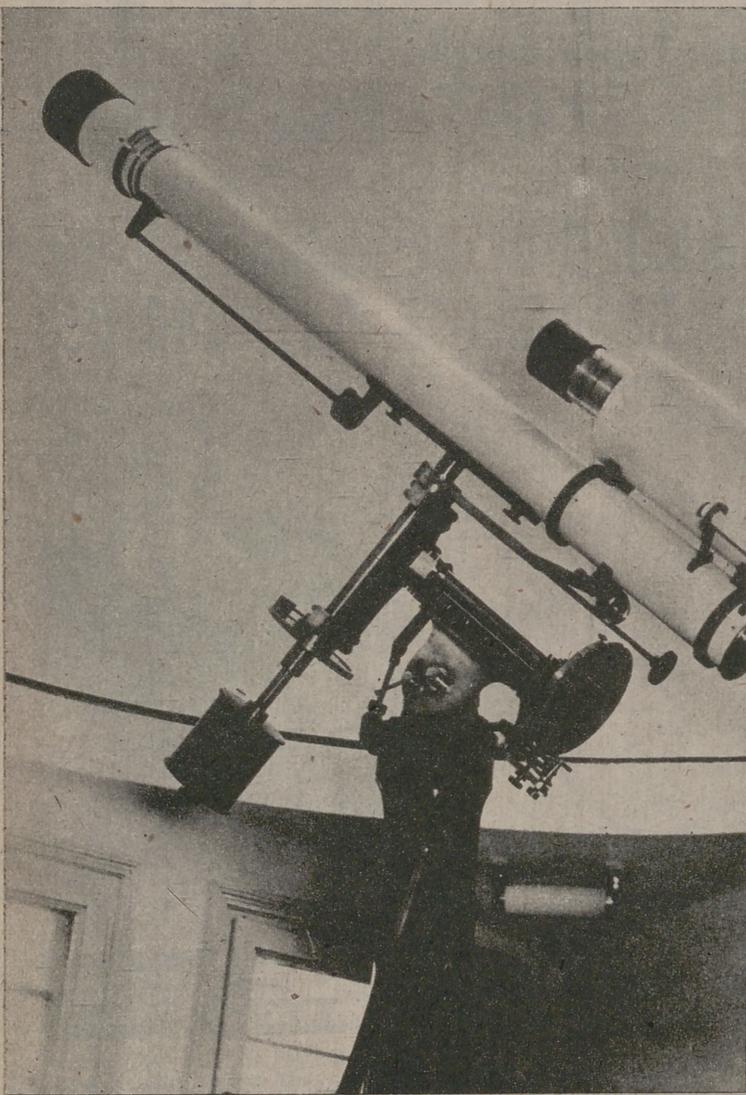
Se celebraron tres coloquios públicos: uno, organizado por el Círculo Ebusus (Ebusus es el antiguo nombre de Ibiza); otro tuvo lugar en el Casino, y el tercero hubo de celebrarlo ya en un teatro. Se hicieron preguntas como ésta:

—¿Han visto ustedes a los marcianos?

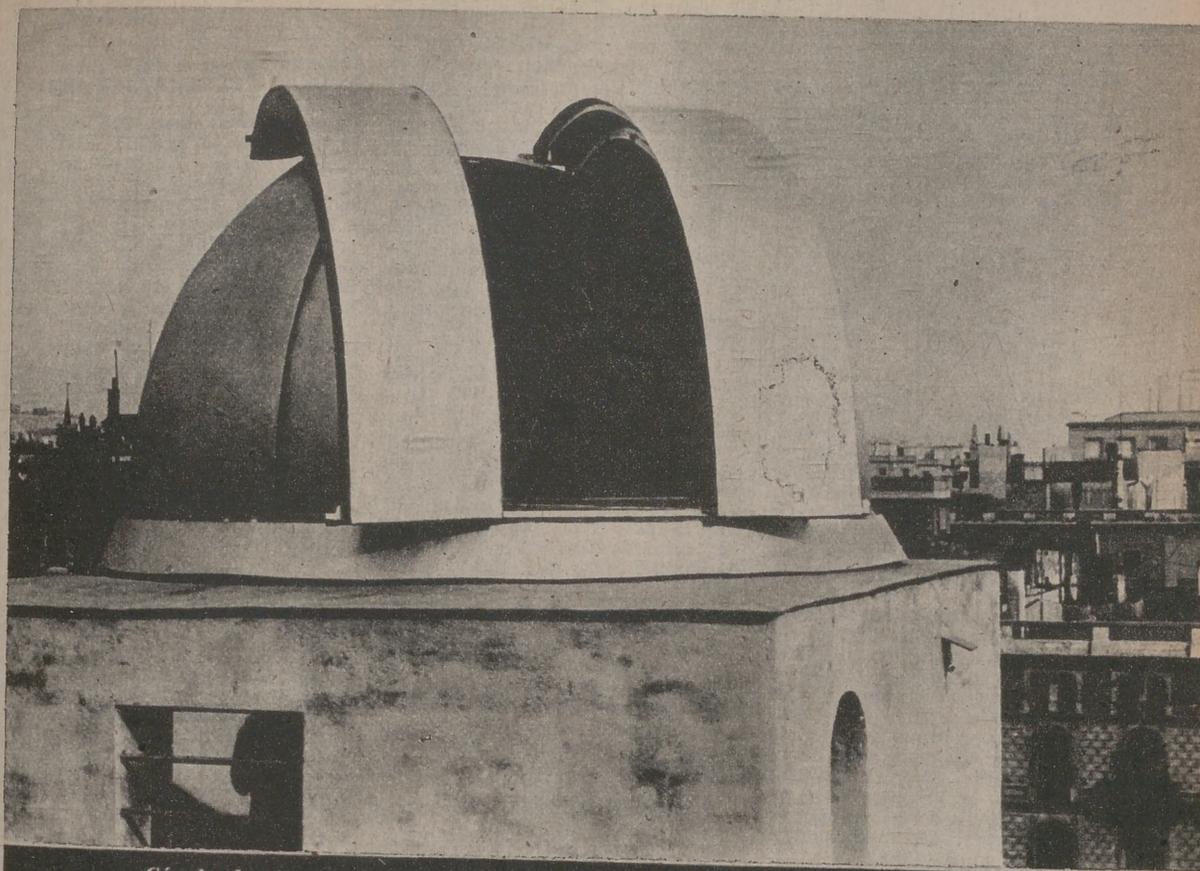
Los ibicencos y turistas pensaban que Ibiza estaba más cerca que ningún otro lugar en la Tierra, del planeta, y los astrónomos «amateurs» se vieron en algunas ocasiones en apuros para responder a la curiosidad pública. Durante quince días, Ibiza vivió y se apasionó por las cuestiones astrales. El día 15 los enviados de la Agrupación Aster, una vez terminado su trabajo fotográfico, volvieron a Barcelona. Su programa diario en la isla fué el siguiente: once de la mañana, desayuno; luego, paseo o baño; comida, a las cuatro; por la tarde preparaban sus aparatos y material fotográfico o hacían alguna excursión; a las diez de la noche cenaban; y a las once acudían al Observatorio.

COMERCIANTES E INDUSTRIALES FORMAN LA DIRECTIVA DE LA AGRUPACION ASTRONOMICA ASTER, QUE CUENTA CON 800 SOCIOS

Mire usted: el paseo de Gracia, en Barcelona. El número 71 es una casa de vecinos como la suya. Tiene siete pisos; en ellos viven empleados administrativos, quizá algún médico, estudiantes, etcétera. Es decir no todos están habitados por honestas familias catalanas. Pase usted del sexto piso; allí, en el séptimo y ático, está instalada la Agrupación Aster. La casa tiene azotea: una



Uno de los telescopios de la Agrupación Astronómica Aster, de Barcelona



Cúpula de observación de la Agrupación Astronómica Aster, de Barcelona

azotea especial, con una cúpula—cúpula de observatorio astronómico—de 3.25 metros de diámetro.

Si sí; cuente, cuente. Hay cuatro telescopios; uno, el más grande, de 16 centímetros de abertura, igual que el del Observatorio de Ibiza. Otro de 12 centímetros, uno de 11 y el último y más pequeño, de seis centímetros de diámetro.

La Agrupación Aster fué fundada en 1948 por un grupo de aficionados a la Astronomía. Edita la revista «Aster», de divulgación. «Aster» resume los trabajos aparecidos, en España y el extranjero, da cuenta de los estudios realizados por la Agrupación, etc. El grupo inicial trabajó de firme para llegar a lo que hoy es.

La cúpula fué construida por ellos mismos. En los ratos libres, los enamorados de los vastos espacios planetarios colocaron con sus propias manos los ladrillos y el cemento necesarios. La casa del paseo de Gracia, 71, está adecuada para evitar la vibración del edificio.

Todo se ha hecho por la apreciación de dinero y trabajo de sus socios. Actualmente cuentan con ochocientos. Los que viven fuera de Barcelona pagan 10 pesetas de cuota mensual; el socio de la capital contribuye con 15 pesetas. Durante la primera quincena de septiembre más de cinco mil catalanes han pasado por las instalaciones de esta sociedad de aficionados.

Por ejemplo: ¿Quiere usted saber a qué se dedican, cuál es la profesión de los señores que tra-

bajaron en Ibiza? Pues bien, el señor Ollé—que es vicepresidente—se dedica a la industria textil y es un gran aficionado; Max Linz es un joven alemán que estudia en la Escuela Alemana de Barcelona: fué de ayudante de fotografía, vocal de la Junta directiva y comerciante es don Rafael Aragonés; don Filiberto Ala es socio de la Agrupación... A Ibiza fué también el señor Lleguet Colomer, y fué el único que se dedicó, de los enviados de Aster, a las observaciones visuales. Al presidente, don Ernesto Guillé, le viene la afición de su padre: ha leído muchos libros de Astronomía y su profesión habitual es, como ya se ha dicho, la de comerciante. El señor Aguilar, también se ha dicho, es óptico.

Han conseguido con su entusiasmo despertar una sana inquietud por la Astronomía, esta bella ciencia del inmenso espacio.

UNA FOTOGRAFIA DIARIA AL SOL.—ESTUDIOS DE MICROCLIMA Y MARTE.—ALGUNAS DE LAS ACTIVIDADES DE LA AGRUPACION CATALANA

En Barcelona funciona una curiosa cadena de 35 estaciones meteorológicas. Una de ellas es la Agrupación Aster. Todas, están vinculadas a los servicios meteorológicos nacionales. Estas 35 estaciones, diseminadas en Barcelona ciudad y suburbios, realizan un estudio que se llama, ni más ni menos, que «microclima pluviométrico», que mide y estudia al detalle la intensidad de la lluvia sobre la capital.

Los trabajos científicos de la Agrupación Aster consisten en estudios estelares, etc., para los que disponen de una cámara solar de 10 centímetros de diámetro y otra para fotografía planetaria que emplea película cinematográfica, que permite una sucesión rápida de fotos. Tienen también otras dos cámaras, una de 13 y otra de 12 centímetros de diámetro.

Es uno de los 13 observatorios de todo el mundo que le saca una fotografía diaria al Sol; todos los días, excepto los que no hay sol, claro. Este trabajo permite seguir paso a paso el estudio de la imprescindible bombilla del mundo y tiene por objeto evitar que las circunstancias atmosféricas impidan a un determinado observatorio conseguir la fotografía un día cualquiera con nubes; de este modo, entre los 13 que se dedican a esta tarea, el riesgo es mucho menor.

Los aficionados de la Agrupación Aster han sido asesorados por el padre Romaña, director del Observatorio del Ebro, y por el profesor Walmeier, del Observatorio de Zurich.

Durante las sesiones del Año Geofísico que se han celebrado en Barcelona han visitado la casa del paseo de Gracia, 71, los directores de los Observatorios de Harvard, París, Sonneberg (Alemania), etc.

También mister Kaplan, director del proyecto de satélite artificial, y sus colaboradores Joyce y Hagen; el presidente de la Unión Astronómica Internacional, señor Banjon; el padre Cardús, subdirector del Observatorio

del Ebro. Todos ellos han tenido frases de elogio para los trabajos de la Agrupación.

Como dice el señor López Arroyo, astrónomo del Observatorio de Madrid: «Todo nuestro respeto y estímulo para el aficionado honesto que cada noche, pegado al ocular de su telescopio, nos acompaña.»

CUATRO MIL FOTOGRAFÍAS DE MARTE, CON DOS MILIMETROS DE DIÁMETRO, HA HECHO ASTER DESDE EL OBSERVATORIO DE IBIZA

Una de las posibilidades más sugestivas que se ha ofrecido, en relación con las últimas observaciones, es la confección de un mapa fotográfico de Marte. El señor Guillé, presidente de la Agrupación Aster, nos habla de la necesidad de esperar los resultados del trabajo fotográfico realizado antes de hacer afirmaciones en este sentido.

Recordamos que después de la última oposición de Marte, que ocurre cada quince o diecisiete años, el Observatorio Lowell de Flagstaff (Arizona), especialmente dedicado al estudio del planeta, tardó aproximadamente dos años en dar los resultados de sus observaciones. En esta última ocasión sus astrónomos han empleado cámaras de televisión para el estudio, pero se desconocen los resultados conseguidos.

—Antes de dar la más mínima noticia sobre nuestros resultados han de pasar algunos meses.

La Agrupación Aster ha realizado unas 4.000 fotografías del planeta Marte. Las condiciones atmosféricas desde Ibiza eran inmejorables, aunque el planeta rojo no se veía bien, debido a perturbaciones de su atmósfera.

La cámara fotográfica empleada ha sido construida en Barcelona por el señor Aguilar. Está inspirada en un modelo utilizado en Francia, aunque modificado según diseños de este señor.

La luz procedente de Marte es recogida por la cámara, la mayor parte impresiona la fotografía, y una mínima proporción va a un ocular. Esto permite conocer las condiciones en las que se tira la placa.

Marte ha alcanzado en las placas un diámetro no mayor de los dos milímetros. Estas fotografías —sobre todo las realizadas en color— pueden ser ampliadas. El color tiene la ventaja de que no da «grano» en las ampliaciones. El tiempo de exposición ha oscilado entre el medio segundo y el segundo y medio. Vigilaban el ocular de la cámara los señores Ollé, Aguilar, Linz y Guillé.

De las cuatro mil fotos realizadas, aproximadamente la mitad se han enviado a Alemania. Unas dos mil fotografías en color habrán llegado a los laboratorios centrales de la casa Bayer, de la que es filial la firma Agfacolor. La película empleada para las fotos en blanco y negro es Kodak Plus-X. No se han empleado rayos ultravioletas ni infrarrojos, lo cual tiene su importancia: como más tarde veremos.

Nada se puede anticipar de si será posible realizar o no el mapa fotográfico del planeta. Hay

que esperar los resultados finales de las fotografías, y en el caso de ser buenos estudiar la posibilidad del mapa.

—Nada podemos anticipar.

Don Ernesto Guillé no es precisamente optimista. Espera, eso sí, buenos resultados, que de lograrse tendrían una importancia sensacional, ya que las condiciones atmosféricas en otros lugares del globo no han permitido a todos los Observatorios dedicados al estudio de Marte en esta coyuntura fotografiar debidamente al planeta.

SE DEBE ALENTAR A LOS SINCEROS AFICIONADOS A LA ASTRONOMÍA

Tiene veintitrés años, don Daniel Escandell Serra, director del Observatorio de Ibiza. Se le ha supuesto sobrino del padre Orvay Serra por la similitud de sus segundos apellidos y por el contacto científico que han mantenido.

El padre Orvay era director del Seminario de Ibiza y a su vez científico y astrónomo de reconocida categoría. El señor Escandell fué discípulo suyo en materias astronómicas.

Actualmente, don Daniel es un joven estudiante de tercero de Ciencias Naturales en la Universidad de Barcelona.

Las extraordinarias noticias difundidas en la Prensa en relación con las actividades de estudio visual—no fotográfico, etcétera—incluyen en una noticia con fecha 7 de Ibiza, tres procedimientos originales para el estudio de determinados aspectos de Marte.

Procedimiento para la medición de la profundidad de los mares; procedimiento para la representación de niveles topográficos; un mapa de curvas isobarras, eran las tres teorías originales señaladas.

La única teoría que se hizo pública fué el procedimiento para la determinación de la profundidad de los mares. En pocas palabras, parece ser éste: «Se había observado que algunos mares marcianos al pasar por el meridiano solar, perdían por evaporación sus escasas aguas. Aplicando las fórmulas relativas a la evaporación en las condiciones del planeta, midiendo el tiempo que duraba la evaporación y la extensión de dichos mares, permitió llegar a la conclusión de que el citado mar, que el 12 de septiembre se extendía entre las regiones de Aerya y Silus Sabens, tenía una profundidad de 32 centímetros». Opiniones autorizadas señalan que tal como se ha desarrollado esta teoría es completamente imposible determinar la profundidad del mar marciano, entre otras razones porque no se

conoce la temperatura exacta de Marte. Las termopilas pueden determinar, y así se ha hecho, una temperatura media, pero no la actual.

Lo que sí se desconoce casi totalmente es la presión atmosférica en Marte y las leyes que rigen la evaporación en el planeta son también una incógnita.

Se ha afirmado que: «Los astrónomos de Ibiza han medido la profundidad de uno de los mares de Marte» y ésta era nada menos que en centímetros. Los técnicos estiman que al telescopio de Ibiza se le calcula en las condiciones de la última oposición de Marte un error aproximado de 250 kilómetros.

Otras noticias decían que «la tormenta de arena vista por varios astrónomos norteamericanos ha podido ser fotografiada»; que se había trabajado sobre «la zona verde del planeta próxima al polo Austral», etc...

Claro está, estas noticias disorientaban. La Comisión Nacional de Astronomía intervino, aclarando la cuestión.

Al Observatorio de Madrid, los componentes del grupo Aster que trabajaron en Ibiza enviaron una carta en la que indicaban las tareas específicas que les ocupaban, señalando su independencia de otros trabajos.

La Comisión Nacional de Astronomía está integrada, como se sabe, por un presidente, don Vicente Poyal, que es director del Instituto Geográfico; un vicepresidente, que es a su vez presidente del Servicio Geográfico, señor Revenga, y un secretario, don Rafael Carrasco, director del Observatorio de Madrid.

Además la constituyen dos astrónomos, dos ingenieros geógrafos, el director del Instituto y Observatorio de la Marina de San Fernando, un catedrático de Astronomía de la Universidad Central, un representante del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, un representante de la Academia de Ciencias los directores de los Observatorios astronómicos de Santiago de Compostela, Ebro y Barcelona; un catedrático de Electricidad de la Universidad Central y un representante de la Unión de Física Pura y Aplicada.

El astrónomo del Observatorio de Madrid, señor López Arroyo, resume algunos de los últimos estudios sobre Marte realizados desde la capital:

—Estamos interpretando los resultados; todavía no se ha llegado a ninguna conclusión.

—¿Qué tal la visibilidad?

—Solamente dos o tres noches la visibilidad fué excelente en esta torre.

—¿Qué ha observado?

—Algunas zonas en las que ha cambiado la topografía. Una zona de mares conocida que no se ha podido ver, no sabemos si a causa de las nubes de Marte. Pero aún es pronto para anticipar ninguna conclusión.

Y aquí el periodista utiliza un truco y pregunta al señor López Arroyo:

—¿Qué opina sobre todo lo que va escrito?

—Se debe alentar a los sinceros aficionados a la astronomía.

Fernando M. ETCHEVERRY

LEA USTED
POESÍA
ESPAÑOLA

LILI SE VA, BEATRIZ SE QUEDA



LA SENCILLA HISTORIA DE LA COLEGIALA LODGE



El embajador de Estados Unidos, con su esposa e hija Beatriz, acompañados del cardenal Quiroga, en Santiago de Compostela. Arriba: Los señores Lodge, con sus hijas Beatriz y Lili

CUANDO John Davis Lodge tomó posesión de su escaño en la Cámara de Representantes por el breve Estado de Connecticut, se pronunciaron frases como «aureola de fascinación», con referencia directa al prestigio del cual gozaba su familia. La familia Lodge poseía el prestigio de la sencillez de la naturalidad, de la irreprochable apostura humana de cada uno de sus miembros. John Davis Lodge sonreía. Mientras su oratoria penetraba en los asuntos públicos, dos muchachas, allá en Connecticut, cooperaban con su simple jugar a hacer cada día más ejemplar y rectilínea la biografía de su padre.

A principios del año 1955, mister Lodge llega a España como embajador de los Estados Unidos de América. Vienen con él su esposa y sus dos hijas. Lili, morena y de ojos negros. Beatriz, rubia y de claros ojos. Lili ha sentido siempre una gran atracción

hacia el teatro. Durante cuatro años había estudiado arte dramático en la Universidad Wellesley. Más tarde, durante los veranos, representó en los escenarios estivales de Wespport. Su gracia y mohín singular triunfaban. Triunfaron, sobre todo, en el verano de 1947, fecha en que protagonizó «Francis and the Lark», de Terence Rattigan. Un año después ingresó en la Real Academia de Arte Dramático de Londres. Su triunfo es, desde aquí, amplio. Vuelve a Nueva York y actúa al lado de grandes figuras: Helen Hayes, Basil Rathbone, Evale Galliene, Frederick March...

¿Y Beatriz? ¿Y esta muchachita rubia con los ojos llenos de claridad lejana?

—Yo prefiero ser — dijo — una buena ama de casa.

(Beatriz. Es un nombre con manto. ¿No percibís una lenta ondulación entre las dos primeras vocales, y cómo la última de ambas se alarga significando la majestuosa caída de un ropaje, y, de igual modo, la sílaba final remata con dorada ligereza el extraordinario suceso? Beatriz...)

Beatriz tiene hoy, en este día de octubre, dieciocho años.

LILI SE VA. BEATRIZ SE QUEDA

Lili tuvo que marcharse. Sus estudios teatrales la reclamaban en Nueva York. Antes, sin embargo, conoció lo más notable de nuestra geografía. Y después se fué con un deseo por volver, con su amor a Shakespeare, con su perrita «Edna». ¡Adiós, Lili!

Beatriz. Ahora ha quedado Beatriz. Con su madre, día a



Mr. Lodge y su familia visitan la Casa de Colón, en Canarias

día, aprende más palabras en castellano. Francesca Lodge es florentina. Se fué a Boston de muy niña. El Círculo Francés de aquella ciudad organizó una fiesta, y ella fué invitada. Conoció allí al presidente del Círculo, estudiante en la Universidad. Era nada menos que Mr. Lodge.

Francesca Lodge adora la danza. «A los españoles—aseguró un columnista de Washington—les encantará saber que la nueva embajadora de los Estados Unidos sabe bailar la farfuga y el flamenco.» Francesca Lodge es elegante. Es, sobre su ágil elegancia, florentina, católica. Cuando Beatriz era muy niña, allá en América, acompañaba a su madre a la iglesia. Sus claros ojos iban prendidos siempre al sacro motivo litúrgico. Sus claros ojos iban entonces como de vuelo.

Pero bueno. Beatriz Lodge está ya en España. Su llegada a la capital coincide con la inauguración de la nueva Embajada. El edificio es grande, pero no es bello. Interrumpe una cierta armonía. Su carácter es absolutamente funcional. En su interior hay ciento cuarenta oficinas. Ustedes ya lo conocen, claro.

Beatriz no necesita más que la oficina de su corazón. No, no... El corazón de Beatriz Lodge no es una oficina. Es un corazón cuya figura de corazón es perfecta. Es un cántico, un hermoso sucedido de amor.

Alguien le preguntó, una vez, cosas corrientes:

—¿Cuántas maletas lleva en sus viajes?

—En los cortos, una o dos—repuso.

—¿Y en los largos?
—Dos o tres.

SIEMPRE HA SIDO CONVENIENTE ESTUDIAR ALGO

No existe otra solución. Se impone estudiar, rendir tributo a los libros. Beatriz, con su irreplicable uniforme de colegiala, atraviesa con alguna lentitud una tranquila mañana de Barcelona. Y digo atravesar la mañana porque es necesario realizar un esfuerzo para salirse, para desembarazarse de algunas mañanitas de otoño barcelonesas, y no quedarse, y no quedarse en ellas, para siempre, aunque nos tuviéramos que hacer sobre ellas mismas nuestra casa.

Beatriz llega al Colegio. El Colegio es amplio, muy elegante, con vidrios policromados a cuyo través las mañanas y los atardeceres se deshacen en multitud de colorines. Es el Colegio de Marymount. Se rige por monjas, y es similar a otros muchos desparrramados por la mayor parte de los Estados norteamericanos. En él va a estudiar Beatriz el bachillerato norteamericano. Al tiempo perfeccionará su español. Va a aprender mucho allí; va, diríamos, o por lo menos diría yo, a aprenderlo todo.

Día a día, los horarios del colegio se suceden. Se suceden los libros y las palabras castellanas pronunciadas con leve inflexión americana, sólo con un ligero rastro, una mínima sospecha. Se levanta temprano, estudia, juega en los recreos, va a la capilla. Las monjas de

su. Conoce casi toda Europa. Francia, Italia, Suiza... e Inglaterra. Beatriz nació en Inglaterra. Le agrada conducir automóviles, jugar al tenis. No ha hallado elegancia superior a la de la mujer española. Conoce personalmente a Eisenhower.

—He hablado con él varias veces. Es un hombre muy simpático.

¿Qué importa perder unas elecciones, ante el hecho maravilloso de resultarle simpático a Beatriz?

DE COMO ES NECESARIO SABER TEMPLAR LA GUITARRA

La familia Lodge es profundamente agradable en cada uno de sus momentos biográficos. Mister Lodge había entrado de lleno en la actuación pública en 1946 al llegar al Congreso tras conquistar el distrito que dejó vacante Clara Booth Luce. La embajadora había decidido entonces retirarse momentáneamente de la política por temor a que su reciente conversión al catolicismo se convirtiera en motivo de propaganda electoral. Fué un gran gesto. un extraordinario gesto que prueba hasta qué punto una mujer americana—y esta es nuestra brillante actualidad de hoy—es capaz de matizar los más delicados asuntos.

Con anterioridad John Davis Lodge fué gobernador de Connecticut. Sus campañas políticas son famosas en Estados Unidos. La fama se debió no sólo a sus discursos, sino a los «intermezos» musicales, sugestiva novedad que el buen criterio de mister Lodge introdujo para hacer más aérea, más atractiva la sabida estrategia electoral. En regiones agrícolas, en donde los inmigrantes italianos forman mayoría, el hecho de que el diputado supiese hablar el italiano y cantar, acompañándose a la guitarra. «O sole mio», resultaba una combinación irresistible, una singular peripecia que al cabo rendiría a los oyentes sin remedio.

El espíritu musical se halla también en la otra parte, en Francesca Lodge. Su nombre de soltera es Braggiotti. Su familia, como la de su esposo, es muy conocida en Boston. Allí, su padre, florentino de nacimiento, se distinguió como maestro de canto, cuya vocación heredó Mrs. Lodge. Y así es, así es.

CON UN PIE EN EL UMBRAL

Beatriz Lodge pertenece a la religión anglicana. (Utilizo el presente histórico, no me venga después algún lector a protestar, como pasó una vez. Además, los reportajes hay que leerlos hasta el final.) Digo que Beatriz Lodge es anglicana. Suenan en la capilla del Colegio de Marymount, en la ciudad de Barcelona, el órgano. Corre música por las venas de Beatriz. Ella misma es música, expresión musical. El órgano se muestra patético a veces. Otras, glorioso. En algún caso, dolorido, nostálgico. Lo que día tras día emerge por sobre los pensamientos de la señorita Lodge va co-

RECETARIO DE COCINA

ENTREMESES SOPAS HUEVOS ARROZ PESCADOS VERDURAS CARNES YAVES SALSAS FRAMBS POSTRES

Siga mi ejemplo, adquiera estos productos

Royal PUDIN VAINILLA
Royal PUDIN CHOCOLATE

PUDINES Royal

RIERA-MARSA S.A.
BARCELONA-MADRID-VALENCIA-SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.ª, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.



La esposa e hijas del embajador de Estados Unidos y la hija del cónsul norteamericano, en la feria de Sevilla

mo rubricado por la honda música, que hace temblar los vidrios policromados de la capilla. Más tarde, al abandonar hasta el otro día la capilla, acude a las monjas. Beatriz pregunta. Oye en silencio la serena voz que le responde. Que le responda sin insistir, de momento, en el rigor dialéctico. Las monjas saben de sobra, hace ya mucho tiempo, lo que un profesor universitario ha dicho hace bien poco: «Los hombres estamos cansados de tener razón.»

Así, Beatriz Lodge va haciendo concreta su decisión.

EL ÚLTIMO 8 DE DICIEMBRE

Claro que sí. A Beatriz, además del automovilismo y el tenis, le gustan la caza y la equitación. En el tiempo que vuelve con los suyos, en el tiempo de vacaciones practica sus deportes favoritos con la pujanza alegre de su juventud. Beatriz tiene una perrita la mar de simpática. Es «Joly». «Joly» entiende el francés, el inglés y el italiano. Poco a poco ha empezado a ladrar el español. ¡Bien por «Joly»! Pero un día, la perrita se queda sola. Su dueña ha vuelto al colegio de Barcelona. Ha comenzado un nuevo curso, el último curso. Octubre. Octubre es el mes germinal. Beatriz llega a su colegio. Es lo de siempre. Las salas amplias, el jardín, los vidrios policromados, la capilla. Y su banco. Colegio de Marymount, en Barcelona. Lo que va a ocurrir ocurrirá ya muy pronto. Algunos meses después dijo:

—Soy católica desde hace cinco meses. En realidad yo siem-

pre sentí una gran atracción hacia el catolicismo. Yo quería ser católica aun sin darme cuenta... Hasta que comprobé que en esta fe está una más cerca de algo... bueno, de algo muy especial.

—¿Quiere decir que salió del colegio con una nueva visión del mundo?

—Salí, ¿cómo diría yo?, con un criterio más ancho para comprender las cosas.

Beatriz ha llegado otra vez al colegio. Estamos en el octubre anterior. En los meses siguientes la decisión se afianza. La decisión es inquebrantable. Beatriz Lodge desea convertirse al catolicismo. Y entonces, el 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada, en el entrañable Colegio de Marymount, recibe las aguas bautismales. Ya es por virtud del agua lustral, católica, apostólica y romana. (Adivinamos en el fondo de esta bella historia la ejemplar figura de Francesca Lodge, con quien Beatriz, en la adolescencia, iba a la iglesia. Casi siempre ha sido así.)

Y esto ocurrió en España, en el occidente de Europa, en el año de gracia de 1955.

LA VIDA SIGUE, TODO SIGUE

Beatriz Lodge, alta, rubia y muy hermosa, ha terminado el Bachillerato. Desea continuar sus estudios en la Universidad. Le atrae el arte, la literatura, la Historia. Cada día capta un matiz más profundo de España y de los españoles.

—No hay nada malo en los españoles. Si acaso, temo una cosa de ellos: les gusta mucho el

peligro, se divierten con él. Si mi marido llegara a ser español tendría siempre mucho miedo. Lo tendría, por ejemplo, cuando conducen automóviles o cuando se hacen toreros.

Y alguien repuso:

—De esos quedan ya pocos...

También ha dicho Beatriz:

—Si alguna vez tuviese que regresar a los Estados Unidos, volvería. Volvería siempre. Tengo muchos amigos, muchas personas queridas aquí, y de verdad me sería difícil decirles adiós.

La vida sigue, todo sigue. Beatriz es como siempre: alta, rubia y muy hermosa; con sus claros ojos y su afición al tenis y al automovilismo. Todo es sencillo, todo ha sido sencillo. Ocurrió en España una vez...

ENVIO

Beatriz Lodge: Dios quiera que estas líneas no te sepan del todo mal. He querido dar un poco noticia de ti sin importunarte. Tu alegría será nuestra en la medida que aceptes nuestra participación. Beatriz, ya sabes que a los españoles le resultas muy simpática. Juega, Beatriz, y conduce tu automóvil a la velocidad que desees. Todo será muy sencillo. Como ha sido siempre. Todos te verán pasar y dirán: «¿Quién es esa chica tan guapa y gentil del cabello rubio que conduce?» Pues eres tú, Beatriz. Eres tú, palabra, Así, Beatriz así. Muy sencillo. Y en el fondo, tu intimidad dorada, a cuyo borde nos hemos detenido. Perdón, mujer, perdón por todo esto. Uno no sabe escribir mejor.

CARLOS LUIS ALVAREZ

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

**LILI
SE VA;
BEATRIZ
SE QUEDA**



**LA SENCILLA
HISTORIA DE
LA COLEGIALA
LODGE**



Dos fotografías de Beatriz Lodge: Ataviada en el traje regional valenciano y, a la izquierda, baila con su padre, el embajador de Estados Unidos en Madrid